der Weg

EL SENDERO



REVISTA MENSUAL CULTURAL

AÑO 2 PRECIO $ 1.50 Nº 1

INHALT DIESES HEFTES

Anmerkung: Der Nachdruck der Originalartikel(*) wird bei vorheriger Einholung der Verlagszustimmung und bei genauer Quellenangabe gestattet.

Nota: La reproducción de los artículos originales(*) es permitida con la previa autorización del Editor y con la indicación de su fuente.

Correo Argentino | Central | TARIFA REDUCIDA
Concesión N.° 3638



der Weg

EL SENDERO

2. JAHRGANG
JANUAR 1948
1. HEFT

Monatshefte zur Kulturpflege und zum Aufbau

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual No 242.896 • Queda hecho el depósito que señala la ley

VERLAG VOM DÜRER-HAUS IN BUENOS AIRES

WEG

Nein, wir sterben nicht: Wieder,
immer wieder weckt uns das Graun.
Wir verstummen nicht: Lieder
erpresst der allmächtige Schmerz.
Wir erblinden nicht: Nacht
müssen wir lebenlang schaun.
Wir ertauben nicht: Hörner
letzten Gerichts mit Macht
tönen, toben in unser Ohr.
Wir erkranken nicht: Herz
wird mit Erde bedeckt und heilt —
Nein, wir sterben nicht: Ferner
Wille reisst uns empor
weiterzugehn - unverweilt
wie immer zuvor.

JOSEF WEINHEBER

NUEVAS CARACTERISTICAS DE LA PRODUCCION EN LATINOAMERICA

Es indudable que los países latinoamericanos han experimentado en un lapso de menos de una década, una transformación trascendente en el régimen de su producción, las normas de su intercambio y los conceptos económicos de la industrialización. De México a la Argentina, el panorama social y financiero de Latinoamérica presenta ahora facetas múltiples de mejoramiento colectivo. Un despertar general se ha producido en todas las repúblicas de estas partes del continente, despertar que promueve en todos los órdenes un dinamismo y una concepción clarísima de los problemas actuales y actuantes sobre el desarrollo de las grandes masas de población.

Argentina, Brasil, Chile, etc. son los países que mayor envergadura están dando a su nuevas normas de producción, intercambio y organización financiero-económica. En el primero de los países nombrados la actividad de más de 100.000 establecimientos industriales, de más de 240.000 empresas comerciales y más de 4.500 entidades de transporte, denuncian cuál ha sido en los últimos tiempos el vertiginoso desarrollo del país.

En cuanto a Brasil ha logrado fortificar su industria del hierro y poner en actividad agraria grandes regiones antes incultas. Chile, por su parte, reorganiza sus explotaciones de carbón y nitrato, mientras Bolivia aumenta las extracciones minerales, México reestructura su riqueza ganadera y Venezuela trata de unir a su producción petrolera una agricultura racionalmente explotada.

La intensificación de los trabajos relativos a comunicaciones ferroviarias, camineras y aéreas entre los países latinoamericanos, es en estos mismos momentos de una activación no conocida nunca. Además, un criterio de solidaridad y colaboración anima la obra de los gobiernos respectivos, la que se traduce en convenios y tratados comerciales de muy altos beneficios recíprocos. Así se establece, por ejemplo, que a raíz del convenio argentino-boliviano, la economía de este último país ha de experimentar una reacción muy saludable, al poder disponer para sus trabajos mineros del crédito de 600.000.000 de pesos que le ha concedido la Argentina. La unidad de las flotas de Colombia, Venezuela y Ecuador, importa también un paso de efectivos beneficios para los productores de esas naciones, los que de ahora en más podrán disponer de bodegas propias y económicas.

Como los pueblos latinoamericanos tienen una producción de factible complementación, y como sus relaciones presentes se basan en un conocimiento real de la capacidad de producción, consumo y exportación de cada uno y todos ellos es lógico que los acuerdos comerciales, de los que la Argentina es promotora en gran escala, traduzcan una política de convenientes intereses. Mediante la diversificación de las siembras, mediante el auge de las industrias nuevas, los países latinoamericanos van consolidando una economía continental cuya influencia en el mundo no tardará en significarse.

Las actuales características de producción mixta, hace que todas estas naciones vayan afirmando sus esenciales valores nacionales y entroncándose en las economías más viejas y fuertes de Europa y otros continentes, no sólo con vistas a una ayuda inmediata, sino con miras a un comercio permanente y de muy largos alcances. Porque, es evidente, que Latinoamérica está llamada a jugar en el curso de la historia venidera

Tópicos Argentinos:

TIERRA DE CONVIVENCIA

El turbio, anchuroso y acogedor Río de la Plata es como una generosa invitación a seguir tierra firme hacia la llanura pampásica del litoral, del centro y del Oeste. Se abre en soberbio abanico de inmensidad a las banderas de todos los países y los hombres de todos los idiomas, como anticipo de la blanda y espontánea convivencia que brinda la amplitud del suelo patrio. Porque si Argentina es rica en dones naturales más rica es en credos de humanas comprensiones. Aquí han labrado su fortuna inquietos inmigrantes de principios de siglo; aquí han limado sus impulsos ideologías de todos los matices y tendencias de las más diversas afinidades.

En un esforzado trajinar diario hemos dado en la formación plástica de una argamasa hecha de esperanzas, de aspiraciones y realidades. Y si no fuera bastante para aquilatar las virtudes argentinas el historial de nuestros héroes, prohombres y patricios; si no fuera suficiente el hermoso preámbulo constitucional y las amparadoras leyes del país, ahí está la nación pujante crisol en que se han fundido maravillosas concepciones de construcción.

Ahí está, como un canto de paz, una promesa de bienestar y una conquista afirmada en los hechos concretos del progreso, una Argentina tierra de convivencia, ejemplo de tolerancia, paradigma de sincera solidaridad con todos los dolores, todas las sanas ambiciones y todos los anhelos provenientes de las latitudes más lejanas y de los pueblos más exóticos.

Con los dolores de unos, las bondades de otros y las voluntades de argentinos y extranjeros hemos edificado el país que comprende, perdona, justifica y limpia. El país que marcha por derroteros libres de odios ancestrales, y que afianza sus valores esenciales en la obra por hacerse, más que en la obra hecha. En la armónica y hermanal conjunción de tierra y cielo, de arados campos y bosques vírgenes, de argentinos que abren las puertas de su patria y extranjeros que han penetrado por ellas deseosos de pacífico afincamiento, se basa ahora el grandioso devenir de la historia que ha de escribirse.

Decir tierra de convivencia en horas de borrascas e incertidumbre, es proclamar a mitad del siglo XX, que la Argentina de hoy cumplió el mandato de quienes nos la legaron desnuda de prevenciones enfermizas y plena de ideales humanistas.

Tierra de paz y de trabajo ... tierra de convivencia!

---

de la humanidad, papel de primer orden y de suma trascendencia. La estructura moderna que está dando a su producción y su sistema de comercialización, es anuncio de lo que queda expresado, máxime cuando sus reservas representan una riqueza muchas, pero muchas veces superior a los valores en juego.

Todos los países de Europa y los principales de Asia y Africa, están estudiando ya la necesidad de una relación económica estable y mayor con las repúblicas latinoamericanas, en virtud de la vasta y diversificada producción de regiones tan ricas en productos alimenticios y de perspectivas enormes en cuanto a su incipiente explotación del subsuelo. Y no cabe duda de que Latinoamérica constituye, especialmente para Europa, una de sus mejores posibilidades para reconstruirse y mantener esa reconstrucción por un tiempo cuyo límite no es posible establecer por ahora.

Zum Neuen Jahr

SPRÜCHE VON GORCH FOCK

Die meisten Menschen sind nur Matrosen an Bord ihres Lebensschiffes — und sollten doch Reeder und Steuermann sein.

* * *

Mache dich nicht klein vor den Leuten, sie gucken einfach über dich hinweg.

* * *

Von seiner täglichen Arbeit nicht gering denken, sie zu durchsonnen und durchglühn, ist ein köstlich Ding, das beinahe aussieht wie ein goldener Schlüssel zu hohen Pforten.

* * *

Von den Singvögeln müssen wir lernen, die auf dürren Aesten am lautesten singen. Wir singen auf dürren vor Angst und auf grünen vor Sattheit nicht mehr.

* * *

Das sind die gewöhnlichsten Menschen, die alle Blumen der Freude mit Bierkrügen umstellen müssen.

* * *

Durch wieviel Lebensschichten, Geistesschichten du auch hindurchwachsen magst, wie hoch auch dein Haupt rage: das ist und bleibt dein Größtes: auf dem Boden stehen, auf dem Boden aller Dinge: natürlich sein. Damit entwächst du allen Kasten, freust dich am Glück des Lumpensammlers, ärgerst dich über die Trunkenheit des Arbeiters, lachst über den Glanz kriegerischer Macht, schiltst über die Torheiten der Fürstlichkeit, bist allen Kindern gut Freund. Wenn die andern auf ihren Brettergerüsten auch höher gehen: Du brauchst keinen Wirbelwind zu fürchten.

* * *

Wir müssen dahin kommen, daß unser Leben leuchtet —, ein leuchtendes Leben führen ist das Beste und Höchste.

* * *

Sillen is 't, dat Lief un Seel up eenen Dag starft. Meisttieds blift de Seel all lang vöher dot.

* * *

Mein Herz, sei streng und halt dich frei von Dünkel und von falschem Stolz! Sei gütig, mein Herz, und beschenke dich immer mehr mit echtem, freiem Stolz!

* * *

Höchster Schmerz und tiefste Lust sind nur Eintagsfliegen.

* * *

Wer seinen Willen hat, der hat auch Feinde.

Gegen andere will ich streng werden, wenn ich dahin gelangt sein werde, gegen mich selbst streng zu sein. Solange ich mir etwas durchgehen lasse, habe ich als Richter kein gutes Gewissen.

* * *

Eine Jungmühle kenne ich: das Lachen.

* * *

Aeußerliche Treue, Anständigkeit usw. beruhen auf Angst und sind im Grunde wertlos: nur das Innerliche dieser Dinge, das mit dem Willen zu tun hat, gilt!

* * *

Du kannst dein Leben nicht verlängern noch verbreitern: nur vertiefen, Freund.

* * *

Fröhlichkeit ist nicht die Flucht vor der Traurigkeit, sondern der Sieg über sie.

* * *

Auf den guten Abschluß des Tages kommt alles an: die meisten beschließen eine Wanderung im Wirtshaus oder im Tingeltangel: grad so, als verschlösse man eine Flasche köstlichen Weins mit einem schmutzigen Korken: wird da nicht der ganze Wein sauer, so weiß ich's nicht!

* * *

Wie viele Freude schläft in uns — und wir wecken sie nicht!

* * *

Das Einzelne haben und sehen alle: der aber ist Meister, der die Zusammenhänge findet.

* * *

Die Größe der Welt wächst mit deiner Größe.

* * *

Wer mir Freude geben kann, gibt mir das Beste, gibt mir mehr als Geld — denn mehr als Freude könnte ich mir auch für Geld nicht verschaffen.

* * *

Was wir selbst tun können, das dürfen wir Gott nicht überlassen.

* * *

Ebbe und Flut ist in allen Gewässern, die mit dem Weltmeer verbunden sind. Ebbe und Flut ist in allen Menschenseelen, die mit der Weltnatur zusammenhängen. Darum will ich nicht gegen den Ebbstrom in mir kämpfen, ich will geruhig die Tiede abwarten und die Kräfte für die kommende Flut aufspeichern. Gegen die Ebbe kämpfen, hieße die Natur in Verwirrung bringen.

* * *

Das aber sage niemals zu einem Menschen: Bleib, wie du bist! Es heiße: Werde, was du werden kannst!

* * *

Ich frage mich angesichts der vielen Lügen immer wieder: nicht, was soll aus Deutschland? — sondern: was soll aus der Welt werden, wenn wir nicht siegen?

Der deutsche Michel am Aconcagua

EIN NACHTRAG ZUM GESCHICHTLICHEN TEIL MEINES ACONCAGUA-BUCHES

Thomas Kopp

Ich habe in einem Abschnitt des „Kampfes um den Aconcagua" versucht, in zeitlicher Reihenfolge eine Zusammenstellung der menschlichen Leistungen am höchsten Berge Amerikas zu geben. Daß dabei der Anteil der Deutschen — von Güßfeldt über Schiller zu Link — ein recht beträchtlicher ist, darf uns mit Stolz erfüllen! Und daß ich mit der vorliegenden Nachtrags-Arbeit den Blick auf eine weitere, bis heute fast unbekannt gebliebene deutsche bergsportliche und wissenschaftliche Leistung lenken darf, freut mich ganz besonders!

Kürzlich kam mir also ein altes, braungeflecktes Buch in die Hände:

„Ansichten aus Südamerika

Schilderung einer Reise am La Plata, in den argentinischen Anden und an der Westküste von Jean Habel. Mit 70 Tafeln und Panoramen nach 165 photographischen Originalaufnahmen, in Lichtdruck hergestellt. Berlin, 1897".

Nachdem ich das Werk durchgearbeitet hatte, war mir klar: der Verfasser dieses Buches — Habel — nimmt im Kreise der Aconcagua-Männer einen recht beachtlichen Platz ein, und seine Arbeit ist nicht nur ein wichtiger Baustein in der Gesamtschau der „Deutschen Leistungen am Aconcagua", sondern auch in Argentinien und sogar Südamerika.

Ich will sein Tun — soweit es sich auf die Aconcagua-Gegend bezieht — vorweg kurz zusammenfassen:

1. Habel erwanderte und beschrieb eingehend — wohl als erster Andinist und noch vor der Erstbesteigung des Andenkönigs — das



Das heute nicht mehr vorhandene Gletschertor des Unteren Horconesgletschers, von Habel 1894 aufgenommen.
(J. Habel: Ansichten aus Südamerika, Berlin 1897.)

von diesem Berge sich nach Süden hinziehende Horconestal, das fast allen späteren Aconcagua-Unternehmungen als Anmarschweg diente.

2. Habel hat einige der heute noch gebräuchlichen erdkundlichen Bezeichnungen des Aconcagua-Gebietes geschaffen.

3. Habel erreichte — zwei Jahre vor der Erstbesteigung — an der Nordwesthalde des Aconcagua die Höhe von 5400 Meter (zwar ohne zu wissen, daß er an diesem Berge wanderte...)

4. Habel brachte aus dem Reich des Andenkönigs eine Lichtbildersammlung mit, die z. T. heute noch unerreicht und vorbildlich dasteht.

5. Habel entwarf eine Karte der Aconcagua-Gegend, die — wenn sie auch große Fehler aufweist — den Unteren Horcones-Gletscher doch genauer zeigt als alle andern bis heute erschienenen Kartenwerke.

*

Nun wollen wir das Habel-Buch, dessen Allgemeinwert darin liegt, einen lebendigen Eindruck des „Südamerikas vor 50 Jahren" zu vermitteln, als Ganzes sehen.

Aus dem Vorwort ergibt sich, daß der Verfasser zwei Fahrten unternahm: in den Südsommern 1893/94 und 1894/95. Die erste Reise wirkte auf den Forscher so, daß er sich entschloß, nochmals zu kommen. Bei diesem zweiten Unternehmen konnte er dann leider nicht das gesteckte Ziel erreichen, da er zum „Staatsgefangenen" gemacht wurde, weil man ihn als einen Spion der chilenischen Regierung ansah.

Im 1. Buchabschnitt **„Am La Plata"** lesen wir, wie Habel mit der „Hamburger Linie" kam. Bei der Schilderung von Buenos Aires schmunzelt das Geschlecht von heute wohl an mancher Stelle, so z. B., wenn der Schriftsteller vom Pferdebahnnetz erzählt, „auf dem die Kutscher zur Freihaltung der Schienen den Kuhhörnern herzzerreißende Töne entlocken."

Der 2. Abschnitt berichtet von der **„Flußfahrt nach Asunción"** und **„einem Ausflug in den Gran Chaco."**

Der 3. Abschnitt führt uns dann ins Reich der Anden. Die Eisenbahn ging damals nur bis „Punta de las Vacas". Eine Stunde nach dem Eintreffen des Zuges, um 2 Uhr, fuhr man im Pferdewagen weiter und kam um 6 Uhr in Las Cuevas an, wo die Reisenden in den „beiden dürftigen Gasthäusern" nächtigten. Am nächsten Tage um 6 Uhr ritt man auf Maultieren los und kam nach 5 Stunden in Juncal an; ein Wagen brachte die Leute in weiteren 2 Stunden nach „Salto Soltado" und damit zum chilenischen Eisenbahnanschluß. Mit Anerkennung stellt Habel fest, daß man also vom Atlantischen zum Stillen Ozean „nur" 72 Stunden brauche, einschließlich 12 Stunden Aufenthalt.

Der 4. und 5. Abschnitt des Buches (**„Las Cuevas und die Baños del Inca — Die Thäler des Rio de las Bodegas und Rio de los Horcones"**) werden wir nachher in anderem Zusammenhang näher betrachten.

Im 6. Abschnitt schildert der Reisende seinen **„Abstieg von den Uspallatapässen zur Westküste"** und im 7. die Fahrt **„von Valparaiso durch den Smyth Channel und die Magalhaesstraße nach Buenos Aires"**. Habel fiel in Mittelchile überall die deutsche Tätigkeit auf. So schreibt er vom Llanquihué-See: „Die fruchtbaren Felder, die der Weg durchschneidet, die sauber gepflegten Gärten und netten Häuser... sind meist in Besitz deutscher Ansiedler". „Das Städtchen Valdivia" nennt Habel „eine fast deutsche Stadt". Andererseits bemerkt der Weltreisende bitter-höhnisch: „Leider ist die deutsche Einigkeit auch mit der Sprache gewandert, d. h. sie läßt, wie im Mutterlande, auch an den Ufern des Stillen Ozeans zu wünschen übrig."

Im letzten Abschnitt (8.) **„Von Valparaiso nach Panamá und Europa"** wird die Heimkehr beschrieben. Fesselnd ist die Stelle über den „verkrachten Kanal" und die Schilderung, wie man dazumal — ehe diese meerverbindende Wasserstraße Wirklichkeit war — die Landenge von Panamá überwand.

In einem Anhang zählt Habel die „Litteratur" (Güßfeldt, Burmeister, Napp, Stelzner, Brackebusch) und die benützten Instrumente auf.

An diesen Textteil schließt sich dann die herrliche Bildersammlung der „70 Tafeln und Panoramen" an und die schon erwähnte **„Skizze der südwestlichen Aconcaguathäler"** mit der stolzen Bemerkung: „Nach eigenen Peilungen gez. von J. Habel — 1:175 000".

*

Nun aber wollen wir auf Einzelheiten des Habel-Buches — sowie sie des Andenkönigs Reich betreffen — näher eingehen.

Die Inkabäder.

Inkabrücke — oder nach Habel: Inkabäder — hat wohl jeder Aconcagua-Wanderer irgendwie ein bißchen ins Herz geschlossen: ist der „Ort" doch Ausgangs- und Endpunkt der meisten Aconcagua-Unternehmungen gewesen. Und deshalb freut man sich, wenn bei Habel zu lesen und zu schauen ist, wie es dort vor der Jahrhundertwende aussah.



Ziegenhorn (Cuerno de Cabra), das „Brennholz“ im Reich des Andenkönigs. Lichtbild: Kopp.

Der Reisende spricht von dem „damals sehr ärmlichen Badeort Baños del Inca“, doch erwähnt er andererseits auch das Gebäude „mit guten Stuben“. Die Besucher jener Zeit mußten „einen gewissen Komfort, wie Tischzeug usw.“ selbst mitbringen. Das Hotel schildert Habel als ein „Gebäudekomplex, jenes Konglomerat von Adobes, gebrannten Ziegeln, Trägerwellblech und hölzernen Brettern“. Jeder Kenner wird bei diesen Worten auf „seinen Stockzähnen lachen“ und denken: Noch nicht anders geworden! Im Gegenteil: heute findet man diesen Gegensatz zwischen Landschaft und „Gemisch“ noch mehr herausgestellt, weil drüben auf der linken Bachseite sich ein anderer Bau erhebt — das „Militärschutzhaus San Martin“ — das zeigt, wie man im Einklang mit der Natur bauen kann.

Habel kommt natürlich auch auf die Inkabrücke zu sprechen, deren Entstehung er — nach Stelzner — in ihren Grundzügen richtig deutet als ein Auswaschen der geschichteten Moränenanhäufung. Das erfreut, besonders dann, wenn man bedenkt, daß noch 1945 ein Buch erscheinen konnte, in dem die Bildung der Naturbrücke durch Zusammenwachsen von beiden Seiten her erklärt wird, wogegen ja schon die Schichtung des „Baustoffes“ spricht.

Unser Wanderer durchstreift von den Inkabädern aus auch die südlich gelegene Berggegend und kann vom Kamme aus Ausschau halten nach bisher unbekannten Landen. „Nach Süden war ein Gletscher sichtbar... Es machte den Eindruck, als ob dort ein ausgedehntes Nährgebiet sich befinde...“ So durfte Habel schon etwas von dem sehen, was nach ihm noch über ein Jahrzehnt unbekannt blieb, bis der „Vater der Andinisten“, der Deutsche Reichert kam und jenes Gletschergebiet am Rio Blanco und Juncal zum großen Staunen der Welt „entdeckte“!

Wanderung im Horconestal.

Wie ich eingangs schon feststellte, kann Habel wohl als der erste Andinist bezeichnet werden, der im Horconestal, dem natürlichen und bis heute fast ausschließlichen Zugange zum Aconcagua, wanderte, es untersuchte, fotografierte und beschrieb.

Bei seiner ersten Reise kam er bis zum Unteren Horconesgletscher, d. h. bis zum „oberen Rand des Gletschertores“.

Bei der zweiten Fahrt widmete er sich dann ganz besonders dem genannten Tale. „Sein Flußübergang“ — immer eine nette Angelegenheit im Leben des Aconcagua-Wanderers — muß nach den Angaben an der gleichen Stelle gewesen sein, wo seine Nachfolger immer und immer wieder die „Andenkönig-Taufe“ erhielten.

Auch sonst wecken viele seiner Schilderungen im kundigen Wanderer Erinnern. Schon die Beschreibung des Wetters klingt ganz gegenwartsnah: „Das Graupelwetter begann an diesem Tage um 4 Uhr, erreichte seinen Höhepunkt um 5 Uhr, nahm ab um 6 Uhr. Um 7.45 Uhr war wieder das schönste Wetter“. Wie oft hatten auch wir diesen Ablauf erlebt!

Und wieviele Erlebnisse stehen vor uns bei der — dem Nichtkenner wohl nebensächlichen — Bemerkung: „Als Brennmaterial diente dem Unternehmer das Ziegenhorn.“

Mit sicheren Strichen zeichnet Habel die Natur; wir glauben, die Urlandschaft vor uns zu sehen: „Scheint die Sonne auf die feuchte Eiswand (des Gletschers), so macht sie den Eindruck von oxidiertem Silber. — Der Gletscher zeigt eine Oberfläche wie das Meer bei Sturm, wenn verschiedene Wellensysteme sich auf ihm kreuzen.“ Wie herrlich beschreibt er die Schönheit der Berg-Nacht und faßt dann zusammen: „Im andinen Hochgebirge muß man des Nachts leben, steht in meinem Tagebuch.“

Habel leistete im Horconestal Arbeit auf lange Sicht, so besonders durch seine Gletschermessung. Er peilt „über der Mitte des Gletschertores, 1 m vom Gletscherrand“ nach den umliegenden Bergen. „Diese Marken und der Schnittpunkt vorstehender Peilungen werden immer wieder aufzufinden und ein Schwinden oder Wachsen des Gletschers dadurch festzustellen sein.“ Und bis heute hat anscheinend noch niemand diese wunderbare Gelegenheit benützt! Wir selbst wollten dieses Jahr auch etwas anfangen, um die Bewegung des Gletschers beobachten zu können, wußten uns aber — offen gesagt — nicht richtig zu helfen. Nun finde ich diese einzigartige Angabe Habels!

Und die Guanacos, die der Wanderer vor einem halben Jahrhundert im Horconestal sah! Wie freute ich mich über diese Stelle, ist sie doch eine „geschichtliche" Rechtfertigung unseres diesjährigen Fundes: auf dem Kamm zwischen Nord und Südgipfel des Aconcagua stießen wir auf das Knochengerüst eines Guanacos. Diese Angabe wurde später im Tiefland viel besprochen und teilweise bezweifelt. Ein Guanaco? Gibt es solche überhaupt in der Gegend? Die Antwort vermag uns also Habel zu geben, wenn er berichtet, daß er und sein chilenischer Begleiter im Horconestal ein fliehendes Guanaco sahen. An anderer Stelle schreibt der Forscher: „Im Horconesthal haben wir nur vier vereinzelte Exemplare gesehen; zahlreicher und in Trupps kommt es in den östlichen Thälern vor." Aus diesen Worten ergibt sich: früher lebten im Reiche des Andenkönigs mehr Guanacos als heute. Da aber die Umstände, unter denen wir das tote Tier in 7000 m Höhe fanden, darauf schließen lassen, daß es schon viele Jahre dort oben liegen muß, stimmen die beiden durch ein halbes Jahrhundert getrennten Beobachtungen schön überein. — Und wenn man ein bißchen Romantiker sein wollte, könnte man ohne weiteres vermuten, eines jener Tiere, die Habel sah, sei eben das, welches wir in der Höheneinsamkeit, im Lande der Winde und der Kälte, fanden. (Wer noch mehr Romantiker sein wollte, könnte nun aber genau so vermuten, das Tier sei schon vor tausend Jahren dort oben gestorben, lange bevor Amerika entdeckt wurde... Was spräche dagegen?...)

Namengebung.

Wie Habel z. T. grundlegende Arbeit im Aconcagua-Gebiet geleistet hat, geht schon daraus hervor, daß er verschiedene erdkundliche Bezeichnungen schuf, die heute noch gebräuchlich sind.

Bei dieser Namengebung zeigt sich die schöpferische Kraft des Menschen, der sich einer fremden Natur gegenüber sieht. Es sind wohl Urkräfte, die in solchen Fällen wirksam werden: unbekannte Dinge scheinen unheimlich; sie werden schnell heimeliger und rücken uns näher, wenn sie Namen tragen. Das ging nicht nur Habel so, das geht heute noch manchem Aconcagua-Wanderer ähnlich. Wir selbst haben uns — wenn auch nur für unseren persönlichen Gebrauch — eine ganze Reihe solcher erdkundlichen Begriffe geschaffen, um im Reiche des Andenkönigs nicht nur räumlich, sondern auch seelisch „zu Hause" zu sein.

Nun sehen wir zu, was Habel schuf. Eine Schlucht am Tolosa nennt er „Cajón de la Tolosa", einen Berg der Gegend „Cerro de las Bodegas" (nach dem gleichnamigen Tale), einen Paß, der dieses mit dem Horconestal verbindet, bezeichnet er mit dem vielsagenden Namen „Paso del Desengaño", zu deutsch „Paß der Enttäuschung" und die Anhöhe südlich der Inkabäder mit „Once Febrero".

Doch lassen wir auch hier den Wanderer selbst reden: „Im Hintergrunde... erscheint eine steile Pyramide; ich nenne sie el Cerro de los Dedos, Fingerspitze... Im Hintergrunde erscheint ein hoher Berg, ein Horn; ich nenne es el Cuerno de los Horcones, Gabelhorn,... westlich eine Firnkuppe... nennen wir sie La Catedral — den Dom."

Diese drei Berge benannte Habel also nach ihrer Form, ein Vorgehen, das wohl eines der ursprünglichsten und natürlichsten bei der erdkundlichen Namengebung ist. Gerade deshalb haben sich vielleicht diese Bezeichnungen durchgesetzt und werden heute noch von den Nachkommen jener gebraucht, die einst in der Zeitung lesen mußten, ihr Schöpfer, der Deutsche Habel, sei entweder ein böser Spion oder ein harmloser Verrückter...

Schön — von uns aus gesehen — ist das Bestreben Habels, auch deutsche Namen zu geben, ein Tun, das wohl gerechtfertigt ist in einem Buche, das für Deutsche geschrieben wurde (genau so wie wir Deutsche nichts einzuwenden hätten, wenn in einem spanisch geschriebenen Deutschland-Buche „Selva Negra" stehen würde). Wie stilrein klingt doch der Habelsche Satz: „Der Dom zeigt drei Gipfel."

In diesem Zusammenhang muß noch auf eine andere Bildung unseres Anden-Wanderers eingegangen werden. Er verwendete — wahrscheinlich erstmalig — das Wort „Andenverein", in dem auch sonst vielsagenden Satze: „Auf dem Wege... hatte ich... eine schöne, stengellose Blume angetroffen. Sie bestand aus einem über thalergroßen, gelben Stern, der vom Erdboden nur durch eine Lage grüner Blätter getrennt war. Wenn jemals sich ein Andenverein bildet, so sollte er, wie der Alpenverein das Edelweiß, jenen Stern auf seine Fahne setzen..." Der geahnte Verein bildete sich wohl, aber viele Jahre — noch 1940 — trug er den Namen „Alpenverein Mendoza", was doch ein Widersinn war. Erst später wurde er in „Andinistenverein" umgetauft. Und doch hätte man ein halbes Jahrhundert vorher schon das Vorbild des „Verrückten" gehabt!

Wie wir gleich hören werden, verwechselte Habel den Aconcagua mit dem Cerro de los Almacenes; für den eigentlichen Almacenes aber gebrauchte er „Perecala" und gibt dazu folgende Erklärung: „... ein Berg..., den



Cerro Almacenes (nach Habel: Perecala, gestreifter Stoff.) Lichtbild: Kopp

die Einheimischen La Perecala nennen. Letzteres ist die Bezeichnung für einen gestreiften Stoff, und die Aehnlichkeit der vielfarbigen Schichten des Berges mit einem solchen hat ihm den Namen gegeben." Das Wort Perecala selbst findet sich im Spanischen nicht; es ist wohl ein kleiner Fehler Habels und sollte Percal heißen, was Baumwollgewebe bedeutet (siehe das deutsche Fremdwort Perkal!). — Wenn nun auch die Bezeichnung Almacenes dem Kunterbunt und der Schichtenfülle dieser herrlichen Erhebung nahe kommt, so ist es doch schade, daß das Wort „Percal" nicht erhalten blieb: es hätte das Wunderbare des Berges noch wesentlicher zum Ausdruck gebracht!

Am Aconcagua — wider Wissen.

Um das Aconcagua-Unternehmen Habels ist es eigenartig bestellt...

Der Forscher selbst sagt im Vorwort, daß er die Hochgebirgstäler erschließen möchte, „welche sich unweit des Grades 33 südlicher Breite, in nördlicher Richtung gegen den wie bis jetzt bekannt höchsten Berg beider Amerikas, den Aconcagua hinanziehen". Und im 4. Abschnitt seines Werkes schreibt er: „Zwischen 32 und 33 Grad südlicher Breite erreichen sie (die Anden) ihre höchste Erhebung im Aconcagua..." Auch sonst erwähnt Habel diesen Berg immer wieder als eine wohlbekannte „Tatsache".

Deshalb wundert man sich dann beim oberflächlichen Durchblättern seines Buches, warum sich der Wanderer nun nicht endlich dem Aconcagua nähert, warum er ihn nicht beschreibt, wenigstens seinen Anblick aus der Ferne — der doch jeden begeistert! — warum er nicht versucht, ihn zu besteigen.

Bei näherem Zusehen finden wir die eigenartige Lösung des Rätsels: Unser Wanderer steht wohl den Aconcagua, er bewundert ihn, noch mehr, er wandert an ihm umher — bloß glaubt Habel, er wäre am Cerro de los Almacenes!

Diese Verwechslung wird einem erstmalig ganz klar bei der Beschreibung des Uspallata-Rundblickes: Links vom Tolosa sieht er einen „hohen Berg, den Kamm der andinen Jungfrau, des im Horconestal gelegenen Cerro de los Almacens". Und an anderer Stelle schreibt Habel: „Im Hintergrund jenes Tales (Horcones) wird ... ein vergletscherter Berg sichtbar, in ähnlicher Weise wie die Jungfrau von Interlaken. Es ist der Cerro de los Almacenes".

Auch bei der zweiten Reise entdeckt Habel seinen Irrtum nicht! Wohl gibt er wieder als Ziel seiner Fahrten an: „Vollständige Erschließung der südlichen Aconcagua-Thäler und dann des ganzen Berggebietes." An einer Stelle schreibt er: „Nach Westen (vom Bodegas-Thale aus gesehen) folgt ein hoher Felskopf, in dem von mir... die westlichste der Aconcaguaspitzen vermutet wird..."

Dann wandert er durchs Horconestal, gibt den Aconcagua-Nachbarn ihre Namen — Fingerspitze, Gabelhorn, Dom — und rastet am Fuße des Andenkönigs, ohne zu ahnen, daß er sich am höchsten Berge der beiden Amerikas befindet.

Hören wir, wie er sein „Aconcagua-Unternehmen" beschreibt: „Wir blicken eine Runse hinauf, die hier und da mit zierlichen kleinen Feldern von Büßerschnee bekleidet ist und von einem steilen, zerrissenen Grat herabstreicht. Hinter dem letzteren erscheinen die bank- und säulenförmig abgesonderten Wände des Cerro de los Almacenes und über diesen Wänden die zahlreichen Kuppen, Türme und Nadeln seiner höchsten Erhebungen in einer Steilheit und Höhe, daß wir den Kopf fast in eine horizontale Lage bringen müssen, um zu ihnen hinaufsehen zu können...

Ich hatte mich entschlossen, nochmals möglichst weit in horizontaler und vertikaler Richtung gegen den Hintergrund des Valle de los Horcones vorzugehen, um einen Ausblick nach Norden, Westen oder Osten zu gewinnen...

29. 1. Oberhalb des Felskopfes betreten wir eine breite Halde... Auf ein scheinbares Ende der Halde folgt ein anderes, und so zieht sich der beschwerliche Pfad aufwärts — stundenlang..."

Habel kommt bis 5400 m, „an den Rand

der Hochebene, die sich rechts von mir zu den 3 Gipfeln des Cerro de los Almacenes hinanzieht... Die drei Gipfel erscheinen so nahe, daß man glaubt, sie in einer Stunde erreichen zu können. Die Einwirkung des verdünnten Luftdrucks macht sich etwas fühlbar. Als ich aufstand..., schienen mir die Gehwerkzeuge an Spannkraft verloren zu haben... Das Gefühl war ein noch nie empfundenes, ganz neues für mich, als ob eine unsichtbare Macht aus der Luft, bei jedem Schritt vorwärts, langsam zurückgedrängt werden müßte... — Für heute mußte ich mich zum Rückzug entschließen. Vielleicht wäre in einer Stunde weiteren Vordringens weitgehender Aufschluß zu erhalten gewesen. Es war aber unbedingt notwendig,... zurückzukehren und die Brüche zu vermeiden, und das mußte noch bei Tageslicht geschehen..." (Erinnern übrigens diese Schlußsätze Habels nicht an seinen großen Landsmann und Vorgänger am Berge, an Güßfeldt!)

Wir haben die Tatsache vor uns, daß im Februar 1895 — zwei Jahre vor der Erstbesteigung — ein Deutscher am Aconcagua bis auf 5400 m kam, den Berg mit sicheren Strichen beschreibt, Erlebnisse und Nöte schildert — wie wir sie 52 Jahre später auch hatten.

Und als dann unser Wanderer zurück ins Tal kommt, da trägt er einen reichen Schatz von Lichtbildern bei sich, die heute noch ihresgleichen suchen.

Außer dieser Lichtbildersammlung hat Habel aber auch Unterlagen bei sich, mit deren Hilfe er die „Skizze der südwestlichen Aconcaguathäler" entwirft. Halten wir dieser Arbeit einmal das vom Geografischen Militärinstitut herausgegebene Blatt „Aconcagua" (1924, 1:50 000) mit den großen weißen Flächen gegenüber, dann erkennen wir die diesbezügliche Leistung Habels am besten. Wenn in der Skizze zwar auch die Bergverwechslung verewigt ist, so zeigt sie doch manches im richtigen Lichte und ist in der Darstellung des Unteren Horconesgletschers z. B. besser als alle ihre Nachfolgerinnen, einschließlich der zuletzt erschienenen. (Wenn also in Folge 2 des „Weg", Seite 80, gesagt wird, daß sämtliche vorliegenden Karten falsch sind, dann stimmt das bis auf die eine Ausnahme: Habel!)

Vergleichen wir etwa die Gletscherform der Karte, die Sekeljs Buch (Tempestad sobre el Aconcagua) beigegeben ist, mit der ein halbes Jahrhundert älteren Skizze Habels, so sehen wir auf ersterer einen „Schwartenmagen", auf letzterer aber eine „Leberwurst". Nachdem



Der Aconcagua (nach Habel: „El Cerro de los Almace es"), aus 4.625 m von Habel im Jahre 1895 aufgenommen. (J. Habel: Ansichten aus Südamerika, Berlin 1897.)



Der untere Horcones-Gletscher vom Aconcagua Kamm aus gesehen. (Man beachte die „Leberwurst-Form!") Im Hintergrund die glockenförmige Erhebung des Tupungato. Lichtbild: Kopp.

wir diesen Sommer den Gletscher selbst erwandert haben, ihn ferner aus der „Vogelschau" beobachten konnten — vom Kammweg zwischen den beiden Aconcagua-Gipfeln und vor allem auch vom „Horcones-Gletscherblick" am Almacenes aus —, wissen wir: Habel hat recht und alle seine Nachfolger unrecht!

(Und ich muß es mit Beschämung gestehen: auch in meinem Aconcagua-Buch hat der Gletscher die falsche „Schwartenmagenform". Da ich nach dem ersten Aconcagua-Unternehmen den Gletscher selbst nicht genau kannte, mußte ich die vorliegenden Karten zu Hilfe nehmen. Bei der Zweitauflage aber war es trotz meiner Bemühungen nicht möglich, die Sache richtig zu stellen).

Verhaftet.

Es lohnt sich, die erwähnte Festnahme näher zu betrachten, war doch auch in dieser Beziehung Habel ein gewisser „Wegbahner"!

Der Forscher machte vor dem Aconcagua-Unternehmen einen Abstecher nach Valparaiso — er ritt hin und zurück — und wurde dann von einem fremden Herrn verhört und nach der Erlaubnis der argentinischen Regierung gefragt. In Vacas verlangte man sein Tagebuch und verbot ihm, genaue Pläne anzufertigen! Daraufhin ging Habel — wie im vorigen Abschnitt geschildert — zum Aconcagua. Anschließend wollte er noch ins Vacastal, wurde dann aber in Punta de Vacas als spionageverdächtig verhaftet. „Ein Raum in der Steinbaracke, aus dem ich bei geöffneter Tür Aussicht auf den Tupungato hatte, und in dem sich eine eiserne Bettstelle befand, wurde mir zur Verfügung gestellt ... Am nächsten Tage photographierte ich die Aussicht auf den Tupungato, zum Andenken auch das Gefängnis ..."

Der Fall klärte sich natürlich, und Habel wurde in Mendoza wieder freigelassen.

Bemerkenswert sind die „Auswirkungen". Das war doch etwas für die Presse! Eine der größten Tageszeitungen besprach die Angelegenheit und fügte dann hinzu, „sie bringe die Depesche zum Abdruck, trotzdem sie sicher wüßte, daß ich nicht Spion, sondern verrückt sei; ich hätte im vorigen Jahr den Aconcagua und in diesem Jahr den Tupungato besteigen wollen."

Uns überkommt ein bitteres Lächeln: Der tapfere Mann, der die höchsten Berge Amerikas besteigen wollte; der Mann, der Namen schuf, die heute jedes Kind der Provinz Mendoza auswendig lernen muß; der Mann, der das wollte, was zwei Jahre später andere unter dem Beifall der Weltpresse ausführten: der Mann wird als verrückt bezeichnet ...

*

Soll man über den „Fall Habel" jammern oder lachen, fluchen oder ihn bedauern, spotten oder ihn anerkennen?

Ist das Ganze in seiner Zweigesichtigkeit nicht sinnbildhaft?

Ist es nicht das, was man gemeinhin als Schicksal des Deutschen Michels bezeichnet: Ein Kerl vollbringt eine Leistung, er weiß es selbst nicht, wird von der Welt verspottet, verlacht, für verrückt erklärt — und doch baut diese selbe Welt auf seiner Arbeit weiter.

Ist es nicht das ewig alte und neue Lied vom „dummen Brüderlein"?

*

Wenn ich abschließend das Tun am Andenkönig überschaue, dann ist mir, als ob zu dem bunten Bild der deutschen Leistungen — soll es vollständig sein — das „dumbe Brüderlein Habel" unbedingt gehöre. Denn wo Deutsche etwas schaffen, steht immer und immer wieder bei Faust und Siegfried der Michel.

So denn auch am Andenkönig:

wo neben dem faustischen Güßfeldt und dem Siegfried aus der deutschen Turnerschar Santiagos der Deutsche Michel Habel wanderte.

Sterne fallen vom Himmel

VON BRUNO H. BÜRGEL

Uralte Volksmärchen von den leuchtenden Sternen fern im Unendlichen, die durch ganz Europa verbreitet sind, berichten, daß arme kleine Teufel traurig darüber waren, nie den Engeln gleich dem Strahlenthron des Herrn der Welt nahe sein zu dürfen, nie in den Himmel zu kommen. Da ersannen sie eine List, sie betrogen den Erzengel Gabriel und schmuggelten sich dennoch ein in die Gefilde der heiligen Höhen. Indessen, wie es nicht anders zu erwarten war, sie blieben doch kleine unnütze Teufel, sie wurden erkannt, man vertrieb sie aus den himmlischen Hallen, und immer wenn sie wieder einen da oben hinauswerfen, sehen wir ihn in hohem Bogen vom Himmel niederfallen: eine S t e r n s c h n u p p e!

Es scheint nun, daß dann und wann der Erzengel Gabriel eine Razzia veranstaltet, um der vielen kleinen Teufel habhaft zu werden, denn es gibt Zeiten im Jahr, da fallen die Sternschnuppen in Mengen, ja es entstehen richtige kleine Feuerwerke zuweilen; die Nächte um die Novembermitte sind solche Sternschnuppennächte, wer sich für die Geheimnisse und Schönheiten der wunderbaren Welt über uns interessiert, die so fern liegt allem Erdenleid, der schaue des Abends nach Osten, wo das Sternbild des Löwen sich anschickt, aufzusteigen, und er wird (je später in der Nacht, je reicher), die schießenden Sternlein sehen. An sich sind die kleinen Funken ja belanglose Dinge, winzige Mineralmassen sind es, kleine Steinchen, sie kommen aus dem Weltenraum, dringen mit hoher Geschwindigkeit in die Lufthülle der Erde ein, erhitzen sich hier und glühen auf, verpuffen und verdampfen. Das geschieht schon in sehr großen Höhen, in 100 bis 120 Kilometer über dem Erdboden, ein Zeichen dafür, daß selbst da oben noch die Atmosphäre einige Dichte haben muß. An sich also sind diese „schießenden Sterne" unbedeutender Weltenstaub, Trümmermassen, aber ihre Herkunft ist interessant.

Als Alexander von Humboldt, der große gelehrte Weltreisende, im Jahre 1799 in Südamerika war, erlebte er in dem alten Städtchen Cumana in Venezuela ein wunderbares Schauspiel, das ihn begeisterte und entzückte. Es fielen am 12. November Tausende von Sternschnuppen nieder, es war, als würde droben ein festliches Feuerwerk abgebrannt, das kein Ende nehmen wollte; erst der heraufkommende Morgen, die Helle des Tages, unterbrach das reizvolle nächtliche Spiel. In den gleichen Novembernächten des Jahres 1833 und 1866 wiederholte sich das Schauspiel. Beobachter berichten aus jenen Zeiten, daß die schießenden Sternlein zuweilen dicht wie die Flocken im Schneegestöber niedergingen, es wurde ganz klar, daß man es mit einem periodischen Vorgang zu tun hatte, daß rund alle 33 Jahre um die Novembermitte die Erde einen besonders dichten Schwarm solcher kleinen Körperchen treffen muß, der offenbar unserer Erde gleich, in einer Bahn um die Sonne herumwandert. Schließlich fand man des Rätsels Lösung, besonders als erkannt wurde, daß an anderen Tagen des Jahres (so nahe der Augustmitte, auch nahe der Dezembermitte) ebenfalls Sternschnuppenschwärme auftreten. E s s i n d R e s t e a u f g e l ö s t e r o d e r i n A u f l ö s u n g b e g r i f f e n e r K o m e t e n, die wir da treffen, sie haben sich längs der Bahn, die der Komet um die Sonne beschreibt, zerstreut, und an bestimmten Tagen des Jahres wandert unsere Erde, die ja ihren Jahresweg um die Sonne durchwandert, durch diese Reste, diese Trümmer, diese Mineralmassen hindurch. Alle 33 Jahre aber trifft unser Planet mit der Hauptmasse, der Hauptwolke des an der zunehmenden Abzehrung zugrunde gegangenen Kometen zusammen, und dann erlebt man eben jenes wundervolle Feuerwerk, das Humboldt und andere Beobachter entzückte.

Du lieber Gott, was für Aengste haben einst die Menschen ausgestanden, wenn einer jener seltsamen Schweifsterne, wenn ein großer Komet in magischem Glanz monatelang den Himmel überzog. Wir heute Lebenden wissen das gar nicht mehr, denn lange lange ist kein wirklich großer Komet erschienen. Alte Chroniken berichten uns, was für eine Aufregung sich des Volkes bemächtigte. Alles rannte in die Kirchen, lag stundenlang auf den Knien und flehte zum Herrn der Welt, die Uebel abzuwenden, denn der Komet galt als die strafende Zuchtrute, die der Himmelsvater zum Himmelsfenster hinausstreckte. Krieg, Pest, Hungersnot, Ueberschwemmungen, große Dürre usw. usw., alles sollte der Schweifstern mit sich bringen, der den Zorn Gottes verkündete. Die Unwissenheit der großen Massen war ja in jenen Zeiten bejammernswert, und sie wurde noch von interessierten Kreisen, die das Volk fest in der Hand zu haben wünschten, ausgenutzt. Weit zurück noch war die

Wir grüßen unsere Freunde, Mitarbeiter und Leser zum Neuen Jahr



Wissenschaft! Böse Dünste sollten von den Kometen ausgehen, die Brunnen vergiften, die Pest und andere Seuchen verursachen, Gebet und Prozessionen, Glockengeläut und Weihrauchwolken sollten helfen. Bis zur Komik ging das. So schreibt ein Chronist im Jahre 1538: „Hier war ein entsetzlicher Kometstern zu sehen, und überall ist Seuche des Hornviehes!“ Ein anderer Autor meldet: „Anno 1663 ain groß Cometstern und ain groß Sterben unter den Katzen in Westfahlenland.“ Indessen, seien wir nicht zu selbstbewußt, wir Menschen nahe dem Jahr 2000! Daß Dummheit und Aberglaube noch nicht ausgestorben sind, wissen wir wohl alle, und wie heute einer jener großen, hellen, mit riesigem Schweif wochenlang durch die Sternbilder wandernder Komet auf die Massen wirken würde, müßte sich erst erweisen. Noch im Jahre 1910, als die Wiederkehr des Kometen Halley angekündigt wurde, französische Astronomen in Zeitungsartikeln darlegten, daß unsere Erde wahrscheinlich am 19. Mai durch den Schweif des Kometen hindurchwandern würde, kam es da und dort zu Selbstmorden aus Kometenangst, mußten Beruhigungsvorträge der Fachleute gehalten werden!

Iı dessen, die einst so gefürchteten Kometen sind in Wahrheit nur kleine, materiearme, aber sehr aufgeblasene Gesellen, nicht zu vergleichen mit den soliden Weltkörpern, wie es die Erde, die anderen Planeten, der Mond usw. sind. Im Grunde ist ein Komet eine Wolke von Steinen, ein durch das All wandernder Steinhaufen, kann man etwas grob und handfest sagen. Das Weltall ist ja erfüllt von Weltenstaub, kleinen Mineralmassen, auch größeren; zuweilen fallen sie als „Meteore“ in recht ansehnlichen Massen zur Erde, in den Naturkundemuseen finden wir sie aufbewahrt. Der Kern des Kometen ist eine Wolke solcher Massen, der Schweif wird erst durch die Hitze in der Sonnennähe hervorgerufen. Langsam, unter dem Einfluß der gewaltigen Anziehungskräfte der Sonne und der Planeten, löst sich die Mineralwolke des Schweifsternes auf, die Sternschnuppen sind die letzten Reste des Weltenwanderers, der vielleicht im Mittelalter die verängstigten Massen in den Weihrauchduft der Kathedralen trieb.

In Zentralafrika verschollen

VON RUDOLF CERNY

Auf meiner Reise durch britisch Zentralafrika fuhr ich mit zwei großen Flußbooten den Zambesi hinauf. Wir verließen den Fluß nachdem wir festgestellt hatten, daß sich sechs Kilometer südlich ein großer See befindet, der uns viel schnellere Fortbewegungsmöglichkeit bot, da das Umgehen der vielen Stromschnellen des Flusses zu zeitraubend war.

Ohne daß wir es wußten, verfolgte uns schon seit einigen Tagen eine Negerbande, die es auf unsere Ausrüstung und Waffen abgesehen hatte. Dem Umstand, daß wir den Fluß verließen, verdankten wir es, daß wir noch nicht angegriffen worden waren. Der Häuptling hatte angenommen, daß wir die Reise auf dem Fluß fortsetzen würden und darauf seinen Plan gebaut. An der Stromschnelle, ungefähr 8 Kilometer oberhalb der Stelle, wo wir den Fluß verlassen hatten, wollte er uns während wir mit dem Transport des Bootes beschäftigt wären, angreifen und überwältigen. Unser Abbiegen vom Wege zwang den schlauen Neger seine Pläne zu ändern. Er ließ uns beobachten und sandte Boten an die schon vorher bestimmte Ueberfallsstelle, um seine dort wartenden Leute zurückzurufen. Er wollte uns dann auf einer anderen Stelle mit seiner ganzen Kriegsmacht von ungefähr 120 Mann überfallen. Durch die von uns in der letzten Nacht gefangenen Späher, wußten wir wenigstens woran wir waren. Für diese Nacht hatten wir also keinen Angriff zu befürchten. Der Häuptling mit seinem Trupp befand sich an der Stromschnelle und wartete auf die Rückkehr der Kundschafter und auf den Haupttrupp, der sich an dieser Stelle mit ihm vereinen wollte.

Noch im Dunkeln ließ ich das Lager abbrechen, unser Boot in den See bringen und das Gepäck verstauen. Nun leisteten mir die beiden Faltboote, die ich von Sofala mitgenommen hatte, gute Dienste. Ich wollte die gefangenen Neger nicht so schnell laufen lassen, um den Häuptling nicht allzufrüh auf unsere Spur zu setzen. Mein Leibdiener, ein riesiger Zombaloneger und seine Kameraden nahmen in den beiden Faltbooten Platz. Die Gefangenen mußten in der Mitte des Ruderbootes Platz nehmen und tüchtig zugreifen. Die beiden Faltboote im Schlepptau, fuhr das Ruderboot in den See hinaus. Die Sonne ging auf. Der See war spiegelglatt. Unter schnellen Ruderschlägen waren wir rasch vorwärts gekommen. Am Nachmittag sichteten wir ein Negerdorf. Viele große und kleinere Hütten, umgeben von einem Pallisadenzaun, lagen vor uns. Beim Näherkommen bemerkten wir, daß es eine größere Siedlung war.

Als wir auf Rufweite herangekommen waren, strömte die ganze Bevölkerung des Dorfes am Seeufer zusammen. Männer, Frauen und Kinder winkten uns freundlich zu. Nur einige der Männer waren mit Speeren bewaffnet, woraus wir schließen konnten, daß wir es mit einem friedlichen Negerstamm zu tun hatten. Ich ließ vorsichtshalber das Ruderboot halten und nur unsere beiden Faltboote näherten sich dem Lande. Mein Zombaloneger betrat als erster das Dorf und fragte, ob wir als Gäste willkommen seien. Nun erst gab ich den Befehl zum Landen. Unter freudigem Zurufen wurde unser Einzug in das Dorf gefeiert.

Man brachte uns sofort in die Behausung des Häuptlings, der uns, auf seinem improvisierten Thron sitzend, empfing. Zu seiner Rechten stand ein Weißer. Ein alter Mann mit schneeweißem Haar. Seine Kleidung bestand aus einem ziemlich zerlumpten Tropenanzug, in der Hand hielt er einen alten Tropenhelm. Er sprach kein Wort, anscheinend wartete er ab, wie sich die Auseinandersetzung mit dem



Häuptling entwickeln würde. Dieser ließ mich über Ziel und Zweck meiner Reise und vieles mehr befragen. Mein Zombaloriese gab die gewünschte Auskunft. Ich ließ dem Neger sagen, daß wir hauptsächlich kamen, um im Dorf Schutz gegen Feinde zu finden, die uns überfallen wollten. Als wir die fünf Gefangenen erwähnten, wurde der Negerhäuptling unruhig. Er wünschte die Gefangenen sofort zu sehen. Nun sprach mich der weiße Mann an. Als er hinter dem Sitz des Häuptlings hervorging um mich zu begrüßen, bemerkte ich, daß er nur ein Bein hatte. Gestützt auf einer Krücke kam er auf mich zu, streckte mir die Hand hin und fragte mich auf Englisch welcher Nationalität ich sei? Als ich ihm antwortete „Oesterreicher", leuchtete sein Gesicht auf. „Da sind wir ja Landsleute!" — „Ich bin Deutscher, mein Name ist von der Haiden. Wenn es ihnen angenehm ist, können Sie in meinem Hause wohnen. Es ist geräumiger als die Hütten der Eingeborenen."

Nun wurden die Gefangenen gebracht. Der Häuptling nahm sie ins Verhör und ersuchte mich nachher, ihm die Gefangenen zu überlassen. Da ich den Leuten schon die Freiheit versprochen hatte, wollte ich mein Wort nicht brechen. Ich sagte es Dr. von der Haiden, und nach langem Verhandeln einigten wir uns, daß die Gefangenen einige Zeit als Sklaven bei dem Häuptling bleiben sollten um dann wieder in Freiheit gesetzt zu werden. V. d. Haiden versprach mir dafür zu sorgen, daß der Häuptling sein Wort einlöste.

Der Abend brach an. Ich verabschiedete mich vom Häuptling „Pozo Mahalla" und begab mich mit Dr. v. d. Haiden in die Mitte des Dorfes, an das Ende eines großen Platzes; neben einer aus Holz erbauten Kirche, stand das Haus des Weißen. Er war der Medizinmann, Lehrer und Priester der Dorfbewohner.

Nach dem Abendessen erzählte mir Herr v. d. Haiden, der von Kleve an der holländischen Grenze stammt, seine traurige Geschichte.

Er war Mitglied einer französischen Zentralafrikaexpedition, die im Jahre 1909 — geführt von Professor Gilbert Renauld — in die Urwälder von Angola eindrang. Ueber neun Monate war die Expedition unterwegs bis sie Levingstone erreichte. Die meisten Mitglieder waren dem mörderischen Klima erlegen. Andere kehrten an die Küste von Angola zurück und verließen die Expedition. Nur Renauld und Dr. v. d. Haiden waren die letzten Weißen die von Levingstone aus den Weitermarsch nach dem eigentlichen Reiseziel der Expedition, dem Njassasee, antraten. Unterwegs wurden sie von kriegerischen Manbundanegern ausgeplündert und verloren dabei alle Instrumente, Waffen und Lebensmittel. Die wilden Neger nahmen sie gefangen. Mit Hilfe eines Negers, der während der Expedition v. d. Haidens Diener war, konnten sie aus der Gefangenschaft entkommen. Es gelang ihnen in einem Negerdorf ein Boot zu stehlen und mit diesem Fahrzeug, in Begleitung von drei anderen Negern, die auch zu ihrer Gesellschaft gehört hatten, begannen sie die Fahrt auf dem Zambesi. Sie versuchten noch einmal Levingstone zu erreichen, wo sich damals die einzige Polizeistation dieses ganzen Gebietes befand.

Sie waren ohne Waffen und daher schutzlos allen Gefahren ausgeliefert. In der Nähe der Negersiedlung Pozo Mahallas wurden die Flüchtlinge von den sie verfolgenden Negern gestellt. Professor Renauld verlor in dem Kampf das Leben. V. d. Haiden rettete sich indem er in den Fluß sprang und das andere Ufer zu erreichen suchte. Beinahe gelang ihm dies Wagnis, doch kurz vor dem rettenden Ufer fiel er einem Krokodil, die zu Hunderten den Zambesi bevölkern, zum Opfer. Während er um sein Leben schwamm, biß ihm eines der Reptile den Fuß unterhalb der Wade ab. So lange er im Wasser war, spürte er keinen Schmerz. Erst als er vollkommen erschöpft das rettende Ufer erreicht hatte, verließen ihn die Sinne.

Als er wieder zu sich kam, befand er sich in dem Negerdorf. Der heutige Häuptling Pozo Mahalla war damals noch ein Jüngling und sein Vater führte den Stamm. V. d.



Haiden wurde sehr gut gepflegt und war nach einigen Monaten soweit wieder hergestellt, daß er die Hütte verlassen konnte. Der Fuß, der von den Eingeborenen natürlich nicht richtig behandelt worden war, bereitete ihm immer wieder große Schmerzen. Da v. d. Haiden Arzt war, erkannte er, daß nur eine Operation sein Leben retten konnte. Er überredete den Häuptling, einen Boten nach Levingstone zu senden mit der Nachricht vom tragischen Ende der Renauld-Expedition und die nötigen chirurgischen Instrumente zur Operation mitzubringen. Es dauerte Monate bis der Bote zurückkehrte. Er brachte die gewünschten Gegenstände, außerdem Kleider, Medikamente und Waffen. Nun ging Dr. v. d. Haiden daran seinen schon in Brand geratenen Fuß zu amputieren. Mit äußerster Willenskraft und Selbstüberwindung, der tapfere Pozo Mahalla half ihm dabei, vollbrachte er das erstaunliche Werk. Wochenlang lag er nach der Operation zwischen Leben und Tod, aber dann siegte die gesunde Natur des damals noch jungen Arztes und er genas.

Das englische Militärkommando von Levingstone sandte eine Hilfsexpedition um den Verwundeten in die Zivilisation zurückzubringen, aber Dr. v. d. Haiden weigerte sich das Dorf, dessen Bewohner ihn so freundlich aufgenommen hatten, zu verlassen. Er beschloß, sein Leben dem Wohle dieser Menschen zu opfern. Er blieb, wurde ihr Lehrer und später auch ihr Missionär. Sie verehrten ihn wie einen Heiligen. In der ersten Zeit sandte ihm der Posten Levingstone manchmal Lebensmittel, Munition, Kleider und Medikamente für sein Missionswerk, aber als 1914 der Krieg ausbrach, ließ man dem Deutschen keine Unterstützung mehr zukommen. V. d. Haiden und sein Missionswerk wurde vergessen, er existierte für die Engländer nicht mehr! —

16 Jahre lebte er bereits unter den Negern. Er alterte schnell. Nur dreimal haben sich in all den Jahren Weiße in diese Gegend verirrt. Ich war der vierte Besucher seit 16 Jahren.

Auch ich wollte Dr. v. d. Haiden dazu überreden in seine Heimat zurückzukehren; ich erbot mich, ihn mit meinen Leuten bis an die Küste zu bringen, aber er wollte nichts davon wissen. Er hatte keine Sehnsucht nach der Zivilisation, er war erfüllt von seiner Mission, den Schwarzen, die sein Leben gerettet hatten, zu helfen.

Nach vier Tagen brachen wir auf. Bis zur großen Stromschnelle, die ungefähr drei Tagreisen vom Dorfe entfernt war, wollte uns



Pozo Mahalla eine Hilfsmannschaft mit einem Boot mitgeben. Ich gestand meinem Landsmann, daß ich kein reicher Mann sei und die Gastfreundschaft des Häuptlings nicht gebührend bezahlen könne und wollte das Angebot des Häuptlings ablehnen. Nach einer Rücksprache die Dr. v. d. Haiden mit dem Häuptling hatte, bestand dieser aber darauf, so daß ich seine Hilfe annehmen mußte. Mir war diese Begleitung von acht kräftigen Negern, die noch dazu alle mit Feuerwaffen versehen waren, sehr angenehm, denn im stillen rechnete ich immer noch mit der Möglichkeit eines Ueberfalls durch die wandernde Negerbande.

Das einzige Geschenk, das Pozo Mahalla von mir annahm, war eine kleine Brieftasche aus Krokodilleder, die ich bis dahin als meine eigene gebraucht hatte.

Der Abschied war überaus herzlich. Dr. v. d. Haiden begleitete uns bis an den Fluß. Schon am Vortag brachten die Schwarzen unser Boot samt Gepäck und frischen Lebensmitteln an den Fluß. Acht Mann, die unsere Begleitmannschaft darstellten, blieben über Nacht dort als Wache.

Die halbe Ortschaft war am Fluß versammelt, als unsere beiden Boote abstießen. Genau wie bei unserer Ankunft stimmten die Naturkinder auch zum Abschied ein Freudengeheul an.

Unter den schreienden Naturkindern stand still und unbeweglich der weiße Mann und schaute uns nach. Und erst als er allein am Ufer war hob er die Hand und winkte einen Abschiedsgruß.

Der Zufall

Im hohen Gemach des Berliner Schlosses stand Voltaire dem heimgekehrten König gegenüber.

„Er ist alt und müde geworden!“ mußte der Franzose denken, indem er seine kalten und grauen Augen über die gebeugte und schwer auf den Krückstock gestützte Gestalt Friedrichs gehen ließ. Laut aber sagte er:

„Sire!... Der Lorbeer der Unsterblichkeit schmückt Ihre Stirne. Man nennt Sie bereits den Großen!“

Der König, der eben zu dem Fenster getreten war, um einen Blick in den winterlichen Garten zu werfen, kehrte sich jäh um und schaute mit scharfen, forschenden Augen auf den Philosophen, der sich ehrfürchtig verneigte.

„So... tut man das!“ sprach er dabei leise, spöttisch ein wenig und doch mit einem seltsam bitteren Unterton in der Stimme: „Und auch Er, Voltaire, gönnt mir die Unsterblichkeit...?“

Der Franzose neigte den Kopf und besann sich eine kurze Weile. Dann schürzte er die Lippen und murmelte hochmütig:

„Ich verkleinere mich nicht dabei, Sire!“

Der König nickte und verbarg ein Lächeln. Wieder ernst werdend meinte er:

„Er ist ein großer Philosoph — schlechthin! — Ich bin ein großer König... Aber was wäre ich ohne meine braven Musketiere und ohne den... Himmel.“

Voltaire fuhr auf.

„Ah, Sire, Sie überraschen mich!“ murmelte er beinahe bestürzt und doch schon überlegen spottend:

„Avez-vous pacté avec l'Errgott du monsieur de Ziethen?“

Friedrich stampfte zornig und unmutig mit dem Krückstock auf:

„Nicht so, Voltaire!“

Dann hatte er sich schon wieder in der Gewalt:

„Er lacht darüber und über den braven Ziethen!... Je nun, er war noch in keiner Bataille, und es ist für ihn noch keiner gestorben... Er war noch nie ganz klein, vielleicht wird er darum auch nie ganz groß...!“

„Sire!“ versuchte sich unmutig der Franzose zu wehren: „Sire...!“

„Schweig er!“ rief mit blitzenden Augen der König: „Laß er sich lieber die Geschichte erzählen!

Am Vorabend von Leuthen trug sich's zu. War mit dem alten Ziethen vorne bei den Feldwachen... Beobachtete die Lagerfeuer der Oesterreicher... Hatte wenig Hoffnung auf Succès, da die anderen beinahe doppelt so stark waren wie ich... Konnte die Feuer am Horizont nicht zählen...!

Schritten der Ziethen und ich die Fronten ab. Gaben Losung und Feldgeschrei, wenn der Posten uns anrief, redeten mit dem gemeinen Mann und mit den braven Leutnants... Und ließen uns bei der Feldwache, die dem Fluß zunächst lag, einen Kornett mitgeben, daß er uns durch das Gebüsch der Uferniederung zum nächsten Posten führte.

War ein junger, halbwüchsiger Bursche, der Werner von Bülow, schritt uns schweigend und sicher voran, wie man an solchen jungen Burschen selten sieht. Kannte sich bei der stockdunklen Nacht aus, als ob es hellichter Tag gewesen wäre. So kamen wir an eine Waldblöße. Der kleine Bülow bog das Gesträuch ein wenig zur Seite, um mich durchschlüpfen zu lassen und — erzitterte plötzlich, blieb einen Augenblick lang wie erstarrt stehen, hielt mich jäh am Rockärmel und stammelte etwas. Ich war unwillig über den Jungen und herrschte ihn an, was er wolle. Er schüttelte den Kopf und versuchte zu reden, ließ mich aber nicht los. Unterdes war der alte Ziethen herzugekommen. Er fürchte sich wohl vor der Lichtung, spottete er zu dem Kornett. Der riß sich zusammen. Ich vermeinte zu sehen, wie er die Zähne aufeinander biß, wie er versuchte, krampfhaft versuchte, etwas zu sprechen. Dann schüttelte er sich mit einem Male, sprang mir in den Weg und trat hinaus auf die Waldblöße. Und war keine zwei Schritte gegangen, daß er plötzlich aufzuckte und wie gefällt niedersank.

Nun ja, Voltaire: War eine verirrte Kugel gewesen, die drüben beim Feind irgendeiner von ungefähr losgebrannt hatte! Zufall, blinder und böser Zufall, daß der Junge hineinlief, nicht ich!

Wir holten den Werner von Bülow herein ins Dickicht. Er röchelte matt. Und während der Ziethen lief, um von der Feldwache etliche Leute zu holen, kauerte ich neben dem

Jungen nieder und versuchte, das Blut seiner Wunde zu stillen. War vergebens, wie ich gleich erkannte. Aber unter meinen Bemühungen schlug er die Augen auf, suchte mich und erkannte mich.

Er sei nicht feige, flüsterte er stockend und stöhnte dabei, aber er hatte die Kugel kommen sehen... Und wenn er jetzt für mich sterben dürfe...

Fuhr ihn an, daß er solch törichtes Gerede lassen sollte.

Aber da lachte er mir seltsam überlegen ins Gesicht. —

Unterdes kamen die Musketiere mit einer Tragbare. Wir betteten ihn sorgsam darauf und trugen ihn zum Wachtfeuer. Der Leutnant dort hatte bereits nach einem Feldscher geschickt.

War zu spät, bis er kam. War der Werner von Bülow bereits tot, hatte sich aufgebäumt, Fridericus gerufen und war in seinem Blut erstickt!

Die Bülows hätten alle so ein zweites Gesicht, versicherte mir der Leutnant und hatte Mühe, die Fassung zu bewahren: Der Junge hätte ihm am Mittag schon aufgegeben, was er der alten Mutter heimschreiben und sagen sollte, weil er zur Nacht sterben müßte.

Ich habe der alten Frau selber die Todeskunde gebracht, da wir am anderen Tag die Schlacht gewannen und da meine braven Regimenter auf dem Feld kampierten und ihr ‚Nun danket alle Gott' sangen... Wenn ich auch einen Tag länger gebraucht habe, um nach Berlin zu kommen... —

Ich hab Ihm aber die Geschichte heute noch und gleich erzählen müssen, Voltaire! Er soll mir nicht über dem Ziethen seinen Herrgott und über die Vorsehung spotten, und darüber, daß sichtbarlich etwas ist zwischen Himmel und Erden."

Der König hatte sich mit seinen letzten Worten schon abgewandt und war wieder zum Fenster getreten. Er wollte sein Gesicht nicht sehen lassen.

Der Franzose nagte an seiner Unterlippe.

„Seltsamer, wunderbarer Zufall!" murmelte er: „Dem die Preußen einen Sieg und dem die Welt einen großen König verdankt! Man hätte Lust, die Historie des Zufalls zu schreiben..."

Friedrich preßte die Stirn an das kalte Fenster.

„Geh er!" murmelte er mit Anstrengung: „Laß er mich allein!"

Voltaire, der jetzt erst die Bewegung des Königs bemerkte, erschrak und flüsterte betreten:

„Sire!"

Aber Friedrich stampfte mit dem Krückstock auf und wies mit der freien Hand zur Türe. Und grollte schon wieder mit härterer Stimme:

„Geh Er in drei Teufels Namen... Und schick er mir den Ziethen!"

Der Printenmann

VON HANS STEGUWEIT

Wer das zähe Gebäck liebt, dessen Teig man in Aachener Klöstern aus Roggenmehl, braunem Blütenhonig, Anisкörnern, Sirup und Zucker zu mengen pflegt, der kennt auch jene lebensgroßen Figuren, die um die kalte Weihnachtszeit in den Schaukästen der kunstgerechten Bäckerzunft feilgeboten werden. Diese platten, gebackenen Printenmänner blinken wie schwitzende Neger, ihre Augen sind geschälte Mandelkerne, desgleichen ihre Knöpfe, während getrocknete Sultaninen und bunter Zuckerguß den würzig duftenden Aufputz ihrer eßbaren Gewänder vollenden.

War nun solch ein Printenmann mit himmelblauen oder rosaroten Seidenschleifen auf ein sauber gehobeltes Brett gebunden, so schien er stets schwärmerischen Quintanern ein rechtes Nikolausgeschenk für den bebrillten Lateinprofessor zu sein, der angesichts dieser wohlschmeckenden und hergebrachten Spende zunächst eine Stirn voll bärbeißiger Gewitterbildung zu runzeln pflegte, dann aber im Hochgefühl zärtlicher, jugendlicher Wertschätzung für die gegenwärtige Unterrichtsstunde die schlechten Zensuren vergaß. Später pflegte dann der düstre Magister mit einem Lebkuchenlächeln die gebackene Figur von einem vorgezogenen Primus in seine Wohnung schleifen zu lassen.

So war es mit Professor Hummel, der Sommer wie Winter einen verfilzten Bratenrock voll Eidotterflecken trug, dessen Hosenbeine wie Korkenzieher hingen, dessen Rücken einem konkav glänzenden Rasierspiegel nicht unähnlich war.

Professor Hummel war ein armes, dürftiges

Luder; er hatte sehr spät geheiratet und infolge dessen die unnatürlich hohe Zahl von fünf unmündigen Kindern wie Karnickel über den Teppich kriechen. Sein sauer verdientes Gehalt schmolz monatlich wie der Schnee auf dem Ofen. Hummels einzige Lebensfreude war eine faustgroße Schildpattdose, die er wöchentlich einmal mit Schnupftabak zu füllen pflegte, von dem seine Quintaner behaupteten, es sei Kaffeesatz.

Papa Hummel zog eben vorsichtig seine Pulswärmer und Hasenfellpantoffel an, eben wickelte ihm seine blasse Frau einen wollenen Schal um die asthmatische Gurgel, als seine fünf Kinder ihn mit aller vorweihnachtlichen Inbrunst anbettelten, des Sinnes, daß er heute auf den 6. Dezember, den üblichen Printenmann aus der Schule heimbringen sollte.

Papa Hummel versprach es gerührten Auges, klemmte die Ledermappe voll Mathematik, Bellum Gallicum und Xenophons Anabasis unter den Arm und schluffte hinaus in den Schnee. Sein Stock war um diese Jahreszeit immer mit einem Gummistopfen versehen, seine Nasenlöcher schnaubten wie ein Walfisch weiße Dampfwolken in den Frost, und sein Bart glitzerte voll Perlen.

Kaum betrat er das mollig geheizte Konferenzzimmer seines humanistischen Gymnasiums, als er den Kreis seiner jüngeren Kollegen mit seltsam aufgeregtem Gemurmel um den Direktor, den Zeus und obersten der Götter, versammelt sah. Offenbar wurde Hummel als letzter erwartet. Dann donnerte die Rede des breitbrüstigen Direktors vom Stapel, des Inhalts, daß: die Lehrerschaft mit dem eingerissenen Unfug der Printenmännerei endlich aufzuräumen habe; solche Manieren seien in Lyzeen und Nonnenklöstern verständlich, nicht aber in einem humanistischen Gymnasium, das im Laufe seines bald 60-jährigen Bestehens schon Justizminister, Staatsanwälte und andere hochgelehrte Kreaturen von Weltruf in seinen Klassenzimmern ausgebrütet habe! — Es ist erklärlich, daß das in strammer Haltung horchende Kollegium ohne Räuspern und Widerspruch diese Lektion seines Seniors einschluckte, zuweilen sogar mit empörter Zustimmung das Verbot solcher Firlefanzereien und offenbarer Bestechungsversuche von seiten der Schülerschaft unterstrich.

Professor Hummel aber, der Vater seiner fünf kriechenden Kinder, schwieg wie ein Lamm, wenn sein verwittertes Herz auch blutete.

Kurz darauf begann in den Stuben von Sexta bis Oberprima der amtlich vorgeschriebene Bildersturm gegen die gebackenen Nikoläuse; diese unschuldigen und eßbaren Heiligen flogen mit Gepolter von den Kathedern, Mandelkerne, Sultaninen und Zuckerguß spritzten verachtet über den Fußboden, die mangelhaften Zensuren rächend hinterher.

Nur in Hummels Quinta war es friedlicher. Dieser alte Mensch verbiß seinen Schmerz und dankte für die guten Seelen seiner Schüler. Freilich ließ er den Cäsar pflichtgetreu lesen und belohnte die Leistungen diesmal mit Printenstücken, die er seufzend, je nach Verdienst des einzelnen, in großen oder kleinen Happen mit zitternden Fingern vom Brett des Kuchenmannes brach. Die schlechtesten Schüler deuchten ihm heute gangbare Lateiner zu sein, und keiner dieser Glücklichen behauptete mehr, seine brodelnde Prise sei Kaffeesatz. Als sogar ein armer Stipendiat die Annahme seines Happens verweigerte, da er ja kein Geld gegeben habe, da — schenkte ihm Papa Hummel mit nassem Blick noch einen zweiten Happen dazu: „Nimm, mein Junge, nimm, weil du arm bist, ich weiß, wie das weh tut!" —

Der Knabe nahm es.

Und mittags um eins packte er wenigstens das nackte Holzbrett unter den Mantel, denn Holz war teuer und der Winter kalt. Auch dieses Brett bettelte ihm einer der Schüler ab für die Laubsäge.

Daheim aber stürzten Papa Hummel die Tränen dick über die frostigen Backen, als er das hoffnungsfrohe Geschrei seiner Kinder aus der Stube hörte. Er mußte die bitter Enttäuschten trösten:

„Kinder, die Zeit hat sich gewandelt, es gibt keine Printenmänner mehr, die Lehrer fürchten sich davor!" Und damit klingelte die Haustür. Mama Hummel öffnete mit verhärmten Augen: Da stand die ganze Quinta gymnasialis, jeder der Bengel hielt links den Cäsar in der Faust, rechts seinen Printenhappen; diese Knaben zogen artig ihre bunten Mützen vom Schädel, trampelten mit ihren nassen Schneeklumpen in die Stube, nicht zum Professor, nein, zu den Kindern, ja, zu den Kindern, denn sie hatten gelernt, wie es wehe tut, wenn man arm ist.

Vielleicht hat Hummel in seiner heutigen Lateinstunde neue Berühmtheiten ausgebrütet, wenn auch keine Justizminister, Staatsanwälte oder hochgelehrte Kreaturen von Weltruf, mindestens aber brave, junge Kerle, deutsche Staatsbürger von sauberer Gesinnung.

Die Geschichte vom schwäbischen Weinschiff

VON OTTO ROMBACH

Es steht hier nicht zur Rede, aus welchem Ort die beiden Taugenichtse Kunz und Brosam stammen, die der Schulze einer kleinen Weingemeinde am Neckar loszuwerden hoffte. Denn im Schwäbischen ist man gewissenhaft genug, die dickste Chronik durchzuforschen. Es handelt sich, und damit genug gesagt, um eines jener Dörfer, die sich bescheiden unter ihren Hügeln ducken, schmale Gassen und knapp bemessene Höfe haben, fast keinen Marktplatz, aber ein respektabel ausgeputzes Rathaus. Jeder Fußbreit Boden ist in dieser Gegend wichtig, weil er einen Weinstock ernähren kann, weil jede Rebe Wein trägt und weil der Wein nicht schlecht ist, was man in früheren Zeiten besser wußte, als das Neckartal nebst Wien und Würzburg zu den besten Weingebieten zählte.

Kunz und Brosam, die weder Wingerte noch Aecker oder andere Güter hatten, brauchten trotzdem nicht zu darben, weil kein Bauer seinen Hals verrenkte, wenn ein Suppenrest, ein Häpplein Fleisch, ein Viertel Wein, ein Brotknorz oder ein Stück Wurst in einen Magen gingen, der nicht zum Haus gehörte. Nur wenn in der Gemeinderechnung ein Betrag erschien, der klipp und klar bewies, daß Kunz und Brosam von der Armenpflege zehrten, gab es böses Blut.

Was half es, daß der Schulze lamentierte, er könne sie nicht zwingen, eine Arbeit anzufassen. Er habe selbst versucht, sie bei der Ernte einzuspannen. „Pfeifendeckel! Im Schatten haben sie gelegen, sich den Bauch mit Trauben vollgeschlagen und dann geschlafen!" — Nur beim Vespern hätten sie geschnauft wie Drescher und sich unersättlich drangehalten. Ach, es sei ein Kreuz. Sie söffen, als ob sie keinen Boden hätten. Man kenne doch die Tagedieberei, die beide treiben: am Wasser sitzen und angeln ohne Schein, zur Aepfelzeit die Flur durchstreifen, in jedem Haushalt in die Küche riechen und sich jedem Fremden an die Ferse hängen, um zechfrei auszugehen! So habe die Gemeinde sie gedeihen lassen, nicht er, der Schulze, nein, jeder einzelne, der nun Beschwerde führe!

Aber an dem Schulzen blieb es hängen.

Und deshalb überlegte er, wie dieser Schmach und Schande abzuhelfen sei, um eines Tages mit einem Vorschlag aufzutreten, den er Kunz und Brosam machte. Er müsse einem Schiffer, sagte er, den er nicht gründlich kenne, ein Faß Neckarwein bis in die Niederlande anvertrauen, das ein hoher Bürgermeister von ihm erbeten habe! Und er denke: Ihr beide, wenn man euch ein kleines Fäßlein für den eigenen Gebrauch aufs Schiff stellt, ihr werdet dafür sorgen, daß der Schiffmann seinen Auftrag richtig ausführt.

Kunz bedachte sich am schnellsten. Er tat bedenklich und wandte ein, die Reise sei nicht ungefährlich. Auf dem Neckar, ja, da ließe sich gemütlich reisen, obwohl auch da genügend Wirbel, Brückenjoche, Klippen und Sandablagerungen zu fürchten seien, die man bei rascher Fahrt nicht sähe. Unvermutet läge so ein kleiner Weinkahn mitten in der Strömung, und man könne sich, da hülfe auch das Schwimmen nichts, zur Hölle zappeln. Und dann erst auf dem Rhein! O weh, da müsse man sich zwanzig Neckar denken, die sich reißend im breit gegrabenen Bett und zwischen steilen Bergen hin zu Tale wälzen. Das sei ein Strom, der mit Getöse seinen Weg durchmesse, von Wellen aufgewühlt wie auf dem Meer; man könne von einem Ufer aus die Häuser auf dem andern Ufer kaum erkennen. Und schließlich meinte er: „Ach, Schulze, was hätten wir davon, uns solchen Abenteuern und Gefahren auszusetzen?" — „Richtig!" stimmte Brosam bei.

Der Schulze gab sich Mühe, weil er eine Nebenabsicht hatte, den Aerger zu verkneifen, den ihm diese Antwort machte. Er schilderte, wie schön der Neckar sei mit seinen Städten, Burgen, Schlössern, und es sei doch, sagte er zuletzt, die Sehnsucht jedes Menschen, etwas von der Welt zu sehen. Sie könnten auf dem Bootsdeck liegen, träumen, schlafen, schauen; fürs Essen und fürs Trinken sei gesorgt und selbstverständlich auch für ihre Rückfahrt.

Das gab den Ausschlag. Kunz und Brosam

nahmen an, und als der Schulze seine Rathausfreunde traf, frohlockte er: „Nun sollt ihr sehen: jetzt kr'egen wir sie los. Denn wer daheim nichts tun will, den muß man draußen zwingen." — Mit „draußen" meinte er die Niederlande.

Er war seiner Sache sicher, und als das Weinschiff eines Abends beim Fährmann festlag, als Kunz und Brosam, sich im Nacken kratzend, zum erstenmal das Schiff betraten, das nun für Wochen ihre Heimat werden sollte, schickte er sie freundlich heim: „Ihr müßt noch schlafen; aber morgen in der Frühe wird gefahren."

Drauf hatte er noch lange mit dem Schiffer, der mancherlei zu laden hatte, Wichtiges zu reden.

Kunz und Brosam war es nicht geheuer. Unschlüssig standen sie am nächsten Morgen auf dem Deck und lächelten verlegen, weil das halbe Dorf am Steg versammelt war. Jan hieß der Schiffer, der noch einen halberwachsenen Burschen bei sich hatte, den er Männecken benamste. Auf der ganzen Reise hieß er so, vielleicht im ganzen Leben.

Der Kahn fuhr ab, und Kunz und Brosam winkten mit den Armen, bis sie das Tücherschwenken und zuletzt das Dorf nicht mehr erblicken konnten, weil der Neckar sie in eine seiner Schlingen hineingezogen hatte. Sie unterfuhren die holzgedeckte Brücke, über die sie oft gepilgert waren. Noch kannten sie den Wachtturm auf der Hügelnase, die nächste Ortschaft und die übernächste mit ihrem schiefgewehten Kirchturm. Und wenn ein Mensch vom Ufer grüßte, stießen sie sich an und sagten: „Der erkennt uns, der hat es auch bereits gehört. Ach, eine schöne Sache ist es doch!"

Weil sie aber bald in eine Gegend kamen, die ihnen nur vom Hörensagen her bekannt war, beschlich sie doch der Trennungsschmerz, der ihre Freude dämpfte. Die Fremdheit dieser nie geschauten Fremde übermannte sie, obwohl auch sie zum Neckartal gehörte. „Das hier ist die wahre Heimat", sagte Kunz, als er in Brosams Wesen die Bedrücktheit wahrnahm, und klopfte an das Fäßlein. Rund und stattlich lag es neben dem größeren Bürgermeistersfaß, das schwer versiegelt war und gut sein halbes Fuder fassen mochte. Das kleine Faß, bei dem die Becher standen, streckte seinen Hahn so munter vor, daß kein gerechter Trinker der Versuchung hätte widerstehen können. Also fingen sie zu kneipen an.



Das Schiff trieb ruhig seines Weges. Jan schien ein guter Kapitän zu sein, der ruhevoll am Steuer stand und nur bisweilen mahnte: „Laßt auch für morgen etwas übrig!"

Ach, sie lachten nur und prosteten ihm zu. Sie reckten ihre Becher weit hinaus und grüßten Burgruinen, Kirchtürme, Menschen auf den Brücken, in den Fähren, auf den Flößen: „Haltet mit!"

Ihr Schmatzen und Gelächter wurde immer lauter. Mit Behagen lehnten sie an ihrem Fäßlein, der eine links, der andere rechts, als ob sie die geliebte Tonne mit dem Buckel am Entweichen hindern wollten. Es war ein guter Wein, und wenn Kunz den Boden seines Bechers früher trocken sah, als Brosam es vermochte, meinte er: „Die Wasserfahrt macht durstig."

So ging der erste Tag und auch die halbe Nacht vorbei. Sie schliefen, wo sie lagen, riefen morgens „Männecken!" und ließen sich die Suppe bringen. Sie riefen: „Hoch, der Schulze!" und zechten weiter.

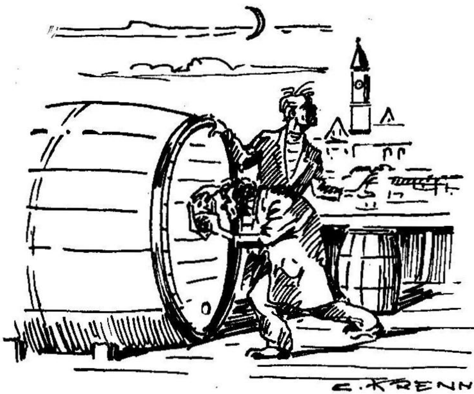
Da war es unausbleiblich, daß sie schon am übernächsten Morgen, als ihr Schifflein bei Eberbach am Odenwald vor Anker lag, das Fäßlein ausgepichelt hatten. Und damit fing das Leiden an, das sie verstricken sollte. Der Schiffer Jan war plötzlich umgewandelt. Er schien gleich einem Kettenhund von seinem Ruder aus zu ihnen herzuspähen. Auch Männecken strich frech und oft um sie herum. Es war nicht länger zu verbergen, daß das Fäßlein leer war. Ein Grinsen schien den Kapitän zu plagen, eine niederträchtig böse Schadenfreude. Da kamen sie am nächsten Morgen überein, dem Schiffer vorzumachen, das Fäßlein sei noch voll. Sie taten so, als ob sie munter weitersöffen und starrten sich mit heißen Augen an, weil jeder seine Kehle brennen spürte. Verdrossen gaben sie zuletzt den Narreneinfall wieder auf und glotzten mutlos in die Landschaft.

Ja, sie war so herrlich, wie der Schulze sie beschrieben hatte. Aber half es ihnen? War der Durst bis Holland auszuhalten? —

Ihr Auftrag war, das Faß des Bürgermeisters bis Holland zu bewahren. Sah es nicht auf einmal danach aus, als ob der Schiffer nun sie selbst bewache? Als habe er Verdacht, sie könnten sich an jenem halben Fuderfaß vergreifen, das wie die Muttertonne hin-

ter dem spendierten Tönnlein stand? — Ach, keiner von den beiden sprach von dem Bürgermeistersfaß. So oft sich aber ihre Blicke kreuzten, dachte jeder: Auch du studierst das Petschaft? Auch du horchst auf das Gluckern? — Jeder seufzte, und als sie abends auf den Rhein einbogen, wodurch das Schiff zu schwanken anfing, keuchte Kunz, der schwere Kämpfe mit sich austrug: „Es könnte auch vom Schiff gerollt und dann im tiefen Rhein ersoffen sein. Wer hätte dann etwas davon?" Das war's. „Ja", nickte Brosam.

Kunz und Brosam waren ehrlich. Man soll nicht mehr aus solchen Burschen machen, als an ihnen dran ist. Sie hatten Durst. Sie überlegten, daß der Mann in Holland ein paar abgezapfte Becher nicht bemerken würde. Sie dachten auch daran, wie man das Faß bei den Gefahren, die zu erwarten standen, verlieren könnte: wenn man zusammenstieß, wenn nachts an einer Landungsstelle Diebe kamen oder — was der Schrecken aller Schiffer war — im Binger Loch und an der Lorelei.



Ein guter Weinschlauch findet stets ein Schläuchlein. Jan und Männecken hat ein barmherziges Geschick ins Dorf gelockt. In dieser Stunde lösten sie die Siegel an dem großen Faß. Sie saugten nach bekannter Winzerweise den Wein des Bürgermeisters an und ließen seine wundervolle Flut ins eigene Fäßlein rauschen. Im schwülen Sommerabend, der alles Leben lähmte, empfanden sie das Plätschern wie eine sanfte Kühlung, die nur noch übertroffen wurde durch den wonnevollen ersten Schluck. Das war die Labung, die sie gierig schlürften, und obzwar sie sich verschworen hatten, jetzt aber hauszuhalten, kam am nächsten Abend nichts mehr aus der kleinen Tonne.

Sie hatten Jan gesagt, der voller Argwohn heimgekommen war: „Wir haben uns halt eingeteilt." Jan fand sich ab damit, obgleich er nur ans Faß zu klopfen brauchte, um zu entdecken, woran er war. Er klopfte nicht. Er steuerte sein Schifflein den Rhein hinab, ein stiller Schiffer, der frohe Fracht geladen hat, der möglichst in der Nähe der schilfbesäumten Ufer fuhr, um den gewichtig schweren Seglern auszuweichen. Abends lagen sie bei kleinen Orten still, und häufig ging der Schiffmann in die Dörfer, weil er, wie er sagte, dort Bekannte hatte.

In diesen Nächten füllten Kunz und Brosam ihr Fäßlein jeweils wieder auf. Die erste Zapfung, maßvoll und mit aller Aengstlichkeit betrieben, hätten sie zur Not verbergen können, zumal sie es verstanden, das Petschaft wieder unverdächtig anzubringen. Der zweite Aderlaß war nicht mehr zu verbergen, der dritte überhaupt nicht, und beim vierten waren sie der Meinung, daß nun das Schicksal kommen möge, wie es wolle.

Sie konnten nicht mehr unterscheiden, ob der Wein des großen Fasses schlechter mundete, ob es die Angst war, die ihn herb erscheinen ließ. Es gab für sie nur eine Fügung in das Schicksal, und das war die: das Faß bis auf den Bodenrest zu leeren. Der Teufel, der den Zapfen lockern half, muß weiterhelfen! — So dachten sie in klaren Stunden, wenn sie der Jammer überkam. Sie fragten sich, ob es nicht besser wäre, bei Nacht und Dunkelheit davonzulaufen; dann pochten sie am Bürgermeisterfaß und wurden schlüssig, daß die Zeit noch nicht gekommen sei.

Der Rhein ist lang, und wer tagaus, tagein an Rebenhängen still vorübergleitet, der kann ermessen, wie rasch das Faß des Neckarschulzen, das er nach Holland schickte, hohler klingen mußte. Und als das Schiff in einer jener Städte ankam, wo der Rhein zum Waal wird und in breiten Flüssen auseinander und zum Meer strebt, war das Bürgermeisterfaß so bodentrocken, daß eine Fliege drin verdurstet wäre. Jetzt mußte die Entscheidung kommen. Jetzt war es nicht mehr möglich, zu entspringen, zumal sich Jan auf einmal dem großen Faß zuwandte, daran pochte und mit hämischer Grimasse sagte: „Das hab' ich mir gedacht! — Mit eurer Heimfahrt ist es nun vorbei!"

Ein Polizist stand an der Landungsstelle, den Jan beiseitezog, als er mit einem Sprung das Schiff verließ. Dann mußte Männecken die beiden armen Sünder ans Ufer bringen. Sie wollten ihre Schuld beteuern, aber sie kamen nicht dazu. Stillschweigend packte sie der Polizist am Arm und führte sie auf eine Straße, an der weit in der Ferne eine Flü-



gelmühle saß. „Dort", sagte er, „hört unsere Gemarkung auf. Lauft jetzt, wohin ihr wollt; nur untersteht euch nicht, in unsere Stadt zurückzukommen. Sonst muß ich euch vor unseren Bürgermeister bringen, dem ihr das Weinfaß ausgesoffen habt. Der hängt euch auf, ihr Diebe!"

„Wir hatten Durst", versuchten sie zu jammern. Das nutzte ihnen nicht. Der Niederländer fand sich nur noch zu dem Rat bereit, sie kämen, wenn sie weiterliefen, zu einem Hafen, wo die großen Segelschiffe nach Amerika hinüberführen. Damit ließ er sie am Wegrand stehen und kehrte um.

Als er zurückkam, hatten die Hafenknechte schon die leeren Fässer weggerollt, und nun war man dabei, die Bretter auf dem Bootsdeck abzunehmen. Jetzt ergab sich, was die eigentliche List des Schulzen aus dem Neckartal gewesen war: die Fässer, die er seinem Freund, dem Bürgermeister, schickte, hatten ihre Reise gut gekühlt im Schiffsbauch überstanden! Nun wurden sie an Stricken feierlich herausgewunden, unversehrt und von dem würzigen Geruch umgeben, den ein Faß in einem guten Keller annimmt. Drei pralle Fuderfässer waren es, von denen jedes das halbe Fuder eines schlechten Jahrgangs aufwog, das Kunz und Brosam mit Angst und Beben ausgepichelt hatten! — Ja, der Schulze gab dem Schiffer Jan, als er ins Neckardorf zurückkam, einen Beutel extra. Er und die Gemeinde waren um eine Last erleichtert. — „Draußen", sagte er, „ja, draußen wird man ihnen zeigen, daß man verdienen muß, was man verzehrt!" Das war sein Sieg, der ihm nur manchmal noch Gedanken machte, weil er ein Neckarländer war und mehr als es ihm recht war an die beiden Burschen denken mußte. Und weil er schließlich Schulze war.

Kunz und Brosam fehlten nicht und fehlten doch: am Ufer, wo sie ihre Angeln unrechtmäßig in den Neckar hängten. Man vermißte sie im Feld, sogar der Feldschütz, der ihnen aufzulauern hatte. Und man fragte oft im Dorf nach ihnen, weil keiner mehr die Klinke drückte und bescheiden grüßte: „Ach, wie geht's, Herr Nachbar? Gut riecht's von eurer Küche her!" —

Was List gewesen war, besprach man bald als Unbarmherzigkeit. Der Schulze litt darunter. Aber jeder, dem er vorhielt: „Du hast auch gesagt, du willst nicht zahlen!" jedweder wand sich und schloß zuletzt: „Du hast sie aber fortgejagt!"

So ging der Sommer hin, ein brütend heißer Sommer, dem der Herbst mit gleicher Inbrunst folgte. Und als die Stürme kamen, die jedes Blatt vom Baume fegten, wurde eines Nachts am Haus des Schulzen erst zaghaft und dann immer lauter, wie verzweifelt, angepocht. Es regnete und stürmte, und der Schulze, der, aus dem Schlaf gerissen, nach einer Lampe griff und durch den halb gesperrten Fensterladen schaute, sah drunten zwei durchnäßte, frierende, verstörte Kerle stehen, von denen einer rief: „Herr Schultheiß, nichts für ungut. Wir haben euer Weinfaß ausgetrunken, das ist wahr! Ihr könnt uns strafen lassen. Wir bitten drum! Nur nichts für ungut, Schulze! Jetzt sind wir eben wieder da!"



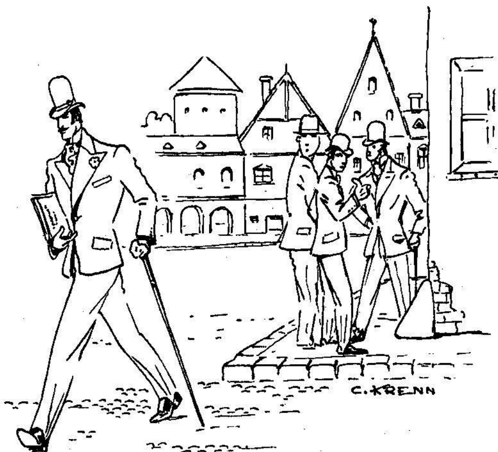
Volkstum und Sprache sind das Jugendland,
Darin die Völker wachsen und gedeihen,
Das Mutterhaus, nach dem sie sehnend schreien,
Wenn sie verschlagen sind auf fremden Strand.

Gottfried Keller

Wie ich eine landwirtschaftliche Zeitung herausgab

Ich hatte schon meine bösen Vorahnungen, als ich aushilfsweise die Redaktion einer landwirtschaftlichen Zeitung übernahm. Wenn eine Landratte plötzlich ein Schiff kommandieren sollte, würde ihr Herz wohl auch mit bangen Zweifeln erfüllt sein. In meinen Verhältnissen jedoch war das Gehalt die Hauptsache. Als daher der Redakteur des Blattes seinen Urlaub nehmen wollte und mir anbot, ihn während seiner Ferien zu vertreten, ging ich auf seine Bedingungen ein und trat an seine Stelle.

Es war ein köstliches Gefühl, wieder bei der Arbeit zu sein, und ich schaffte die ganze Woche hindurch mit anhaltendem Vergnügen. Dann kam alles zum Druck, und ich war einen Tag lang in Sorge, ob meine Arbeit Beachtung finden würden. Gegen Abend verließ ich die Redaktion und merkte, wie eine Gruppe von Männern und jungen Burschen, die am Fuße der Treppe beisammengestanden hatten, bei meinem Erscheinen wie auf gemeinsamen Antrieb auseinanderstob, um mich durchzulassen. „Das ist er!" hörte ich sie zueinander sagen. Am nächsten Morgen fand ich eine ähnliche Gruppe am Fuß der Treppe; auch vor dem Hause und auf der anderen Seite der Straße standen einzeln und in Paaren viele Leute umher, die mich mit Interesse beobachteten. Als ich mich näherte, zerstreuten sie sich und traten zurück. Ich hörte noch, wie ein Mann sagte: „Seht doch seine Augen!" Ich tat so, als ob ich die Beachtung, die man mir schenkte, gar nicht bemerkte, im Innern war ich aber doch sehr stolz darauf und nahm mir vor, an meine Tante darüber zu schreiben. Während ich die wenigen Stufen zur Redaktion hinaufstieg und mich der Tür näherte, hörte ich fröhliche Stimmen und ein laut schallendes Gelächter. Beim Eintreten konnte ich gerade noch zwei junge, bäuerlich aussehende Männer erblicken, die bei meinem Erscheinen erbleichten und lange Gesichter machten und sich dann plötzlich mit großem Krach aus dem Fenster schwangen. Ich war überrascht.



Nach etwa einer halben Stunde kam ein alter Herr mit langwallendem Bart und feinen, strengen Zügen zu mir herein. Ich lud ihn ein, Platz zu nehmen. Er setzte sich, schien jedoch etwas auf dem Herzen zu haben. Er nahm seinen Hut ab, stellte ihn neben sich auf den Boden und zog ein rotseidenes Taschentuch nebst einem Exemplar unseres Blattes hervor.

Er breitete die Zeitung auf seinen Knien aus und fragte, während er sich die Brille mit dem Taschentuch putzte:

„Sind Sie der neue Redakteur?"

Ich bestätigte es.

„Haben Sie früher schon einmal ein landwirtschaftliches Blatt herausgegeben?"

„Nein", erwiderte ich, „dies ist mein erster Versuch."

„Das schien mir so. Haben Sie in der Landwirtschaft praktische Erfahrungen gemacht?"

„Nein, das habe ich wohl nicht."

„Ein gewisses Gefühl hat mir das gesagt", meinte der alte Herr, setzte sich die Brille auf, über die hinweg er mich mit strengen Blicken musterte, wobei er das Blatt auseinanderfaltete.

„Ich möchte Ihnen hier etwas vorlesen, was dieses Gefühl in mir erweckte. Diese Notiz hier. Hören Sie zu und sagen Sie mir, ob Sie das geschrieben haben:

‚Rüben sollte man niemals ausziehen, weil man sie dabei beschädigt. Es ist viel besser, einen Jungen auf den Baum zu schicken und den Baum von ihm schütteln zu lassen.'



Nun, was halten Sie davon? — denn ich vermute wirklich, daß Sie es geschrieben haben."

„Was ich davon halte? Nun, ich halte es für gut. Ich finde es richtig. Zweifellos werden alljährlich in diesem Stadtgebiet viele Millionen Scheffel Rüben dadurch vernichtet, daß man sie unreif herauszieht, während, hätte man einen Jungen zum Schütteln auf den Baum geschickt —"

„Ach, schütteln Sie Ihre Großmutter! — Rüben wachsen doch nicht auf Bäumen."

„So! Tun sie das nicht, wirklich! Wer sagt denn, daß sie auf Bäumen wachsen. Das war doch nur bildlich gemeint, vollkommen bildlich. Wer überhaupt etwas Verstand hat, muß doch begreifen, daß gemeint war, der Junge solle die Ranken schütteln."

Da sprang der alte Mann auf, zerriß die Zeitung in kleine Fetzen, stampfte mit den Füßen darauf, zerbrach mit seinem Stock einige ihm gerade erreichbare Gegenstände und sagte, ich sei noch dümmer als eine Kuh. Dann ging er hinaus, warf die Türe hinter sich zu und benahm sich ganz so, als hätte ihm irgend etwas äußerst mißfallen. Da ich aber den Grund seines Ärgers nicht kannte, vermochte ich ihm auch nicht zu helfen.

Bald danach kam ein langer, ausgemergelter Mensch wie ein Pfeil zur Tür hereingeschossen, mit dünnen Locken, die ihm bis auf die Schultern hingen, und den struppigen Bartstoppeln einer ganzen Woche auf den Vorsprüngen und Höhlungen seines Gesichts. Regungslos blieb er dann stehen und, den Finger auf die Lippen legend, neigte er sich lauschend nach vorn. Es war kein Laut zu hören. Noch immer horchte er. Alles blieb still. Da drehte er den Schlüssel im Schloß um und schlich vorsichtig auf den Zehen näher an mich heran. In Armeslänge von mir entfernt blieb er stehen, und nachdem er eine Weile meine Züge mit großem Interesse studiert hatte, zog er ein zusammengefaltetes Exemplar unserer Zeitung aus der Rocktasche und flüsterte:

„Hier, nehmen Sie! Sie haben das geschrieben. Lesen Sie es mir schnell vor, bitte. Sie müssen mich erlösen! Ich leide entsetzlich."

Ich las, was folgt; und von Satz zu Satz schien er sich zusehends erleichtert zu fühlen. Ich konnte sehen, wie seine Muskeln die starre Spannung verloren, aus seinem Gesicht wich die Angst, Ruhe und Friede breitete sich über seine Züge wie milder Mondschein über eine öde Landschaft.

„Der Guano ist ein schöner Vogel, aber er bedarf großer Pflege, wenn man ihn züchten will. Er sollte nicht früher als im Juni oder später als im September eingeführt werden. Im Winter muß man ihn an einem warmen Ort halten, wo er seine Jungen ausbrüten kann.

Unsere Getreideernte wird sich in diesem Jahr augenscheinlich verspäten. Dem Farmer ist deshalb zu empfehlen, seine Maiskolben und Buchweizenkuchen schon im Juli statt im August auszupflanzen.

Der Kürbis: Diese Beere ist sehr beliebt bei den Eingeborenen im Innern von Neu-England, die sie sogar der Stachelbeere bei der Bereitung von Obstkuchen vorziehen. Auch als Kuhfutter ist sie beliebter als die Himbeere, weil sie mehr sättigt und mindestens ebenso nahrhaft ist. Der Kürbis ist die einzige Orangenart, die im Norden gedeiht, mit Ausnahme der Melone und einiger anderer Kürbisarten. Es ist aber heute nicht mehr beliebt, ihn im Vorgarten unter dem Gebüsch anzupflanzen, wie es vordem üblich war, denn es wird jetzt allgemein zugegeben, daß er kein schattenspendender Baum ist.

Da jetzt die warme Witterung im Anzuge ist, wo der Gänserich zu laichen beginnt —"

Mein Zuhörer sprang in großer Aufregung auf mich zu, um mir die Hand zu schütteln, und sagte:

„Gut, gut — das genügt mir! Nun weiß ich doch, daß mit mir alles richtig ist, denn Sie haben es genau so gelesen, wie ich, Wort für Wort. Aber, Fremdling, als ich es diesen Morgen zum erstenmal las, da sagte ich mir: jetzt bin ich überzeugt, daß ich wirklich verrückt bin. Ich wollte es bis dahin nie glauben, obgleich meine Freunde mich unter strenger Beobachtung hielten. Ich stieß in meiner Verzweiflung ein Gebrüll aus, das man zwei Meilen weit hören mußte, und rannte aus dem Hause, um irgend jemand totzuschlagen. Denn — sehen Sie, ich wußte ja, daß es früher oder später einmal dazu kommen mußte, und da konnte ich ebensogut gleich damit anfangen. Um sicherzugehen, las ich einen Ihrer Absätze noch einmal durch,

und dann brannte ich mein Haus nieder und rannte davon. Mehrere Leute habe ich zu Krüppeln geschlagen, und einen Burschen jagte ich auf einen Baum; den kann ich mir da herunterholen, wenn ich ihn haben will. Im Vorbeigehen wollte ich Sie aber erst noch einmal aufsuchen, um meiner Sache ganz siche r zu sein. Jetzt habe ich die Gewißheit, und ich kann Ihnen nur sagen, für den Kerl, der im Baum sitzt, ist es ein Glück. Auf dem Rückwege hätte ich ihn ganz sicher umgebracht. Leben Sie wohl, Herr, leben Sie recht wohl! Sie haben mir eine schwere Last von der Seele genommen. Nachdem mein Verstand Ihrem landwirtschaftlichen Artikel widerstanden hat, bin ich gewiß, daß ihn nichts mehr aus dem Gleichgewicht bringen kann. Leben Sie wohl, mein Herr."

Mich beschlich einiges Unbehagen wegen der Körperverletzungen und Brandstiftungen, die dieser Mensch sich geleistet hatte, denn ich mußte mich gewissermaßen mitschuldig daran fühlen. Aber nicht lange konnte ich mich diesen Gedanken überlassen, denn herein trat — der richtige Redakteur! (Ich dachte bei mir: Wärest du nach Ägypten gegangen, wie ich dir geraten, ich hätte die Möglichkeit gehabt, mich einzuarbeiten. Aber nein! Du wirst doch nicht! War es mir doch, als müßtest du kommen. Hatte ich das doch geahnt.)

Der Redakteur sah traurig, niedergeschlagen und bestürzt aus.

Er musterte die Zerstörung, die der alte Wüterich und die beiden jungen Landleute angestellt hatten, und sagte:

„Das ist eine schlimme Geschichte — eine sehr schlimme Geschichte. Die Leimflasche ist zerbrochen, sechs Fensterscheiben, ein Spucknapf und zwei Leuchter. Aber das ist das schlimmste nicht. Der gute Ruf des Blattes ist hin — und für immer, fürchte ich. Gewiß, noch nie war das Blatt so begehrt, wie jetzt, nie ist eine so große Auflage verkauft worden, nie hat es sich bisher zu solcher Berühmtheit aufschwingen können — aber wünscht man etwa seiner Verrücktheit wegen berühmt zu sein oder durch Geistesschwäche hochzukommen? Lieber Freund, so wahr ich ein ehrlicher Mann bin: auf der Straße drängen sich die Leute, selbst auf den Zäunen hocken sie, in der Erwartung, Sie wenigstens flüchtig einmal zu sehen, denn man hält Sie für verrückt. Und wie sollten sie auch nicht, nachdem sie Ihre Artikel gelesen haben. Die sind ja eine Schande für den gesamten Journalismus. Wie in aller Welt kamen Sie nur auf den Einfall, ein solches Blatt redigieren zu wollen? Die einfachsten Anfangsgründe der Landwirtschaft scheinen Ihnen ja unbekannt zu sein. Sie schreiben von einer Furche und einer Egge, als sei das ein und dasselbe; Sie sprechen von der Zeit der Mauser bei den Kühen; Sie empfehlen, man solle den Iltis als Haustier einbürgen, seiner munteren Launen wegen und als vorzüglichen Rattenfänger. Überflüssig, ganz und gar überflüssig war auch Ihre Bemerkung, daß Seemuscheln ruhig liegenbleiben, sobald man ihnen Musik vormacht. Seemuscheln liegen immer still; die lassen sich durch nichts aus der Ruhe bringen. Und Musik ist ihnen im höchsten Grade einerlei. Gerechter Himmel! Mein Freund, wenn die Erlernung der Unwissenheit Ihre Lebensaufgabe gewesen, Sie hätten nicht mit größeren Ehren bestehen können als heute. So was ist mir noch nie vorgekommen. Ihre Bemerkung, daß die Roßkastanie als Handelsartikel mehr und mehr in Aufnahme kommt, ist einfach dazu bestimmt, das Blatt zugrunde zu richten. Legen Sie Ihr Amt nieder und gehen Sie. Ich verzichte auf weiteren Urlaub — ich hätte doch keinen Genuß mehr davon. Ganz gewiß nicht, wenn ich Sie an meiner Stelle wüßte. Ich schwebte ja in ewiger Angst, welches wohl Ihre nächsten Ratschläge an die Leser sein möchten. Rein aus der Haut fahren möchte ich jedesmal, wenn ich nur an Ihre Besprechungen über Austernbänke unter dem Titel „Landschaftsgärtnerei" denke. Gehen Sie! Nie wieder gehe ich auf Urlaub — um nichts auf der Welt! Ach, warum haben Sie mir bloß nicht gesagt, daß Sie von der Landwirtschaft keinen Dunst haben?!"

„Was? Keinen Dunst? — Sie Maisstengel, Sie Kohlkopf, Sie Ausgeburt von einem Blumenkohl, Sie! Ist einem je eine so unsinnige Bemerkung vorgekommen? Nun bin ich bald vierzehn Jahre beim Zeitungsgeschäft, aber zum erstenmal höre ich heute, daß ein Mann überhaupt irgendwelche Kenntnisse nötig hat, um eine Zeitung zu redigieren. Sie Steckrübe! Wer schreibt denn Theaterkritiken für die Zeitungen zweiten Grades? Irgend so ein paar emporgekommene Schuster oder Apothekerlehrlinge, die von der Schauspielkunst nicht mehr und nicht weniger verstehen als ich von der Landwirtschaft. Wer bespricht Bücher? Leute, die nie eines selbst geschrieben haben. Von wem stammen die gewichtigen Leitartikel über die Staatsfinanzen? Von Leuten, die immer die beste Gelegenheit gehabt haben, nichts darüber zu erfahren. Wer bespricht den Indianerfeldzug? Männer, die ein Wigwam nicht vom Kriegsgeschrei unterscheiden kön-

nen, Männer, die es noch nie nötig hatten, mit einem Tomahawk um die Wette zu laufen, Männer, die noch nie aus den Leibern ihrer Angehörigen die Pfeile herausziehen mußten, um dann daraus das Lagerfeuer aufzurichten. Wer schreibt die Ermahnungen zur Mäßigkeit und erhebt das Geschrei über den schäumenden Humpen? Kerle, die ihren ersten nüchternen Atemzug im Grabe tun werden! Wer gibt die landwirtschaftlichen Zeitungen heraus, Sie — weiche Kartoffel? Für gewöhnlich sind's Leute, die bei der Poesie, dem Schauerdrama, beim Unterhaltungsroman oder bei der Tageszeitung versagt und keinen Erfolg gehabt haben. Die greifen dann zur Landwirtschaft, um sich noch für kurze Zeit vor dem Armenhaus zu retten. Und Sie wollen mir was übers Zeitungswesen sagen? Herr, ich habe es durchgemacht von A bis Z. Ich sage Ihnen, je weniger einer weiß, um so größeres Aufsehen erregt er, und um so höher ist das Gehalt, das er verlangen kann. Wäre ich nur unwissend, statt gebildet zu sein, unverschämt, statt schüchtern, weiß der Himmel — hätte mir einen Namen machen können in dieser kalten, selbstsüchtigen Welt. Ich gehe jetzt, Herr. Nach der Behandlung, die ich von Ihnen erfahren, gehe ich sogar gern. Aber meine Pflicht habe ich getan und meinen Kontrakt erfüllt, soweit man es mir erlaubt hat. Ich habe versprochen, Ihr Blatt für alle Volksklassen interessant zu gestalten, und es ist mir gelungen. Ich habe gesagt, ich könnte Ihre Ausgabe bis auf 20 000 Exemplare bringen — hätten Sie mir noch zwei Wochen Zeit gegeben, es wäre geschehen. Und ich hätte Ihnen auch das beste Lesepublikum gebracht, das je ein landwirtschaftliches Blatt gehabt hat — kein Farmer dabei, kein einziges Wesen, das fähig wäre, einen Wassermelonenbaum von einer Pfirsichrebe zu unterscheiden. Durch diesen Abbruch meiner Tätigkeit verlieren Sie, nicht ich, Sie Pastetenstock! Addio!"

Dann ging ich.

••• Deutschland=Stimmen •••

Für die Einsendung von Europabriefen, Erlebnisberichten, Zeitungsausschnitten, Gedichten und Bildern sind wir stets dankbar. Wir behandeln alle Einsendungen vertraulich. Für die Richtigkeit des Inhalts und der ausgesprochenen Meinungen sind wir jedoch nicht verantwortlich.

L. E. F. an R.

Seit Empfang Ihres so außerordentlich gütigen und hilfsbereiten Schreibens ohne Datum mit leider auch unleserlichem Poststempel sind bereits ca. 3 Monate vergangen. Sie werden sich darüber mit Recht wundern, aber ich hoffe von Herzen, daß Sie sich nicht verletzt fühlen und meinen, ich und die vom Schicksal so Malträtierten, die ja vor dem Nichts stehen und sich wieder eine Existenz gründen müssen, wüßten Ihre Freundlichkeit nicht zu schätzen. Sie können sich kaum eine Vorstellung davon machen, wie es hier in Europa aussieht. Auch hier in der Schweiz von der Ferne braucht es sehr viel seelische Kraft, um all die Hiobsbotschaften, die immer noch und immer wieder eintreffen, innerlich zu verarbeiten und zu helfen, wie und wo immer es möglich ist. Was braucht es da alles, wenn man wie ich durch einen so großen Verwandten- und Freundeskreis — im ganzen mehr als 50 Personen, denn es kommen immer noch neue hinzu — in die Ereignisse verstrickt ist. Es blutet einem das Herz, wenn man am Ende der Leistungskraft angelangt ist. Und wie mir im einzelnen, geht es den großen Organisationen auch. Die Dinge wachsen allen über den Kopf, das Elend ist zu groß! Ich habe meistens bis zu 40 Briefe liegen, die beantwortet sein wollen und immer ist brennend Eiliges darunter. In den letzten Monaten mußte ich verschiedentlich nach Bern, Genf und Zürich reisen, um zu versuchen, kleine Kinder meiner Verwandtschaft aus der Hölle, die heute ihre Heimat Polen für sie ist, herauszuholen. Die Greise, die die Kleinen betreuen, weil niemand sonst dafür mehr da ist — zu Tode geschunden, gestorben, sich selbst den Tod gegeben als letztes Mittel, vermißt, deportiert, in Zwangsarbeit in Lagern (auch Kinder), gefangen, vertrieben, hungernd mit der täglichen Möglichkeit des Verhungerns vor Augen, frierend, krank ohne Medikamente und Hilfe bis zu Geisteskrankheiten und Verfolgungswahn ohne Möglichkeit einer Versorgung oder Betreuung — alles das gibt es mehrfach in meinem Verwandtenkreise — sind am Rande ihrer körperlichen und seelischen Kräfte angelangt, denn neuerdings werden sie auch noch am Sonntag zu ganz besonders schmutzigen unbezahlten Zwangsarbeiten (Müllabfuhr) herangezogen und selbst nachts sind sie keine Stunde vor Belästigungen sicher. Es gibt in der Welt ein Internationales Rotes Kreuz, aber die entsprechende Konvention, ohne die nicht geholfen werden kann, fehlt. Es gibt ausländische Hilfsorganisationen besonders für Kinder, aber nicht für diejenigen, die ohne Menschenrechte auf die Welt gekommen sind. Es gibt eine Liga für Menschenrechte und sogar etwas ganz hochmodernes — eine Kommission für Menschenrechte in der UN mit Mrs. Eleanor Roosevelt an der Spitze. Aber es hat den Anschein, als ob es heutzutage auch für zivilisierte Demokraten zweierlei Menschen gibt — solche mit und solche ohne Anspruch auf Menschenrechte. Selbst ausländische Diplomaten demokratischer Staaten stellen sogar schriftlich diese nüchternen Tatsachen fest, ohne jede Konsequenz für ihr eigenes Verhalten daraus zu ziehen. Ein bedauerndes Achselzucken, das ist alles, wozu sie sich aufschwingen.

Wo soll man da zuerst anfangen zu helfen, vor allem, wo soll man die Mittel dazu hernehmen? Dies plagt mich am meisten. Sie, die Sie so hilfsbereit sind, werden das verstehen. Das Leben ist nur noch bei äußerster Anspannung der Kräfte erträglich: Sammeln von getragenen Kleidungsstücken, Pakete packen, verschicken, mit Medikamenten einspringen, wo sie am dringendsten gebraucht werden, Lebensmittel und Mittel zum Unterhalt verschicken und im Handumdrehen steht man wieder mit leeren Händen da. Wenn nicht in Tat und Wahrheit in den Notländern Inflationen beständen, könnte man überhaupt nichts tun. Es ist erstaunlich zu sagen, daß es in den letzten Monaten z. B. möglich war, mit einem Aufwand von nur 20.— Schweizerfranken im Monat eine vierköpfige Familie vor dem buchstäblichen Verhungern zu retten! Ja, wenn man Geld hätte, wie viel Segen könnte man stiften. Wissen das eigentlich diejenigen, die das Geld haben, nicht?

Soeben lese ich in der N. Z. Z. 15 Uhr von gestern den Bericht über die 2. Vorbereitende Tagung der I. R. O. Darin heißt es ausdrücklich, daß Personen „deutsch-ethnischen Ursprungs" von ihrer Fürsorge strikt ausgeschlos-

Dies Gedicht wurde uns von unbekannten Lesern aus Deutschland zugesandt.

Kahla, den 22. 10. 1947.

Morgens' wenn die Glock' ertönt
von dem Kaffee schon entwöhnt,
treffen vier sich irgendwo —
gibt's was Neues, ja? oho!

So beginnt der Tageslauf,
eine Nachricht taucht heut auf.
In der Firma ist ein Mann,
der ein Amerikapaket bekam.

Ach, was ist da alles drin —
dies lebt ja bei uns nur noch im Sinn —
und wir tun uns selber leid,
weil es nur beim Wünschen bleibt.

Wenn die Frühstückspause naht
kaum Trockenbrot das Herz erlabt,
aber glücklich solang man's hat
ja was macht den Magen satt.

Und wie glücklich wären wir,
wenn erbarmt sich unser hier
einer von den vielen Menschen
uns was „Herzliches" zu senden.

Freundliche Grüße erlauben sich

Katharina, Ina-Maria, Michael u. Erich Petzold.
Kahla (15) Thüringen, Fabrikstr. 10, Russ. Z.

---

sen seien. „Das bedeutet, daß die J. R. O. die Augen verschließen muß vor dem größten Flüchtlingsproblem unserer Zeit." Weiter heißt es in dem Bericht: „Infolge der Beschlüsse von Potsdam ist eine Bevölkerungsmasse von schätzungsweise zehn bis zwölf Millionen völlig mittelloser Menschen in das von den drei Westmächten verwaltete Deutschland hineingetrieben worden. Das geschah weder auf eine ordentliche noch auf eine menschliche Art, wie das in Potsdam stipuliert worden war. Zwar werden diese Massen für die J. R. O. nicht existieren, aber wenn die Menschen „deutschethnischen Ursprungs" international heute auch geächtet, gleichsam Luft sind, so stellt ihre Anwesenheit in dem zerfallenen und desorganisierten Rumpfdeutschland, das auch ohnehin die zu seiner Existenz notwendigen Lebensmittel und Rohstoffe nicht besitzt, nichtsdestoweniger ein internationales Problem ernstester Art dar." Neben der grausamen Wahrheit, die hinter diesen Worten steht, sind immer noch Unstimmigkeiten darin. Es sind weit mehr als 10—12 Millionen Menschen. Sie leben jetzt nicht nur in den Zonen der Westmächte, sondern auch in der russischen; es ist möglich, daß die Vertriebenen in der russischen Zone nicht mitgezählt sind. Die Vertreibungen erfolgten vom Januar 1945 ab und wann war die Konferenz von Potsdam? Man darf auch nicht sagen: Das „geschah" weder auf ordentliche noch auf menschliche Art, denn es **geschieht** in ebenso grausamer Weise heute noch und 550 000 Menschen sind nach offiziellen Angaben allein in Polen davon bedroht, täglich und stündlich, Kinder, Frauen, Greise, Kranke und Ueberreste von Männern in den Arbeitslagern. Und wenn von völlig mittellosen Menschenmassen die Rede ist, so ist das auch irreführend, denn es muß heißen „völlig beraubten", denn wie es in privaten Berichten heißt, ließ man ihnen gerade nur das, was sie brauchten um nicht völlig nackt zu laufen. Früher waren sie die geachtetste Bevölkerungsschicht im Osten. Einzelnen meiner Verwandten hat man sogar die Haare abgeschoren.

H. M. an E. M.

Lieber Freund!

Einen ganzen Monat habe ich Dich auf den nächsten Bericht aus Deutschland warten lassen. Ich habe nicht geschwiegen, weil es nichts zu berichten gibt, im Gegenteil, ganze Bücher könnte man mit Schilderungen über das Elend in Deutschland und besonders im Ruhrgebiet füllen. Aber es ist eine alte Regel: Ein Hungriger und ein Satter können nicht miteinander reden, da sie sich nicht verstehen. Ich fürchte, daß diese Regel auch für uns ihre Richtigkeit bestätigen wird. Alle Zeitungen der Welt haben, soweit wir davon unterrichtet werden, in den letzten Wochen darüber geschrieben, daß die Politik sich in Deutschland festgefahren hat. In den Parlamenten Englands und Amerikas wird auch darüber geredet, die Außenminister entfalten eine fieberhafte Tätigkeit, meine so oft schon ausgegesprochene Ansicht, daß England mit Deutschland zusammenleben oder zum Teufel gehen wird, scheint auch auf der Insel jetzt manchem zu dämmern, geändert aber hat sich an den Grundlagen, nach denen hier regiert und verwaltet wird, bisher noch garnichts. Ein kleines Beispiel: Wilde Kaninchen, Dohlen und Krähen haben sich in den letzten Jahren hier ungeheuer vermehrt. Sie holen die Saaten aus dem Boden heraus und fressen immer wieder die kleinen eben gesetzten Pflanzen auf. Die deutschen Bauern aber müssen tatenlos dabei zusehen und sich darauf beschränken, dem Raubzeug guten Appetit zu wünschen. Jeder Antrag, wenigstes einigen Bauern, die durchaus zuverlässig sind, mal eine Schrotflinte zu geben, sei es auch nur für einige Tage, wird kalt abgelehnt. Ist es einem Satten möglich zu verstehen, wie das auf ein verhungerndes Volk wirkt? Solche Beispiele könnte ich reihenweise anführen. Wen kann es wundern, wenn bei solchen Zuständen auch der letzte Mann den Mut, auch der Unentwegteste die Hoffnung verliert. Die Zahl der Menschen, die an den Segen einer Demokratie glauben, geht schon wieder zurück und dafür werden die-

jenigen immer mehr, die glauben, daß auch in einer Demokratie in Wahrheit nur einige wenige Männer herrschen. Immer öfter kann man heute hören: In einem faschistisch regierten Staat stehen die Diktatoren vor der Front, in einem demokratisch regierten Land im Verborgenen hinter der Front! Was soll man diesen Menschen heute noch antworten? Viel wird heute über die angeblich schlechte Moral des deutschen Volkes geredet und geschrieben. Das Bild, das sich dem oberflächlichen Beobachter zeigt, ist auch erschütternd. Diebstahl und Plünderung, sogar unter Anwendung von Gewalt, sind an der Tagesordnung. Alles, was nicht niet- und nagelfest ist, wird gestohlen. Jede Nacht verschwindet Vieh von den Weiden, werden Felder geplündert, Waggons mit Lebensmitteln beraubt, Kohlenzüge sogar während der Fahrt entladen usw. Die Polizei ist nicht in der Lage, gegen diese Zustände einzuschreiten, zum Teil will sie es auch garnicht! Gewiß, solche Zustände bieten ein grauenhaftes Bild. Und trotzdem muß immer und immer wieder betont werden: die deutschen Menschen sind nicht schlechter als diejenigen irgend eines anderen Volkes in der Welt. Im Gegenteil: Wieviel Amerikaner würden ehrlich mit hungerndem Magen arbeiten, wenn sich ein Arbeiter für einen Tagelohn am Abend noch nicht einmal eine Cigarette kaufen könnte, sein nicht arbeitender Kollege aber als Schwarzhändler an einem Tage soviel verdient, daß er eine Woche davon mit seiner Familie gut leben kann? Welcher Amerikaner würde bei bitterster Kälte mit seiner Familie frieren, vielleicht sogar erfrieren, wenn ein Waggon mit Kohle vor seinem dreiviertel zerstörten Hause steht? Welcher Herdenbesitzer würde irgendwo in der Welt seine Tiere zum Markt schicken, wenn man ihm dort nur dreckiges Papier, genannt Geld, dafür bietet, für das ihm niemand auch nur die Möglichkeit bietet, sich ein einziges Paar Strümpfe zu kaufen, von einem Anzug oder auch nur einem Hemd garnicht zu reden? Wo in aller Welt würden Wissenschaftler und Ingenieure Tag und Nacht forschen und planen, wenn ihnen jedes Ergebnis ihrer Tätigkeit sofort ohne jede Entschädigung von anderen Menschen unter den Händen fortgezogen würde? Ich könnte die Reihe der Beispiele beliebig verlängern! Das hat keinen Zweck, aber es ist notwendig, immer wieder der Welt zu sagen: Auch heute noch tun in Deutschland über 80 % aller Menschen ohne Hoffnung, fast ohne Glauben, unter den menschen-unwürdigsten Lebensbedingungen ohne wirklichen Lohn (unser Geld ist nach dem neuen Urteil eines deutschen Oberlandesgerichts „Volksbetrug") Tag für Tag und Nacht für Nacht solange ihre Pflicht, bis sie vor Schwäche umfallen und, wenn sie Glück haben, in einem Sarg, sonst in einer Papiertüte zum Friedhof getragen werden!

Dr. M. an C. D., britische Zone, 28. 6. 47.

... Ihre allgemeinen Wünsche und Fragen nach der Lage hier bei uns kann ich leider noch nicht erfüllen. Insbesondere kann ich Ihnen noch keine Zeitungen schicken, darüber würde die Zensur nur unnütz böse werden. Es ist auch kein Genuß, die einzige Lokalzeitung zu lesen. Nur zu oft suchen darin Leute, die sich anbiedern möchten, ihr eigenes Volk mit Schmutz zu bewerfen. Viel Schlamm ist vor zwei Jahren aufgewühlt und an die Oberfläche gespült. Manches hat sich davon schon wieder abgesetzt, aber noch längst nicht alles.

Von dem, was Sie da über Konzentrationslager gehört haben, ist leider ein kleiner Teil wahr. Es sind aber erstaunlich viele Politiker aus der Zeit vor 1933 wieder aufgetaucht, meistens übrigens recht wohlgenährt. Zweifellos sind auch wertvolle Kräfte darunter. Die weitaus meisten KZ-Leute waren Kriminelle, die auch in solche Lager gehörten und zum großen Teil schon nach kurzer Zeit wieder eingefangen sind.

Die soziale Frage, die bei uns vorbildlich, vielleicht sogar viel zu gut, geregelt war, läßt dagegen noch viel zu wünschen übrig und ist verschärft durch die Millionen, die aus dem deutschen Osten vertrieben, und andererseits durch die Millionen, die durch Entnazifizierungsmaßnahmen betroffen sind. Dazu kommen die vielen bürokratischen Hemmungen des Wiederaufbaus. Bei Ihrer Einstellung zu kirchlichen Dingen wird es Sie interessieren, daß etwa 85 000 Dachziegel für die Marktkirche bereitgestellt sind, während es z. B. mir selbst erst in diesem Frühjahr gelang, 1000 Dachziegel für mein Wohnhaus zu bekommen, an dem ich schon im April 1944 meinen ersten schweren Bombenschaden erlitten hatte. Später ist mein Büro noch zweimal völlig vernichtet, mit der halben Wohnungseinrichtung. Immerhin hat die Trümmerräumung in unserer Stadt besonders gute Fortschritte gemacht.

Sonst ist nicht viel Gutes zu berichten. Die deutsche Industrie wird immer mehr zerschlagen, damit dieser Konkurrent nicht wieder auf die Beine kommt. Unsere Ernährungsgrundlage wird weiter eingeengt durch die drohende Abschnürung des deutschen Ostens. Der Handel stagniert, nur der Schwarzhandel blüht, weil die primitivsten Lebensbedürfnisse nicht zu befriedigen sind. Darüber schwebt die Furcht oder Hoffnung wegen einer Währungsreform, die vielleicht gar nicht kommt, weil ein beispielloser Steuerdruck dieselben Ziele auch, so erreicht, wenn auch auf Kosten der Steuermoral.

Bedenklicher noch als solche moralischen Sorgen um die Steuerehrlichkeit sind die Gefahren für unsere Volksgesundheit, die sich in der ärztlichen Diagnose „normal unterernährt" mit erschreckender Sachlichkeit zusammenfassen lassen.

Das nachfolgende Gedicht wurde uns von einem Leser aus Köln eingesandt.

Kölsches Lied 1947

1. Mer han kein Bett un keine Schrank,
Noch nit emol en Döppebank,
Uns fehlt der Desch, un och de Stöhl,
Dat es e wunderbar Geföhl.
Mer han kei Botz, kei Hemb om Liew,
Doch Formulare ha' mer stief.
Mer han kei Fleisch un winnig Brut,
Doch ligge söns mer gar kei Nut.
Wat nötz uns all die Kühmerei,
Vun selvs kütt niemols jet dobei.
Han mer vill Leid, vill Sorg un Ping,
Alaaf uns Kölle he am Rhing!

2. Bei uns eß alles rack futtü,
Mer han kei Wanze mih un Flüh.
Mer han kei Wasser, Gas un Strom,
Mer süht von Sölz beß op de Dom.
Wann da am Bahnhoff küß eruus,
Do wonne mer em ehschte Huus.
Vom Wallraffsplatz do sieht der Henn
Bei uns glich en de Köch erenn.
Wat nötz uns all die Kühmerei,
Von selvs kütt niemols jet dobei.
Han mer vill Leid, vill Sorg un Ping,
Alaaf uns Kölle he am Rhing!

3. Mer wunne schön em Keller all,
Grad we en Koh em Ferkesstall,
Mer han kei Finster un kei Döör,
Mer wunne luftig, meint et Klär.
Doch weed bei uns gekoch, gestoch,
Bloß Deck un Wäng, die fähle noch.
Wär doh ne Teppich schön un nett,
Dann wär de Wunnung ehsch komplett.
Eß och kaputt et ganze Huus,
Mer wunne drenn, mer halden uus.
Han mer vill Leid, vill Sorg un Ping,
Alaaf uns Kölle he am Rhing!

4. Alaaf uns Kölle! Dreimal huh!
Do häß gemaht uns immer fruh!
Wann och vun dir hück nix mer steiht,
Bliew doch dat Kölsche Hätz, de Freud!
Uns Kinder sollen sagen dann,
Dat inne mer erhalden hann
Dä Kölsche Wetz, dä Faste leer,
Wor och dat Lewwe hatt un schwer,
Un wat uns Aeldere han gedon,
Dat darf un kann nit ungergon!
Han mer vill Leid, vill Sorg un Ping,
Alaaf uns Kölle he am Rhing!

Es ist bedauerlich, daß unsere Nöte, wie die Zeitungen ja immer wieder berichten, gerade mit einer allgemeinen Welternährungskrise zusammenfallen, sodaß uns das Ausland trotz allen guten Willens nicht helfen kann. Zur Zeit der Ernte im Vorjahre hatten wir uns noch Hoffnungen gemacht, denn damals stand in der Presse, die Speicher der Welt seien zum Bersten gefüllt und es fehlte nur an dem nötigen Schiffsraum. In derselben Zeitung stand allerdings auch etwas von 2000 Schiffen, die überflüssig seien und keinen Käufer finden könnten; aber diese eigneten sich wahrscheinlich nicht für Lebensmitteltransporte. Also hoffen wir weiter auf die nächste Ernte!

M.-A. an R. P.

Münster, 26. 7. 1947.

Wir sind Menschen, die gelernt haben die Furcht zu überwinden. „Lerne das Schicksal als Prüfung des Willens erkennen, und siehe, es gibt keine dunklen Gewalten, die das Herz des Gereiften zu schrecken vermögen." Wahrheit ist auf die Dauer doch die beste Politik. Wer heute aus der deutschen Perspektive kritisch ins Weltgetriebe sieht, der lächelt nur noch in der Gewißheit, daß es „eine höhere Ehre bedeutet in dieser Zeit Straßenfeger in Deutschland gewesen zu sein als König in einem anderen Lande." Der einzige Irrtum der meisten von uns ist der, daß wir in viel zu kleinen Dimensionen gedacht haben. Vielleicht ist die Zeit nicht mehr so fern, wo wir dem Schicksal danken werden, daß es uns vor einem kleinen Sieg bewahrt hat. Wer ein solch gewaltiges Geisteserbe aus der Vergangenheit übernommen hat wie das deutsche Volk, der weiß auch, daß ein „deutscher Sieg" anders aussehen muß. Bei allem was uns noch geblieben ist, beschwöre ich Dich, suche den Feind nicht da wo er nicht ist und ich rate Dir, laß Dich durch **keinerlei** tagespolitische Meldungen irre machen, verlege Dich **nur** aufs Beobachten. Jetzt, wo der Qualm sich allmählich verzieht, fragt man sich: wer hat eigentlich mit wem unter einer Decke gesessen? Es gibt heute einen untrüglich sicheren Barometer in Deutschland. Nach der ebenso verblüffenden wie niederschmetternden Demaskierung April—Juli 1945 war das rasende Jubelgeheul zu schrill als daß es einem letzten Aufschrei vor dem endgültigen Absturz nicht verteufelt ähnlich gewesen wäre. Aber nachdem im Sommer bis Herbst 1945 die ersten entscheidenden Schachzüge getan wurden und außerhalb Deutschlands ein nichtdeutscher Name aus der Versenkung seit 1936 erschien, seitdem setzte ich mich am liebsten unter meinen Pflaumenbaum, hacke Holz, oder drehe die Daumen umeinander und warte — da wo Weizen

gesät ist, gehen keine Kartoffeln auf, aber gut Ding will Weile haben. Habt nur keine Angst, dafür umsomehr Geduld. Ein wahrer Völkerfriede auf dem Boden der Gerechtigkeit ist jedes Opfer wert. Wie mag in Euren Augen Europa nur aussehen? Ich würde Dir so gern über alles schreiben, aber wir dürfen keine eigene Meinung haben, geschweige äußern, denn wie Du ja weißt, leben wir **heute** in einer Demokratie — (in der die gesamte Intelligenz schweigt, die Frontjahrgänge stehen resigniert, der weitaus größte Teil des Volkes uninteressiert und die ganze Jugend kraß ablehnend) alle Herzensmausefallen sind jetzt wieder aufgestellt.

Kriegsgefangener und engl. Farmer lernen sich und Wirkung der Haßpropaganda kennen

Als ein britischer Farmer einen deutschen Kriegsgefangenen unterrichten wollte über die Segnungen der englischen Zivilisation, erkannte er zu seinem größten Staunen, daß ihm der Deutsche in allem, aber auch in allem überlegen ist.

Der folgende Brief war in „The Peoples Post" (33 Maiden Lane, London WC 2).

In einem „Editorial" wird zugegeben, daß der folgende Brief von einem wohlbekannten West Country Farmer stammt, der in diesem Lande der Freiheit bittet, seinen Namen und seine Adresse nicht zu nennen. Es trifft sich, daß ein Lichtschimmer in das Geheimnis dringt, was der gewöhnliche Mensch in Britannien vom Kriege und den Deutschen weiß und denkt. Er schreibt in folgendem Sinne:

„Nicht jeder hat Gelegenheit, die durch Presse und Radio vorgeschriebenen Wege und Mittel auszuführen, um dem Deutschen die gute Zivilisation Englands beizubringen (reeducate) und so mögen meine Erfahrungen mit einem deutschen Kriegsgefangenen von Interesse sein. Ich konnte keinen Arbeiter bekommen für meine Farm. Mir wurde geraten, einen POW zu nehmen. Ich überlegte hin und her, und da es keinen anderen Ausweg gab, so wollte ich es wenigstens versuchen. Ein Mann wurde mir zugesandt. Mit einem schönen „Good morning, Sir" stand der Gefangene da und meldete sich zur Arbeit. Er sprach fließend englisch — hatte ich mich schon geplagt in Gedanken, etwas Deutsch zu lernen — meine Bewunderung saß fest. Fritz (das war nicht sein Name) kannte seine Arbeit. Er erzählte mir in gutem Englisch, daß er von zuhause aus auch ein kleiner Farmer sei, und, um mehr zu verdienen, nachmittags in einer Fabrik gearbeitet habe. Wir hatten ein Zimmer im Stall für ihn zurecht gemacht, aber meine Frau sagte sofort, so einem Mann gebe ich gerne ein Zimmer im Hause. Er wurde einer von unserer Familie. Ich dachte, jetzt mußt du diesem „chap" unsere Lebensweise beibringen, damit er mit den Schönheiten des britischen Lebens bekannt werde. Aber wie man damit anfängt, war mein „puzzle".

Aber wie erstaunt war ich, daß er alles etwas besser kannte als ich: Melken, Mähen, reaping, pitching, stacking. Es ist wahr, ich und meine zwei anderen Helfer kamen aus dem Staunen gar nicht heraus, er konnte in allem mehr leisten als wir und machte bessere Arbeit. Konnte ich ihn noch was lehren? dachte ich.

Eines Abends frug ich ihn, ob er Schach spielen könne. Ich dachte, hier ist meine Gelegenheit, ihm etwas beizubringen. Aber er gewann jedesmal in drei Spielen und sehr gesund dazu.

Am Sonntag sprach ich über die Kirche. Er ging gern mit und auf dem Rückwege sprach ich über das Christentum. Er war mir zumindest ebenbürdig in etwas, das den Deutschen doch ganz fehlen soll. Im Gespräch zu meiner Frau in der Kirche sagte er, daß seine Frau auch wohl gerade genau dasselbe tun würde wie sie und die zwei Kinder seien den seinen sehr ähnlich und spielten fast in derselben Weise wie seine Kinder zuhause.

Von Politik sollen wir ja nicht sprechen mit Gefangenen, aber für einen Farmer ist doch Politik die Essenz des Lebens. Und eines Abends kamen wir darauf zu sprechen. Die Kenntnisse unseres Freundes (denn unser Freund war er jetzt) waren wie ein Buch. Es tat uns gut, einmal die andere Seite zu hören. Er pries Hitler in vielen Punkten, aber wo Kritik nötig war, teilte er voll aus.

Ich habe gelernt, daß wir stark belogen wurden von unserer Propaganda in England. Ich fing an mit diesem Gefangenen wie ich nicht anders wußte, aber dieser Mann hat einen anderen Menschen aus mir gemacht. Seine Instruktionen haben mir geistig und körperlich wohl getan. Wer den Deutschen umlernen will, kann es probieren, wie ich es getan habe und ich bin sicher, daß auch die noch was von den Deutschen lernen können. Ich weiß jetzt bestimmt, daß wir den Krieg nicht gefochten haben für die Freiheit kleiner Staaten wie Polen oder für all das andere, das man uns vormachte. Aber das deutsche Volk hatte einen Weg gefunden, sich ohne die Internationalen in Geldsachen zu helfen und darum mußte es zerstört werden, aber wir finden uns jetzt selbst in der Asche der Zerstörung.

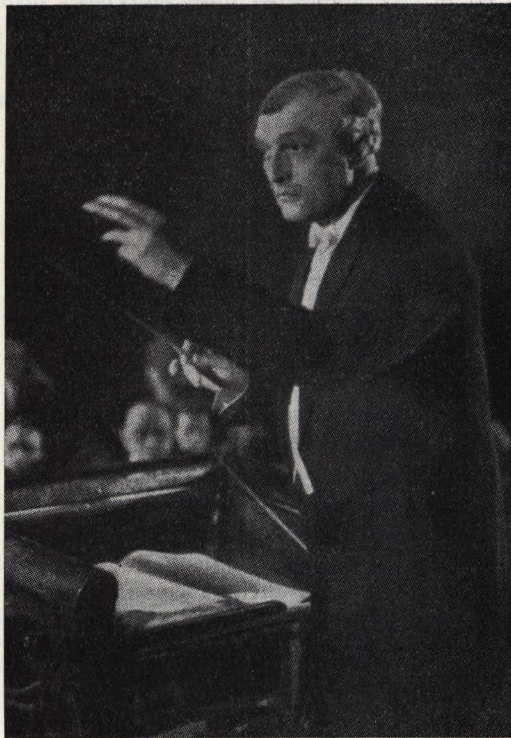
Musikalische Rundschau

Clemens Krauß

Dirigent der Freilichtkonzerte des Teatro Colon in Palermo.

Im Januar 1948 trifft Prof. Clemens Krauß aus Wien in Buenos Aires ein, um zunächst sechs Orchester-Konzerte bei den Freilichtaufführungen der Sommerspielzeit des Tetro Colon in Palermo zu dirigieren. Clemens Krauß ist kein Unbekannter in Argentinien. Im Jahre 1927 dirigierte er Konzerte der Asociacion del Profesorado Orquestal im alten Teatro Coliseo, wobei er auch die erste Aufführung der Neunten Sinfonie Beethovens in deutscher Sprache, die Buenos Aires hörte, veranstaltete (mit einem aus den deutschen Gesangvereinen zusammengestellten gemischten Chor). Im Jahre 1928 kehrte er nach Buenos Aires zurück, um im Teatro Politeama mit demselben Orchester eine große Reihe von Sonnabend- und Sonntagskonzerten zu dirigieren, welche bedeutende Werke der sinfonischen Literatur zum Teil in Erstaufführungen für Buenos Aires brachte: Meisterwerke von Beethoven, Mozart, Schubert, Brahms und die erste Aufführung einer Sinfonie von Anton Bruckner (Nr. 3 in D-moll, Richard Wagner gewidmet.)

Sicher gehört Clemens Krauß heute zu den bedeutendsten Dirigenten des deutschen Kulturraumes. Er ist in Wien am 31. März 1893 geboren. Seine Mutter, Clementine Krauß, war eine bedeutende Sängerin, die in Wien wirkte. Ebenso ist seine Großtante, Gabriele Krauß, eine Sängerin von internationalem Format gewesen. Sie trat in Paris auf. Musikalisch wurde Clemens Krauß, der sich als Knabe durch hohe musikalische Begabung und eine sehr schöne Singstimme auszeichnete, bei den Wiener Sängerknaben, wie einst Haydn und Schubert, erzogen. Er besuchte später das Wiener Konservatorium und studierte bei Grädner und Heuberger Theorie sowie bei Reinhold Klavier, um sich der Dirigentenlaufbahn zu widmen. In Brünn, Riga, Nürnberg, Stettin, Graz, Wien, dann in Frankfurt a. M. als Intendant des Opernhauses, zuletzt wieder als erster Dirigent der Wiener Staatsoper hat sich Krauß seine Sporen als Opernkapellmeister verdient. Er dirigierte auch in New York. Lange Jahre war er erster Dirigent der Bayrischen Staatsoper in München. Seit dem Ende des letzten Krieges wirkt er wieder in Wien, war kürzlich mit der Wiener Staatsoper in London, dirigierte in der Maxentiusbasilika in Rom und hat ferner Konzerte



Professor Clemens Krauß bei einer Orchesterprobe.

sowie Oratorienaufführungen mit den Wiener Philharmonikern in Wien geleitet.

Als Dirigent steht Clemens Krauß heute in der ersten Reihe der deutschen Dirigenten. Sein Temperament, seine großzügige, architektonisch-plastische Gestaltung, sein Farbensinn, aber auch seine hinreißend vitale Subjektivität erheben ihn zum bewußten Wahrer einer berühmten, von Mottl und anderen österreichischen Dirigenten herrührenden Tradition. Neben einer betonten Vorliebe für die unsterblichen Meister der Vergangenheit ist Clemens Krauß einer der bedeutendsten Interpreten von Werken Richard Strauß', dessen „Alpensinfonie" er einst in Buenos Aires hervorragend aufführte. Wie eng er mit Richard Strauß verbunden ist, geht daraus hervor, daß man ihm die Leitung von Straußschen Opernwerken bei den Salzburger Festspielen und bei besonderen Anlässen des Wiener Musiklebens anvertraute. Außerdem hat Clemens Krauß das Textbuch für die letzte Oper von Richard Strauß „Capricho", die 1942 in München zur Uraufführung kam, geschrieben. Das Musikleben von Buenos Aires wird durch die Tätigkeit von Clemens Krauß eine charakteristische und wertvolle Note erhalten. Wahrscheinlich wird er nach Beendigung der Sommerspielzeit auch weiterhin an maßgebender Stelle eingesetzt werden.



Unsere Kinder in der Natur

Am liebsten möchte man allen Kindern wünschen, daß sie einen Teil ihrer Kinderzeit auf dem Lande verbringen dürfen. Alle Erscheinungen in der Natur, der Wechsel der Jahreszeiten, das Blühen und Vergehen, das ganze vielgestaltige Leben wird ganz selbstverständlich von ihnen erfaßt. Sie stehen mitten drin in den Erscheinungen und Ereignissen und verwachsen mit der Natur fester, inniger, als es dem Stadtkind möglich ist.

Da nun viele Kinder aber in der Stadt aufwachsen müssen, so sollte man jedenfalls keine Gelegenheit vorübergehn lassen, die dem Naturerleben dient. Der Garten am Haus, der Park, die städtischen Anlagen mit ihren Bäumen, Wiesen und Teichen sollten Stätten sein, die das Kind mit besonderer Freude aufsucht. Leider ist das freie Tummeln nicht immer möglich. Die Wege, die besonders verlockend sind, dürfen nicht betreten werden; auf dem Rasen darf man nicht springen, Blumen darf man nicht abpflücken. So müssen wir uns darauf beschränken, mit unsern Kindern zusammen spazieren zu gehen. Wir müssen gar oft die Beobachtung machen, daß der Spaziergang nicht so beliebt ist, wie er es verdient. Man langweilt sich oft beim Spazierengehen. Irgendetwas ist da nicht in Ordnung. Wahrscheinlich liegt der Fehler da beim Erwachsenen. Wenn man schon vom Kinde verlangen muß, daß es brav neben einem hergeht, dann muß man sich wenigstens in kindlicher Weise mit ihm unterhalten. Wie oft aber sind die Großen mit ihren eigenen Gedanken beschäftigt, die ganz anderswo sind als beim Kind, dessen Interessen ungeteilt, dessen Fragen unbeantwortet bleiben. Es scheint ihnen die Hauptsache zu sein, daß das Kind überhaupt im Freien war, die gute Luft genossen hat und daß davon eine Förderung seiner Gesundheit zu erwarten ist. Sie denken nicht daran, daß bei ihrem Verhalten den Kindern und ihnen selbst ein Reichtum von Freuden verlorengeht. Sie fühlen nicht die wundervollen Werte, die für die Bildung des Gemütes im Umgang mit der Natur zu finden sind.

Man muß mit den Kindern „kindlich" spazierengehn. Wo es möglich ist, laß sie springen, laufen und sich tummeln! Der kürzeste Weg zwischen zwei Punkten ist für das Kind stets der langweiligste. Sie wollen über Gräben springen, wenn solche da sind, immer hin und zurück. Sie wollen über die gefällten Baumstämme laufen, die am Wege liegen. Sie wollen auf die Hügel klettern und wieder herunterspringen. Auf diese Weise legen sie den doppelten und dreifachen Weg zurück. Das Kind wird dabei nicht müde. Schnelle Bewegungen, Laufen und Springen gehören zu ihm und sind seiner Gesundheit nur förderlich. Gerötete Wangen und blanke, frohe Augen danken uns dafür, daß wir seiner Natur gerecht wurden.

Was findet das Kind dann alles auf solchen Wegen? Der Erwachsene sieht das gesamte ganze Bild. Das Kind bleibt beim Kleinen, beim Einzelnen stehen. Es freut sich am bunten Steinchen und trägt es beglückt nach Hause. Es sieht den schillernden Käfer im Gras und nimmt ihn in die Hand. Es holt sich die Pusteblume und jauchzt darüber, wie der Wind die Samen wegträgt. Es ist wohl der Mühe wert, mit dem Kind das alles zu erleben. Wenn wir selber ganz dabei sind, liebevoll sein Interesse teilen, so vermehren wir seine Freude und erziehen seine selbstverständliche Liebe für die Natur.

Es muß alles genossen und erlebt werden. Im Frühling das sprießende Grün und die ersten bunten Blumen. Wo die Möglichkeit da ist, sollen die Kinder sie suchen und pflücken. Sie sollen „den Frühling fest in ihren kleinen Fäustchen haben". Sorgt nur dafür, daß die Blumen nicht unterwegs als unbequeme Last empfunden und in den Staub geworfen werden! Laßt die Kinder lernen, daß es mit dem

Frauen

So lieb ich Frauen: ganz herb und kühl.
Innen aber ist alles Gefühl.

So lieb ich Frauen: ganz schlicht und gesund.
Innen ist alles weh und wund.

So lieb ich Frauen: ganz stolz und grade.
Innen ist alles Glanz und Gnade!

Richard Euringer

Pflücken die Verantwortung übernimmt, für diese zarten, auch lebenden Wesen weiter zu sorgen. Lehrt es, sie in Vasen zu ordnen und täglich mit frischem Wasser zu versorgen.

Alles, was lebt, sich bewegt, zappelt, erregt das besondere Interesse des Kindes. Nehmt euch die Zeit, den krabbelnden Käfer zu betrachten, dem auf den Rücken gefallenen wieder auf die Beine zu verhelfen und ihn wieder ins schützende Gras zu bringen! Beugen wir doch dadurch der Tierquälerei mehr vor als durch Worte. Teil mit dem Kind das Entzücken über die bunten Schmetterlinge! Seht mit ihnen zu, wie sie von Blume zu Blume gaukeln, laßt das Kind springen und sie jagen, aber sorgt dafür, daß es ihnen nicht durch Berühren die Flügel verletzt, nicht das wunderbare Werk der Natur zerstört! Lehrt es, die Namen kennen, so tragt ihr vielleicht noch besonders zur Freude bei. Dann grüßt das Kind den gelben Zitronenfalter, das Pfauenauge, den Schwalbenschwanz als bekannte, als besondere Freunde. Wohl lernen sie das alles auch später in der Schule. Es ist aber ein anderes Lernen draußen in der Natur, ein freies, natürliches, mit dem Leben verbundenes, freudebetontes. Fördert das, wo ihr nur könnt! Spielend lernt das Kind die Dinge in der Natur kennen, wenn wir ihm rechte Führer sind.

In Geschichten, die wir erzählen oder zusammen mit den Kindern erfinden, haben wir ein wundervolles Mittel, das Interesse an der Natur zu wecken und zu pflegen. Die Erklärung, wie sie naturkundliche Märchen geben, werden mit Freude vom Kind entgegengenommen.

Sommerwolken am Himmel, dicke, schwere weiße Sommerwolken, die so fest zu stehen scheinen und doch fortwährend ihre Form ändern, wenn wir sie einmal aufmerksam betrachten: welch ein Spiel für unsere Phantasie. Dort ein großer Berg mit dem Zauberschloß, hier das Roß, das über den Himmel jagt, da der Riese, der seine Hand nach dem Zaubergebäude ausstreckt. Er hat es erreicht, es verändert seine Form, es zerfließt, aber auch der Riese verschwindet.

Und wie prächtig sind am Abend die goldenen Ränder der Wolken, die goldenen Himmelsfenster, hinter denen man alle Herrlichkeit zu sehen glaubt!

Die Sonne sinkt, die Vögel werden still, die Natur schweigt. Laßt auch das die Kinder erleben! Auch die Kinder lernen still zu sein vor der Schönheit der Natur. Vor dem, was groß ist, sollen wir alle voll Andacht stehen. Wir holen uns Kraft daraus und innere Bereicherung.

Aber wie ist es bei schlechtem Wetter im Herbst, bei Nässe, Regen und Wind? Soll da das Spazierengehen eingestellt werden? Keineswegs! Jedes Wetter zu ertragen, das schafft gesunde Kinder und frohe, starke Menschen. Das sogenannte schlechte Wetter kann auch mit Freude erlebt und genossen werden. Schimpft nicht über den bösen Wind, den häßlichen Regen! Es gibt schon genug Menschen, die jeden verregneten Tag, den sie anders erwartet haben, wie eine persönliche Beleidigung entgegennehmen. Unsere Kinder sollen es besser machen. Es hat jedes Wetter seine Schönheit. Man muß entsprechend angezogen und geschützt sein. Wie ist es herrlich, wenn der Wind einen so zerzaust, und es gibt viel Kinder, die dann wohl sagen, so schön sei es noch nie gewesen.

Es gilt immer wieder, den großen Reichtum, den die Natur uns bietet, anzunehmen und zu erleben. Dann ist ein Spaziergang auch für die Kinder nie langweilig. Er wird mit Freude täglich erwartet. Und zieht am Sonntag dann vielleicht die ganze Familie hinaus ins Freie, Vater, Mutter und Kinder, dann kann es für alle wie ein Fest sein. Im gemeinsamen Erleben so echter, feiner Freude festigt sich das Band, das alle eint.



Friesin Wilhelm Petersen

Das „Frettchen"

VON PAUL WEYMAR

Sie war eine kleine, magere Person mit breiten Backenknochen und einem vorgebauten Mund, und die Zähne standen einzeln und spitz in ihren Kiefern wie eingespickte Mandelstückchen in einem Napfkuchen. Sie stammte nicht aus dem Dorf, sie war Kellnerin in Dr. Meyers Sanatorium gewesen, als der Junge vom Hartmannshof sie heiratete. „Laß die Finger davon!" hatte der Alte gesagt, und die Mutter hatte den kleinen Kopf mit den dünnen grauen Zöpfchen geschüttelt. Aber der Jungbauer, sonst willig und lenksam wie ein Ackerpferd vor dem Pfluge, war seinen Weg stumm und verbissen weitergegangen.

So war sie als Jungbäuerin auf den Hartmannshof gekommen. Das „Frettchen" nannten sie die Leute im Dorf wegen ihres Raubtiergebisses, und wie ein Frettchen in dem Kaninchenbau begann sie nach ihrem Einzug im Hof herumzuwühlen. Die beiden Alten hatten sich schon vor drei Jahren aus der Wirtschaft zurückgezogen und dem Jungen, dem letzten von dreien, den ihnen der Krieg übriggelassen hatte, den Hof übergeben. Das war ohne viel Aufhebens geschehen. Vater und Sohn waren in die Kreisstadt gefahren und hatten beim Notar den Altenteilsvertrag aufgesetzt. Dann waren sie nach Hause gekommen, und alles war gewesen wie vorher.

Jetzt aber war das „Frettchen" gekommen, und nun wurde alles anders. Mit einem Streit zwischen den beiden Frauen in der Küche fing das an. Die alte Bäuerin hatte ihren Topf mit Graupensuppe aufs Feuerloch des Herdes gestellt, die Junge rückte ihn beiseite und schob ihre eigenen Pötte statt dessen hin. Die Alte hatte sich beschwert, ein Wort gab das andere, und schließlich hatte die Junge kreischend wie eine vom Nest aufgescheuchte Seemöwe geschrien: „Du hast überhaupt nichts mehr in der Küche zu suchen! Mach, daß du in deine Altleutestube kommst!" Die Alte war weinend zu ihrem Mann gelaufen, und am Nachmittag gab es eine Aussprache zwischen Vater und Sohn. „Dat geiht nöch!" brüllte der Alte und stieß dem Jungen seinen knochigen Zeigefinger drohend unter die Nase. Der zog den Kopf ein: „Gott, Vadder, sie is noch jung und bannig vorweg mit de Snut". Die Aussprache blieb ohne Ergebnis, sie rannten auseinander wie zwei zornige Böcke.

Im Ausgedingevertrag stand: Zwei Liter Milch täglich... Bisher war's immer die Frischmelke von der Liese gewesen, der besten Kuh im Stall. Eines Morgens stand vor der Tür der Altleutestube ein großer, blauer Topf mit Magermilch. „Milch is Milch!" erklärte das Frettchen schrill, und der Jungbauer zuckte die Achseln, als ihn der Alte auf dem Hof deswegen stellte. Nur einmal muckte er auf, als das Frettchen bei Tisch erklärte: „Die Eltern könnten auch in ihrer Stube essen!" „De Oellern bliewen!" schrie er da und schlug auf den Tisch, daß Teller und Bestecke klirrend in die Höhe sprangen. Aber sonst nahm er immer die Partei der jungen Frau. Nicht gerade, daß er sich gegen die Alten wandte, aber er trat schweigend beiseite und ließ das Frettchen gewähren.

Es herrschte eine furchtbare, atembeklemmende Stickluft im Hartmannshof. Der alte Bauer ging mit finster zusammengezogenen Brauen und eingekniffenen Lippen herum, die alte Frau aber saß mit rotgeweinten Augen am Fenster, sah blicklos auf die Straße hinaus und würgte an ihrem Gram. Der Hof aber gedieh. Denn eins mußte man dem Frettchen lassen: sie war eine gute Wirtin.

Und dann kam das Unglück über den Hof. Eines Mittags im Oktober, sie saßen gerade in der großen Stube beim Mittagessen, kam der Jungknecht aus dem Stall herein: „Buer, de swarte Kau wull nöch freten!" Hans warf den Löffel hin und ging hinaus. Nach kurzer Zeit kam er wieder herein und setzte sich an den Tisch. „Was is'n?" fragte das Frettchen neugierig. Er zuckte nur stumm die Achseln. Am Abend wußten alle, was los war. Die Schwarze lag im Stroh, farbloser Geifer troff ihr aus dem Maul, und wenn man sie zum Aufstehen nötigen wollte, stieß sie ein dumpfes Gebrüll aus wie ein verirrtes Schiff im Nebel. Am nächsten Tag lagen alle sechs Tiere. Der Tierarzt kam — und draußen am Hoftor wurde das Zeichen angebracht, das furchtbare Zeichen: „Maul- und Klauenseuche!" Drinnen im Bauernhaus aber gingen sie herum wie eine Trauergemeinde.

Am vierten Tage der Krankheit — es war fünf Uhr nachmittags, und der kleine Wagen des Doktors ratterte gerade draußen davon — kam Hans Hartmann in die Stube. Die Eltern hatten sich gerade zum Kaffee hingesetzt, das „Frettchen" war auch da. Er sah niemanden, er warf sich auf die Holzbank längs der Wand und vergrub den Kopf in die Hände. Die anderen sahen schweigend zu ihm hin. „Wat hest, Hans?" fragte die Mutter. Er



Erstes Muster

Papa nennt mich oft sein Dummchen,
Wo ich es doch gar nicht bin:
Erstens sing' ich, zweitens mal' ich,
Drittens stick' ich auf Stramin!

Einmal oben — einmal unten,
Wenn man aufpaßt, ist's nicht schwer:
Erst die Nadel, bunt und wollig
Kommt der Faden hinterher.

Und es wachsen bunte Wege
Mir aus meiner kleinen Hand,
Laufen von dem weißen Deckchen
In ein frohes Wunderland.

Marina Thudichum

stöhnte auf: „Zum Schinner, het he seggt, alle söß zum Schinner!" Mit einem Ruck steht das „Frettchen" auf, ergreift Kaffeekanne, Butter, Brotkorb, wendet sich zum Gehen. „Wat schall dat?" fährt der alte Hartmann auf. Ihre Stimme ist scharf wie ein Rasiermesser: 's gibt keinen Kaffee mehr, wir sind arme Leute..." Ihr Mann sieht sie an, als sähe er sie eben jetzt in diesem Augenblick zum ersten Male: „Laß das!" schnauzt er, „quäl' die alten Leute nicht!" Sie steht wie versteint, aber sie findet keine Zeit mehr, zu antworten.

In der Stube wird es so still, plötzlich ein klatschendes Geräusch. Der alte Hartmann ist aufgestanden, hat in seine Brusttasche gelangt und wirft sie auf den Tisch: fünf Bündel Hundertmarkscheine: „Eindusend", zählt er laut vor, „zweidusend, dreidusend, vierdusend, fivdusend..." Der weinende Mann fährt hoch. „Vadder!" stottert er, „Vadder!" Doch der Alte blickt nicht nach ihm hin, spricht in die Stubenecke hinein: „Ich möchte dir wohl helfen, Hannes", wie immer in feierlichen Augenblicken spricht er hochdeutsch, „un Mutter hat auch gesagt, ich soll dir helfen. Du sollst das Geld haben", fährt der Alte fort, er redet absichtlich laut, damit die draußen jedes Wort versteht, „aber das sage ich dir, wenn deine Frau Mutter einmal despektierlich kommt, kündige ich dir den Kredit sofort." — „Ja, aber woher hast du...?" Der Jungbauer starrt entgeistert auf das Bündel Scheine...

Ein kurzes Auflachen, dann hört die Frau draußen, wie sich der Alte in einen Stuhl fallen läßt.

„Siehst du, du bist im Grunde ein guter Kerl, Hans... Aber ich hab' mir gedacht, wenn ich mal nicht mehr da bin, und Mutter is allein, und du hast 'ne Frau, wer weiß, wie dann alles wird. ‚Up dat s uns wohl gei up unse olle Dage!' ist ein guter holsteinischer Trinkspruch. Aber man soll nicht allein dem lieben Gott überlassen, was man selber machen kann. Das hab' ich gedacht, und da bin ich hingegangen und habe mir mein Leben versichert. Auf fünftausend Mark. Wenn ich tot wäre, hätt's Mutter gekriegt, nu hab' ich's selber bis fünfundsechzig geschafft, un vor drei Wochen haben sie mir's drin in der Stadt ausgezahlt. Fünftausend Mark, nicht ein Pfennig weniger, un alles neue Scheine!"

Das „Frettchen" kommt wieder herein. Sie hat eine gute blaue Schürze vorgebunden und trägt vor sich ein Tablett mit Kaffeegeschirr. Sie geht mit niedergeschlagenen Augen, aber an den roten Lidrändern sieht man, daß sie geheult hat. „Willste auch Pflaumenmus?" fragt sie ihre Schwiegermutter mit sanfter Stimme.

Der Alte antwortet für seine Frau: „Natürlich will sie Pflaumenmus." Und während das „Frettchen" dienstbeflissen zur Küche läuft, dröhnt er triumphierend hinter ihr her: „Der eine hat's im Kopp, der andere muß's in'n Beenen haben!"

Frau López und ihre fünfzehn Kinder

C. KÜNSTLER

Auf die Bitte verschiedener Leser hin, veröffentlichen wir die deutsche Uebersetzung des spanischen Leitartikels des Dezember-Heftes 1947, der bei argentinischen Freunden größten Anklang gefunden hat.

Ein idyllisches oberbayrisches Dörfchen. In einem notdürftig ausstaffierten Heim sind fünfzehn Kinder zur Erholung untergebracht. Die Ernährung ist knapp und eintönig wie überall in Deutschland. Die Jungen müssen von früh bis spät die Gemüsebeete in Ordnung halten, die Mädchen machen die Hausarbeit, denn Hilfskräfte gibt es nicht. So schleichen die Wochen trübe und glanzlos dahin, und die Erholung der Kleinen macht keine rechten Fortschritte, ja sie wäre wohl ganz ausgeblieben, wenn nicht die junge Frau Lopez für das sonntägliche Gaudi gesorgt hätte.

Das Ehepaar Lopez war vor Jahren aus Buenos Aires gekommen und wohnte in München, besaß aber ein Landhäuschen in der Nähe des Kinderheims, in dem es jedes Wochenende verbrachte. Herr Lopez vertrat in Deutschland die Interessen eines amerikanischen Konzerns, und war, eben zur Verteidigung dieser Interessen während des Krieges in München geblieben. Die deutschen Behörden hatten seine neutrale Staatsangehörigkeit in jeder Weise geachtet, und nun, nach Kriegsende genoß er die volle Unterstützung der Besatzungsbehörden. Dank der Hilfe, die ihm in Devisen und Lebensmitteln aus Buenos Aires zufloß, konnte er ein ganz erträgliches Leben führen, ja sogar dazu beitragen, manches Elend zu lindern.

Da die Ehe kinderlos war, wandte die junge Frau die ihrer echt weiblichen Natur eigene Kinderliebe an die kleinen Insassen des Erholungsheims. Während ihr Mann sonntags vormittags im Landhause seine Korrespondenz erledigte, zu der ihm die Arbeit der Woche keine Zeit ließ, fuhr sie nach Beendigung der Frühmesse in der kleinen Dorfkirche mit ihrem Wagen beim Kinderheim vor und nahm jeweils fünf der kleinen Erholungsbedürftigen zu einer Spazierfahrt mit. Irgendwo, wo das Elend der Nachkriegszeit nicht hindrang, wurde „ausgschtiagn" und „naufikraxlt", und es gab zuweilen manch fröhliches Lachen, wenn Frau Lopez, die sich auch in Deutschland nicht abgewöhnt hatte, zu jeder Tageszeit und Gelegenheit auf hohen Absätzen herumzulaufen, von ihren Schützlingen einen steinigen Pfad hinaufgeschleppt werden mußte, oder wenn sie ahnungslos versuchte, den vielgerühmten Ausspruch des Ritters Götz von Berlichingen auf echt oberbayrisch nachzusprechen. Kein Lausbubenstreich war ihr zu toll, ihn mitzumachen, keine Not und keine Sorge gab es, in der die Kinder nicht bei ihr Trost gesucht hätten. Ein solch herrlicher Sonntagmorgen war der Lichtblick, der die Kleinen drei düstere Wochen hindurch aufrecht erhielt.

Es gab auch jedesmal die ungeahntesten Kostbarkeiten, wenn Frau Lopez kam: Schokolade, Butter, Keks oder dergleichen. So hatten auch diejenigen, die nicht an der Reihe waren, mit auszufahren, ihre Freude, und so kam es, daß auf den blassen Gesichtchen endlich doch Spuren roter Backen zu entdecken waren.

Herr Lopez kam zwar mit den Kindern selten in Berührung, leistete aber der Tätigkeit seiner Frau nach Kräften Vorschub, indem er ihr bereitwilligst alles zur Verfügung stellte, was ein Kinderherz erfreuen kann.

Eines Tages nun, als sie von ihrer Spazierfahrt zurückkehrte, zeigte er ihr einen Brief seines Direktoriums in Buenos Aires, in dem ihm mitgeteilt wurde, daß er auf einen höheren Posten in seiner Heimatstadt berufen war.

„Aber Hector!" rief Frau Lopez entsetzt, „was soll denn nun aus meinen fünfzehn Kindern werden?"

Er kratzte sich hinterm Ohr. „So leid es mir tut, Negrita, alle fünfzehn können wir nicht mitnehmen. Eins davon kannst Du Dir aussuchen, das adoptieren wir und nehmen es mit nach Buenos Aires.

Die anderen kannst Du dann regelmäßig mit Lebensmittelpaketen und Kleidung versorgen."

Der kleinen Frau kamen die Tränen: „Ich habe sie alle gleich lieb, ich weiß wirklich nicht, welches ich aussuchen soll."

Hector wußte auch keinen rechten Rat. „Ueberlassen wir es dem Zufall. Es bleiben uns ja noch einige Wochen, um das Problem zu lösen.

Frau Lopez ging, ihren Schützlingen die Trauerbotschaft mitzuteilen, aber sie erwähnte kein Wort davon, daß sie einen von ihnen mitzunehmen gedachte. Sie wollte keine eitlen Hoffnungen aufkommen lassen, um nicht nachher enttäuschen zu müssen. An diesem Tage wehte ein eisiger Hauch über das Kinderheim und alle Fröhlichkeit erstarb.

So kam denn der letzte Sonntag ihres Aufenthaltes in dem Gebirgsdorf. Für den Nachmittag wurden sämtliche fünfzehn Kinder zu Schokolade und Kuchen in das Landhaus eingeladen. Hector hatte in München allerhand Klei-

nigkeiten besorgt, die Kindern Freude zu machen pflegen. Zum Schluß wurden sie einzeln in das angrenzende Schreibzimmer gerufen, und Frau Lopez legte jedem von ihnen mehrere Dinge zum Aussuchen vor. Den Trennungsschmerz vergessend griffen sie alle fröhlich zu. Zuletzt kam die sechsjährige Marta Winter, das jüngste und schmächtigste der fünfzehn Kinder. Als sie das Schreibzimmer betrat, beugte sich Frau Lopez zu ihr nieder und fragte: „Was möchtest Du lieber, Marta, eine Puppe, ein Kleidchen, oder eine Halskette?"

Die Kleine antwortete nicht sofort. Schließlich legte sie ihre mageren Aermchen um den Hals der jungen Frau: „Ich möchte gar nichts... ich möchte nur eine Mami haben, die so lieb und so schön ist, wie Du!"

„Hast Du denn keine Mami?" fragte Herr Lopez, während seine Frau kein Wort sagen konnte.

„Nein" schluchzte Marta, „mein Papi ist in den Krieg gegangen und nicht wieder gekommen, und meine Mami liegt unter unserem eingekrachten Haus. Jetzt habe ich nur noch eine böse, alte Tante in Berlin, bei der ich wohnen muß, wenn ich hier weggehe."

Es entstand eine Pause. Herr Lopez schloß ein Schubfach auf, nahm ein Medaillon mit einem Miniaturbild seiner Frau heraus, das er früher einmal an der Uhrkette getragen hatte, und reichte es dem Kinde.

„„Sieh mal, Marta", sagte er, „wir wollen Dich gern zu uns nehmen, aber ich muß erst Deine Tante um Erlaubnis bitten. Bis dahin mußt Du hierbleiben. Da hast Du einstweilen ein Bildchen von Deiner neuen Mami.

Frau Lopez umschlang die Kleine zärtlich. Die schwere Frage, die ihr auf der Seele gelegen hatte, war ganz von selbst gelöst.

Der Abschied von den Uebrigen war nicht leicht. Frau Lopez mußte wiederholt versprechen, an jedes von ihnen einzeln zu schreiben, und ab und zu etwas Schönes zu schicken.

Vor der Abreise hatte Hector Lopez noch in Berlin zu tun. In einer freien Stunde suchte er Fräulein Eulalie Winter in ihrer Wohnung auf. Sie machte wirklich den Eindruck einer verschrullten alten Jungfer.

„Sie vertreten doch die Stelle der Eltern an der kleinen Marta Winter...?" begann der Besucher.

„Hat se etwa wat ausjefressen?" fiel ihm Fräulein Eulalie gleich ins Wort, „denn muß ick Ihnen druff uffmerksam machen, dat ick for de Schandtaten von die Jöre nich uffkommen kann."

Lopez konnte ein Lächeln nicht unterdrücken: „Sie hat ja garnichts verbrochen, ich wollte nur..."

Aber die liebreiche Tante ließ ihn auch diesmal nicht zu Wort kommen:

„Denn is se woll jar wat passiert? Wat werd ick da for Scherereien von kriejen!"

„Nein, passiert ist ihr auch nichts. Aber Sie scheinen sie ja gern loswerden zu wollen."

„Na, dat will ick meenen! Man hat so seine Last mit andrer Leute Jören. Wat schaffen sich de Leute ooch Jören an, wenn se sick n' Hals brechen wollen. We hat jetzt de Arbeet und de Scherereien davon? Icke!"

Der Besucher war sichtlich erheitert: „Und wenn Ihnen nun jemand die Arbeit und die Unannehmlichkeiten abnähme? Meine Frau, zum Beispiel, würde das recht gern tun."

Tante Eulalie blieb der Mund offen stehn. Aber es schienen ihr nun doch Bedenken zu kommen:

„Jestatten se mal, wer sind se denn überhaupt? Ick habe nu mal de Verantwortung for dat Wohlergehen von det Jör übernommen, un nu soll nich eener behaupten, dat Eulalie Winter keen Jewissen hat. Wat wolln se denn nu anfangen mit meine Nichte? Ham se denn wat for ihr zu futtern?"

„Darüber brauchen Sie sich keine Sorge zu machen. Ich will sie auf ganz legalem Wege adoptieren. Sie soll als unsere Tochter mit nach Argentinien kommen. Ich habe eine recht gute Stellung und kann Ihnen die Gewähr dafür geben, da es ihr an nichts fehlen wird."

„Arjentinien! Det is woll da wo der Jeneral Peron so sauber uffjeräumt hat un wo Müllers von jejenieber de Lebensmittelpakete herkriejen. Wat die kleene Marta doch forn Jlick hat!"

„Dann kommen Sie am besten gleich mit zum Notar, um die Adoptionsurkunde zu unterschreiben", schlug Hector Lopez vor.

So kam es, daß eine Woche später drei glückliche Menschen an Deck des nach Buenos Aires auslaufenden Dampfers standen: zwei, die Deutschland in guten und in schweren Zeiten kennen gelernt hatten, und ihm auch in dem Wenigen, das von ihm geblieben ist, Liebe und Verehrung bewahren, und ein kleines Mädchen, das in seinem Leben nichts gekannt hat, als Elend und Entbehrung. In seiner kindlichen Seele schlummern noch die deutschen Tugenden, Aufrichtigkeit, Fleiß und Opferfreudigkeit, die es einst entfalten wird auf dem gesegneten Boden einer glücklichen und gastfreien Nation.

Der Mensch kann nur werden durch Erziehung. *IMMANUEL KANT*

An unsere Leser!

1. **PREISAUSSCHREIBEN!** Dem Wunsch einiger neuer Dauerbezieher nachkommend, die das Sonderheft mit dem Preisausschreiben auf Grund des Geschenk-Gutscheines erst Ende Dezember erhielten, haben wir den Termin zur Einsendung wie folgt festgelegt:

   Inland: 15. Januar 1948; Ausland: 25. Januar 1948.

   Es gilt das Datum vom Poststempel des Aufgabeortes.

2. **EINBANDDECKEN.**

   Bestellungen auf Einbanddecken für den ersten Jahrgang können bis zum 31. Januar (von der entsprechenden Geldüberweisung begleitet) an die Schriftleitung gerichtet werden. Sie gelangen ab 15. Februar zum Versand. Lieferbar sind:

   a) Einbanddecke in grauem Ganzleinen (grobes Rohleinen) mit braunem Aufdruck (vornehme Ausführung) .... m$n 3.—

   b) Einbanddecke in grauem Ganzleinen (tela nacional) mit dunkelblauem Aufdruck (einfache Ausführung) .... m$n 2.—

   Diesen Preisen sind die Selbstkosten für Verpackung und Porto hinzuzurechnen: Argentinien m$n. 0.20; Ausland m$n. 0.40.

   (falls „Einschreiben"" erwünscht, $ 0.20 mehr.)

3. **Einbinden vollständiger Jahrgänge.**

   Wir übernehmen das Einbinden, wenn uns die komplette Folge des 1. Jahrganges zugesandt wird. Die gebundenen Jahrgäge gelangen ab 1. März zum Versand. Der Jahrgang wird **ohne** die Deckel der Einzelhefte gebunden, ein Gesamt-Inhaltsverzeichnis wird vorangesetzt. Der Name des Einsenders soll in jedem Heft auf der 1. Seite mit Bleistift rechts oben vermerkt sein. Die Preise für das Einbinden (einschließlich Einbanddecken) betragen in den vorerwähnten Ausführungen

   a) vornehme Ausführung .... m$n 5.50

   b) einfache Ausführung .... m$n 4.50

   Diesen Preisen sind die Selbstkosten für Verpackung und Porto hinzuzurechnen: Argentinien m$n 0.60; Ausland m$n 0.80.

   (falls „Einschreiben"" erwünscht, $ 0.20 mehr.)

   Im Ausland erbitten wir die Zahlung der Beträge (Punkt 2 u. 3) an unsere Vertreter, die Sendung direkt an uns.

4. Vom Verlag können nur noch die Hefte 1, 4, 5, 6 und 7 nachgeliefert werden.



ROMAN von KARL ALOYS SCHENZINGER

Inhalt aus dem vorigen Heft: In Liebigs Laboratorium arbeitet Hofmann mit fieberhaftem Eifer, und macht dabei die rätselhafte Entdeckung, daß eine Reihe grundverschiedener Stoffe jeweils die gleiche chemische Zusammensetzung aufweisen. Hier liegt ein Geheimnis vor, das noch keiner zu klären wußte. — Mit dem anerkennenden Schreiben Hofmanns begibt sich Runge zur Verwaltung der Seehandlung, dessen Direktor inzwischen Herr Hoggenaht geworden ist. Aber er findet für seinen Plan, aus dem Steinkohlenteer künstliche Farben herzustellen, auch hier kein Verständnis. Auch eine Unterredung mit Hofmann findet kein befriedigendes Ergebnis trotz der hohen Anerkennung, die der junge Assistent Liebigs den Entdeckungen Runges entgegenbringt. — Charlotte Vogt nimmt sich am Morgen ihres Hochzeitstages das Leben, weil sie es doch nicht übers Herz bringt, sich dem ungeliebten Manne hinzugeben. Ein Abschiedsbrief an Runge enthüllt diesem Sonderling die ganze Tragödie ihres Lebens, an der er sich nicht schuldlos fühlt. — Hofmann verlobt sich mit der Nichte Professor Liebigs, Helene, wird Dozent für Chemie an der Universität Bonn und erhält sogar den Auftrag, in London ein chemisches Institut aufzubauen.

Andererseits wäre dies eine Möglichkeit gewesen, sofort einen eigenen Haushalt zu gründen. Und dann lockte dort eine Aufgabe, wie sie wohl im Leben nicht wiederkam.

Es war zum Verrücktwerden.

„Pereat tristitia! Pereant osores!“ sangen jetzt die Kommilitonen. Noch nie waren ihm die Hügel dort drüben im Bergischen Land unter der hellen Sonne so grau erschienen, noch nie der Rhein so voller Geheimnis, noch nie die Erde so schwer.

Helene! Helene!

Still schlich sich Hofmann aus dem festlichen Kreis. Als er in den Schloßgarten einbog, hörte er hinter sich einen donnernden Salamander.

„Glückliche Jugend!“ sagte er bei sich, und ein bitteres Lachen stieg in ihm auf. Er war gerade siebenundzwanzig.

Nach Hause!

Nichts als schlafen!

Nichts mehr denken, nichts sehen, nichts hören!

Ein Klopfen weckte ihn.

Verstört fuhr er auf. Wie lange hatte er geschlafen? Es konnte nicht spät sein, draußen schien noch die Sonne. Aergerlich über die frühe Störung ging er zur Tür und öffnete.

Nicht im entferntesten hatte er mit einem fremden Besuch gerechnet. Um so mehr war er erstaunt, sich plötzlich einem unbekannten Herrn und einer unbekannten Dame gegenüberzusehen, die beide trotz ihrer Jugend einen überraschend würdigen Eindruck machten.

Er fuhr erschrocken durch die zerzausten Haare, suchte nach einem Wort der Entschuldigung für sein unordentliches Aussehen. Doch der Herr kam ihm zuvor.

„Verzeihen Sie, mein Herr, daß wir Sie in dieser Weise überfallen. Ich habe vor Jahren als Studiosus hier in denselben Räumen gewohnt, die Sie jetzt bewohnen.“ Er zeigte auf die Dame. „Sie würden meiner Gattin eine große Freude machen, wenn Sie erlauben wollten, einen kurzen Blick in diese — sagen wir schon: historischen — Räume zu werfen.“

Hofmann verneigte sich vor der Dame und gab mit einer höflichen Geste den Eingang frei.

Die beiden traten näher. Hofmann folgte ihnen in einigem Abstand, brummte so etwas vor sich hin wie ‚Zumutung‘ und ‚eigentlich unglaublich.‘ Dabei schüttelte er rasch das Kissen auf dem Kanapee zurecht, nahm das

gebrauchte Taschentuch an sich, und den Kamm, den er auf dem Tisch hatte liegen lassen.

Die beiden waren inzwischen zu der offenstehenden Tür getreten, die zum Nebenzimmer führte. „Sie gestatten gütigst?" fragte der Herr mit einem Lächeln, das Hofmann vollends entwaffnete, und schob die Dame mit einer zärtlichen Bewegung durch die Tür.

„Wohl Hochzeitsreisende", dachte sich Hofmann und sah jetzt mehr neidisch als ungehalten hinter den beiden her. „Zum Dank könnte er mir eigentlich seinen Schneider verraten", dachte er noch, als er plötzlich aufhorchte.

Die beiden nebenan unterhielten sich. Sie sprachen aber nicht deutsch, sondern englisch.

Hofmann fühlte sich durch diese englischen Laute merkwürdig berührt. Es erschien ihm als ein sonderlicher Zufall, daß er gerade jetzt, da ihn nichts so sehr beschäftigte wie jenes Land, in seiner eigenen Stube englische Worte zu hören bekam. Er nahm es unwillkürlich als einen Wink, als irgendein Zeichen, er hätte selbst nicht sagen können wofür.

Es blieb ihm keine Zeit, weiter darüber nachzudenken, denn die beiden kamen jetzt wieder zurück.

„Verzeihen Sie meine Neugier", sagte nun Hofmann und überraschte sich selbst mit der Frage: „Sind die Herrschaften vielleicht aus London?"

„Erraten, mein Freund!" sagte der Herr und lachte, sichtlich vor Vergnügen. Auch die Dame konnte ein Lachen nicht unterdrücken.

Hofmann konnte sich nicht denken, was an seiner Frage so lächerlich sein sollte. Der Herr schien ihm auch diesen Gedanken vom Gesicht abzulesen. Er verbeugte sich vor Hofmann. „Wir wollten Sie nicht kränken, mein Herr. Verzeihen Sie gütigst, daß ich Ihnen noch gar nicht sagte, wem Sie soeben diese große Freundlichkeit erwiesen haben. Ich bin Prinz Albert von Koburg und dies ist meine Gattin Victoria, Königin von England."

Hofmann sah erschrocken auf die Dame und wieder zurück auf den Herrn. „Ein schlechter Scherz", war sein erster Gedanke, aber da besann er sich, daß das königliche Paar schon immer an erster Stelle unter den Ehrengästen dieser Beethoventage genannt worden war. Was war zu tun? Wie hatte er sich zu verhalten? Nur alle tausend Jahre befand sich ein Mensch in solch einer Lage. Bot man einer Königin einen Stuhl an? Wie sah er aus! seine Kleidung! Seine Stube! Eine wahre Lawine von Gedanken und Ueberlegungen stürzte in dieser Sekunde über ihn her, und die Folge war, daß er nichts tat, kein Glied rührte, kein Wort sagte.

Aus dieser peinlichen Lage befreite ihn ein leichter Aufschrei der hohen Dame. Die Königin war an den Tisch getreten, auf dem er seine Apparate für die Experimente mit dem Benzol aufgestellt hatte. Neugierig betrachtete sie diese für sie offenbar recht geheimnisvolle gläserne Welt, zog den Prinzen an der Hand zu dem Tisch und gab ihrem Staunen unverhohlenen Ausdruck. „Sagen Sie, Doktor, was hat das alles zu bedeuten? Was treiben Sie hier?"

Hofmann eilte zu dem Tisch, fand alles noch so, wie er es vor Tagen verlassen hatte. Er steckte die Flamme an, rückte ein paar Gläser zurecht. „Ich war hier gerade dabei, eine Methode auszufinden, wie man Anilin aus Benzol herstellen könnte."

„Was ist Benzol?"

Er erklärte es.

„Was ist Anilin?"

Er erklärte es.

„Und wie dachten Sie das eine aus dem anderen zu gewinnen?"

„Durch Nitrieren und Reduzieren."

„Was ist das?"

Es war immer die Königin, die fragte.

Hofmann unterrichtete die königlichen Gäste, unterstützte seine Worte durch anschauliche Experimente. Die Neugier der Gäste wurde zur Spannung. Mehr und mehr geriet Hofmann in Eifer. Er trat mit seinen Proben zum Fenster, ließ die Gäste hinter sich treten, damit sie die Vorgänge in den Reagenzgläsern besser beobachten könnten.

Sie gehorchten, als ob sie seine Schüler wären, sahen bald erstaunt, bald belustigt auf den Wandel in den Lösungen und Essenzen, sahen Gase entweichen wie Schleier und Nebel, wie sprudelnde Perlen, sahen Farben entstehen, Wolken und Wirbel. Nicht eine Sekunde kamen Hofmanns Hände zur Ruhe. Ohne Pause erklärte er mit Worten das, was seine Hände machten, er erklärte es in einer leichten und gefälligen Art, es war mehr eine Unterhaltung als ein Vortrag, ein Scherzwort, eine heitere Wendung machten den an sich spröden Stoff lebendig und spannend. Hofmann hatte den Rang seiner Gäste längst vergessen. Die Stube war für ihn zum Hörsaal geworden, der Hörsaal zum Labor. Ganz von selbst war er zu seiner ursprünglichen Versuchsanlage zurückgekehrt. Immer erklärend, aber auch immer vergnügter hatte er das Benzol wieder in Angriff genommen, hatte das Nitrieren durchgeführt und war nun wieder an der Stelle angelangt, von wo er bisher nicht weitergekommen war. Es galt

der gewonnenen Substanz den Sauerstoff zu entziehen. Er hatte es bis jetzt auf verschiedene Arten versucht, doch ohne Erfolg.
Während Hofmann noch zu seinen Gästen von dieser Schwierigkeit sprach, schoß ihm eine Idee durch den Kopf.
„Ich werde es mit Wasserstoff im Status nascendi versuchen".
„Was ist denn ein Status nascendi?"
Hofmann sah aus, als hätte man ihn aus einem Traum geweckt. „Der Status nascendi ist ein magisches Wunder, eines der größten Geheimnisse der Natur. In diesem Falle bezeichnet er den Augenblick, da der Wasserstoff seine bisherige Verbindung verläßt. In diesem Augenblick vermag er etwas, was er sonst nie wieder in seinem Leben vermag. Im Augenblick seiner Geburt vermag er zum Beispiel den Sauerstoff aus Bindungen zu reißen, die sonst seine Kräfte um ein Tausendfaches übertreffen. Nur in diesem Augenblick des Werdens vermag er das, und dieser Augenblick ist unvorstellbar kurz; er ist nur hypothetisch zu erfassen; er ist kürzer als der Bruchteil einer Millionstel Sekunde."
Hofmann achtete nicht auf die Wirkung seiner Worte. Er redete auch nicht mehr. Er hatte Metallspäne und Säure seiner Substanz zugefügt, starrte in äußerster Spannung auf den brodelnden Inhalt seines Kolbens. Jeder Nerv an ihm war zum Reißen gestrafft.
Plötzlich jagten seine Hände über den Tisch, griffen dahin, dorthin, ließen Tropfen in die neue Lösung träufeln. Sein Gesicht begann zu strahlen. „Anilin —", sagte er tonlos, „da kommt es... da ist es doch...!" und sah jäh in zwei tiefe blaue Augen, die voll Bewunderung auf ihn gerichtet waren.

3

Das Schloß Augustenburg zu Brühl hatte seit dem Tode seines Erbauers, des Kurfürsten Clemens August, keine so glänzende Gesellschaft mehr gesehen, wie in diesen Tagen, da man in dem benachbarten Bonn Ludwig van Beethoven feierte. Die Königin von England war hier beim preußischen König zu Gast. Durch die weiten Hallen des prunkvollen Hauses, über die schweren Galerien und weit ausladenden Treppen wogte nach einem Jahrhundert wieder farbiges Leben. Den herrlichen Park füllten wieder Reiter und spielende Gruppen mit ihren Scherzen und ihrem Gelächter. Die Majestäten waren von großem Gefolge begleitet.
„Ich habe Ihre Majestät noch nie so aufgeräumt gesehen", sagte Sir James Clarc. „Die Luft am Rhein scheint ihr vortrefflich zu bekommen."
„Es freut mich, Sir, daß Sie gerade als Leibarzt diesen Eindruck haben."
Die beiden Herren schritten gemächlich durch den schattigen Park. Sie kannten sich von London her, wo Ritter Bunsen schon seit Jahren die Interessen der preußischen Regierung vertrat. Der schlanke und für seine Jahre noch recht lebendige Leibarzt hatte den schon etwas behäbigen Gesandten zu diesem Spaziergang aufgefordert. ‚Um sich die nötigen Hohlräume für das Diner anzulaufen', wie er es nannte.
„Ihre Majestät war heute morgen sogar so gut bei Laune, daß sie mich von selbst nach dem Stand meiner Herzensangelegenheit fragte. Sie wissen doch, Exzellenz —?"
„Ich weiß, ich weiß, Sir, und ich muß schon sagen, Ihr Eifer in dieser Sache ist bewundernswert. Bei uns in Preußen erwartet man alles von der Regierung. Ich will ganz schweigen von der Errichtung eines neuen Lehrstuhls oder gar von der Neueinrichtung eines Instituts, wie dieses College of Chemistry, das Sie mit soviel Erfolg betreiben. Schon bei der Aufstellung einer neuen Bank im Tiergarten erwartet jeder bei uns einen Zuschuß aus der Staatskasse. Man muß sich bei uns schämen, wenn man sieht, wie die Oeffentlichkeit in anderen Ländern freiwillig Millionen stiftet für die großen kulturellen Aufgaben."
Sir James Clarc verneigte sich ein paarmal während des Gehens. „Das Bewundern wie das Schämen", sagte er dann, „ist mehr auf unserer Seite. Sie haben Einrichtungen wie das Chemische Laboratorium in Gießen. Unsere ganzen Leute haben dort überhaupt erst gelernt, was Chemie und was Analyse ist. Wir haben vielleicht mehr Geld, Exzellenz. Sie haben dafür mehr Köpfe."
Ritter Bunsen bedankte sich mit einer Handbewegung. „Und wie kommen Sie auf diesen Doktor Hofmann, Sir?"
„Professor Liebig hat ihn empfohlen. Aber der junge Doktor will nicht."
„Sie scherzen, Sir."
„Mein Ernst, Exzellenz. Aber wenn ich ehrlich sein soll, ich an seiner Stelle würde auch nicht wollen. Ein Agreement auf zwei Jahre ist eine riskante Sache, und für einen strebsamen Mann sind zwei Jahre verdammt viel Zeit, um sie zu verlieren."
„Also erledigt?"
„Könnte man sagen, wenn Ihre Majestät nicht plötzlich den persönlichen Wunsch geäußert hätte, besagten Doktor Hofmann unter allen Umständen demnächst in London zu sehen."

„Was Sie nicht sagen, Sir! Doktor Hofmann? Ihre Majestät?“

„Sie werden mir zugeben, Exzellenz, daß meine Lage recht peinlich ist.“

„Allerdings... wenn Majestät den Wunsch geäußert haben. Und was denken Sie, Sir, werden Sie tun?“

„Ich werde meine einflußreichen Freunde bitten, mir behilflich zu sein. Meine persönliche Aufgabe wird es sein, dem Prinzen klarzumachen, welch großen Gefallen er der hohen Gattin erweist, wenn er die preußische Majestät auf den stillen Wunsch der Königin hinweist. Ich werde ihm vorschlagen, es heute zu tun. Er sitzt beim Diner zur linken Hand des Königs. Dann brauche ich nur noch einen gewandten Mann, der den Kultusminister dazu bewegt, sich in dieser Sache zu bemühen. Exzellenz Eichhorn ist ein umgänglicher Herr. Es kann einem Diplomaten — sagen wir: Ihres Schlages, Exzellenz — nicht schwer fallen, den Minister günstig zu stimmen.“

Ritter Bunsen zog die Stirn in Falten. „Sir, Sie überschätzen meinen Einfluß, so gerne ich Ihnen jederzeit zu Gefallen bin.“

„Sie tun nicht mir den Gefallen, Exzellenz. Sie tun ihn Ihrer Majestät, der Königin von England. Suchen Sie den Minister auf in irgendwelchen Staatsgeschäften und flechten Sie mit ein. Doch wem sage ich das? Euer Exzellenz wissen doch viel besser als ich, wie man das macht. Der Minister soll bei Seiner Majestät keine Bedenken äußern. Er soll dem Doktor Hofmann versprechen, ihn gegebenenfalls in zwei Jahren wieder in Dienst zu nehmen, als außerordentlichen Professor natürlich. Das wäre meiner Schätzung nach der Grad, den er in dieser Zeit erreichen könnte, wenn er in Preußen bliebe. Das wäre die ganze Staatsaktion.“

Ritter Bunsen blieb eine ganze Weile still. Dann blieb er stehen, sah den Leibarzt an. „Und Sie würden mich bei Ihrer Majestät empfehlen, Sir?“

Der Leibarzt schlug dem Gesandten leicht auf die Schulter. „Aber lieber Bunsen, bei uns wäscht doch eine Hand die andere!“

4

Die Sirene des Postdampfers war während der ganzen Fahrt die Themse hinauf kaum zur Ruhe gekommen. Nur mit Mühe hatte sich der Dampfer eine Bahn durch den faustdicken Nebel geschnitten. Jetzt brüllte die Sirene ohne Unterlaß. Der Dampfer hatte die Höhe der London Bridge erreicht und suchte nach seiner Anlegestelle.

Hofmann stand auf dem Oberdeck und versuchte vergeblich, etwas in dem wallenden Dunst zu erkennen. Sein Havelock, sein Hut, seine Haare trieften vor Nässe. Er fror. Die ganze Nacht hatte er kein Auge zugetan.

Die Ueberfahrt von Amsterdam war anfänglich ganz ruhig verlaufen. Mit der Nähe des Kanals war aber ein grober Wind aufgekommen, und zu guter Letzt, auf der Themse, waren sie in einem immer dicker werdenden Nebel nahezu steckengeblieben. Somit war es kein Wunder, daß sich jetzt alle Passagiere die Hälse verrenkten, um endlich ein Stück des erlösenden Landes zu erspähen, das doch schon zum Greifen nah sein mußte.

Noch war nichts zu sehen.

Um so mehr aber war zu hören. Stimmen schrien durch den Nebel, Signalhörner und Sirenen dröhnten. Kommandos, die sich anhörten wie Schreckensrufe oder Schreie jähen Entsetzens.

Hofmann hätte gern gewußt, ob das Schiff überhaupt noch Fahrt machte. Er starrte auf das gurgelnde Wasser, immer in der Hoffnung, schließlich doch einmal irgendeinen festen Punkt zu entdecken, als plötzlich die schattenhaften Umrisse eines riesigen Seglers unmittelbar vor seinen Augen aus dem Nebel traten. Ein lähmender Schreck fuhr in Hofmanns Glieder, der aber sofort einer besseren Einsicht wich. Das Segelschiff fuhr nicht, es hatte an einer Landungsbrücke festgemacht. ‚St. Patrik‘ stand in goldenen Buchstaben am Heck des Schiffes.

Auch der Dampfer schien jetzt endlich seinen Platz gefunden zu haben. Langsam schob sich der dunkle Schatten einer Mauer gegen die Schiffswand heran, und da erkannte man auch schon die Menschen, die in nicht allzu großer Zahl auf der Kaimauer standen und lebhaft heraufwinkten.

Hofmann nahm mit Bestimmtheit an, daß ihn trotz des schlechten Wetters jemand abholen würde. Er nahm das Fernglas vor die Augen und versuchte, die Gesichter der Untenstehenden zu erkennen. Er fand nicht ein bekanntes Gesicht. Plötzlich lachten ihm aus dem engen Kreis seines Blickfeldes ein paar lustige Augen entgegen. Mit beiden Armen winkte Hofmann über das Schiffsgeländer weg. „Mansfield!“ schrie er aus Leibeskräften und geriet fast außer sich vor Freude. „Mansfield! Mansfield!“

Es standen noch andere Herren am Kai. Sir James Clarc stand hier und Ritter Bunsen.

Hofmann wollte sich nicht von Mansfield trennen.

„Aber, lieber Hofmann“, sagte Sir Clarc, „das ist doch kein Problem. Ich habe noch einen Platz in meinem Wagen. Wir nehmen Ihren Freund mit und fahren alle zusammen in Ihr Hotel.“

5

Bis dahin hatte England keine Chemie, wenigstens keine eigene. Es hatte keine Institute, keine Laboratorien, keine Forscher, keine Lehrer. Es war Hofmanns Aufgabe, hier einen Grundstock zu legen, einen Start zu schaffen. Man hatte wohl ein paar eigene Männer im Lande. Sie waren durchweg Schüler bei Liebig in Gießen gewesen. Dem einen oder anderen hätte man wohl die Leitung des neuen College anvertrauen mögen. Aber man wollte mehr. Seit Liebig vor drei Jahren seine Vorträge in London gehalten hatte, war man auf Chemie versessen, auf Liebigs Chemie. Was das Komitee des College of Chemistry ausdrücklich von Hofmann verlangte, war, Liebigs Geist nach London zu verpflanzen. Man wollte nichts anderes als die Methode und die Tradition, die in Gießen herrschten. Zu diesem Zweck hatte man ein Vermögen aufgebracht, hatte am Hannover Square ein stattliches Haus gemietet und zu Laborräumen umgebaut, hatte dem jungen Lehrer ein festes Gehalt von vierhundert Pfund Sterling ausgesetzt, dazu zwei Pfund Zulage für jeden Studenten. Außerdem hatte sich das Komitee verpflichtet, dieses Gehalt jährlich um hundert Pfund zu erhöhen.

Diese traumhaften Summen setzte Hofmann immer wieder um in Gardinen, Teppiche, Tische, Stühle, Betten, Schränke. Liebe Helene! Er saß auf dem Dach eines Omnibusses, fuhr kreuz und quer durch die Stadt, in Gedanken das Mädchen neben sich, das liebe, das wunderbare. Sie war nicht neben ihm, sie war in ihm. Er sah mit ihren Augen diese Plätze, diese Paläste, Kathedralen. Er sah für sie diese Stadt der zwei Millionen. Für sie hatte er auf die blühenden Bäume an der Bergstraße verzichtet, auf die Hügel des Bergischen Landes, auf die Lieder am Rhein.

Für sie brachte er das College of Chemistry in Schwung.

Noch war alles primitiv. Aber das war gerade das Schöne. Das Unfertige, das Trächtige gab Ausblicke. Er schaffte an, er ordnete, räumte ein, baute aus. Famulus, Assistenten aus Deutschland. Gläser, Röhren, Tiegel, Retorten, Meßgeräte, Schmelzgeräte, Geräte für die Elementaranalyse aus Deutschland. Kisten kamen an, Bücher, kleine Kästchen mit seltenen chemischen Stoffen.

Von Helene kam ein Brief.

Hofmann stöhnte, als er ihn las. Aber die Zahl seiner Schüler hatte sich in den wenigen Monaten verdreifacht. Charley Mansfield stand neuerdings mit auf der Schülerliste. Die Räume wurden zu eng. Es war ein beängstigendes Gedränge in den Laboratorien am Hannover Square.

Eines Morgens geriet Sir James Clarc mitten in diesen Trubel. „So können Sie doch unmöglich arbeiten!“ sagte er entsetzt zu Hofmann, und bald darauf schneiten Baupläne auf Hofmanns Arbeitstisch, Aufrisse, Kostenanschläge. Das Komitee hatte an der Oxfordstreet einen Baugrund gekauft. Man wollte erstklassige Laboratorien. Man scheute keinen Aufwand. Der Baugrund lag in der besten und teuersten Gegend Londons. Die ersten Architekten waren verpflichtet.

Neben seiner eigentlichen Arbeit wurde Hofmann Bauherr.

Nach drei Monaten konnten die ersten Arbeitsräume bezogen werden. Das Komitee eröffnete sie mit einem Bankett. Seine Königliche Hoheit, Prinz Albert, führte selbst den Vorsitz. Hofmann wußte kaum, wie ihm geschah. In der Hand hielt er eine Urkunde. Der Prinz hatte sie ihm feierlich überreicht. Die Regierung hatte sein Institut zum ‚Royal College‘ erklärt. In der Tasche trug er einen Brief von seiner Mutter. ‚Helene verzehrt sich‘, hatte die Mutter geschrieben.

Er nahm Mansfield am Arm und verließ mit ihm den Saal. Sie gingen im Park auf und ab.

„Du gefällst mir nicht, Hofmann.“

„Weißt du noch, Charley, wie wir zum erstenmal bei Doktor Sandhaas die Schulbankbank drückten?“

Mansfield verstand die Anspielung. „Du solltest heiraten, Hofmann!“ sagte er.

„Sollte!“ meinte Hofmann bitter, „sollte sollte!“

Tags darauf fuhr er an den Rhein und holte sie. Eine Kette von zwanzig festlichen Tagen, Freiheit, Schönheit, Glück, Liebe, Sonne, Sonne! Dann fuhr er mit ihr die Themse hinauf.

Wieder stand der Nebel über der Stadt.

Mit großen ängstlichen Augen starrte Helene in diesen Nebel, als ob ganz nah dahinter das Schicksal läge.

6

„Was so ein ‚f‘ im Namen ausmacht, alter Runge, das sollte man nicht für möglich halten. Als Hoffmann wird man nach zwanzig Jahren Dienst zum Teufel gejagt. Als Hofmann wird man schon nach sechs Wochen Professor. Mit zwei ‚fs‘ wird man unter Kuratel gestellt, von Gendarmen gehetzt, der Heimat verwiesen. Mit einem ‚f‘ kann man in goldener Hofkarosse außer Landes reisen und ist als Deserteur noch ein hochgeachteter Mann.“

„Deine Verbissenheit macht dich ja reichlich ungerecht. Hofmann ist alles andere als ein Deserteur. Ich möchte ihn eher einen Botschafter deutscher Wissenschaft nennen."

„Da kann er ja dem Ritter Bunsen in kollegialer Verbundenheit die Hand reichen. Das ist auch ein deutscher Botschafter, läßt seine Kinder ‚James' und ‚Mary' taufen, läßt die Kinder kein Wort deutsch lernen, kriecht den hohen Herrschaften drüben... na und so weiter. Aber die beiden Botschafter kümmern mich einen Dreck. Von denen rede ich ja gar nicht. Ich rede von der deutschen Kultur, die vor ihren Minister und vor die Hunde geht. Dieser Herr Eichhorn will dem deutschen Poeten wie dem lieben Herrgott eine Sergeantenuniform und eine Pickelhaube verpassen. Bevormundung, nichts als Bevormundung! Hör die Lehrer an auf den deutschen Universitäten, die Schüler. Es gärt an allen Ecken und Kanten, in Halle, in Münster, in Leipzig, in Königsberg. Wer einen eigenen Gedanken hat, ist Revolutionär. Kant kann froh sein, daß er begraben ist. Herr Eichhorn hätte ihn als Hochverräter verhaften lassen."

„Du bist ja blind vor Wut, Hoffmann, sonst würdest du nicht so übertreiben. Der wahre Geist läßt sich nicht binden. Wenn mir hier, in meinen vier Wänden, etwas einfällt, das kann mir niemand verbieten."

„Es ist dir ja etwas eingefallen! Und was hast du jetzt davon?"

„Ich will ja gar nichts davon haben. Die Menschheit wird noch länger leben, und man wird in Deutschland noch länger Chemie treiben. Irgend einmal wird sich das, was ich gefunden habe, schon auswirken."

„Im Ausland wahrscheinlich! Ich glaube nun bald selber, daß dein Hofmann der Kerl ist, für den du ihn hältst. Sonst würde Herr Eichhorn ihn bestimmt nicht haben ziehen lassen. Warum baut man dem Herrn nicht hier ein Laboratorium, wenn er soviel kann? Man hat Geld für achtundvierzig Hofhaltungen bei uns, für achtundvierzig Landesverwaltungen, hierfür ist kein Taler mehr übrig. Lieber läßt man einen Deutschen in England die Kanonen gießen, mit denen wir einmal erschossen werden. Das gehört mit zu den Auswirkungen jener Herren, die sich ‚Von Gottes Gnaden' nennen!"

„Wir sind eben noch nicht reif. Alles braucht seine Zeit. Das ist auch in der Chemie so, das habe ich eingesehen. Ich nehme an, daß es bei den politischen Dingen nicht anders ist."

„Es ist aber anders, Runge, ganz anders! In der Politik ist die Gefahr, und die Zeit verstärkt sie mit jedem Tag. Wir vergeuden uns. Wenn wir uns nicht rechtzeitig besinnen, wenn wir uns nicht bald zusammentun, gibt es kein Deutschland mehr. Das ist es, was ich in allen Städten und Dörfern predige. Das nimmt man mir krumm. Das wollen die Herren nicht hören. Deshalb rauben sie mir meine Heimat. Und ich liebe nun einmal dieses Deutschland über alles in der Welt!"

Runge nickte und nickte. „Jetzt hast du uns doch noch ein großes deutsches Lied geschenkt, Hoffmann."

„Ja — leider!"

Krachend schlug die Tür hinter Hoffmann zu.

Runge trat an das Fenster.

Mit fliegendem Mantel jagte der Freund über den Hof.

Dann griff Runge wieder nach dem Heft, in dem er zuvor gelesen hatte. Es waren Mitteilungen über die Arbeiten Hofmanns am Royal College of Chemistry aus den Jahren 1846 bis 1848.

Hofmann berichtete über seine ‚grundlegenden Untersuchungen der flüchtigen organischen Basen'. Es stand da viel Neues. Von Farben stand nichts in dem Bericht.

Runge vergrub das Gesicht in den Händen. „— — auch hier: noch nicht... immer und überall: noch nicht..."

„... nicht mehr!" klang es wie ein fernes Echo in ihm.

7

Frau Helene Hofmann hatte schon vor zwei Stunden die beiden schweren Sessel vor den Kamin gerückt. Zwischen die Sessel hatte sie den niedrigen Tisch geschoben, hatte die Teller mit den Sandwiches aufgestellt, die Dosen daneben mit den Cakes und dem Konfekt. Gegen neun Uhr hatte sie dann die kleine Flamme unter dem Teekessel angesteckt, denn dies war für gewöhnlich die Zeit, zu der der vielgeplagte Mann nach Hause kam.

Diese Vorbereitungen traf sie jeden Abend, und sie traf sie jeden Abend mit derselben Liebe und Feierlichkeit, mit derselben freudigen Erwartung. Dies war ihre Teestunde, die Stunde, nach der sie sich den ganzen Tag über sehnte. In dieser einen Stunde hatte sie den Mann für sich allein.

In der ersten Zeit war er wenigstens über Mittag gekommen, hatte in aller Ruhe mit ihr gegessen und sich sogar noch für eine Stunde aufs Ohr gelegt, bevor er in jagender Eile wieder davongestürmt war. Mit der Zeit aber war das Essen immer hastiger verschlungen worden, die Ruhestunde war mehr und mehr zusammengeschrumpft, und seit zwei Jahren blieb sie den ganzen Tag über allein.

Sie kannte jede Minute ihres Mannes. Sie

wußte, da waren die festgesetzten Stunden im Laboratorium, da waren Konferenzen, Verhandlungen, Vorträge. Da kamen die Landwirte, kamen Ingenieure, Kaufleute, Aerzte, Kollegen, wollten Auskünfte, brachten Proben, baten um Untersuchung und Analyse. Da kamen die Herren vom Komitee, die hohen und höchsten Herrschaften vom Hofe. Sie wußte, daß hinter dem großen Laboratorium das kleine lag, sein eigentlicher Arbeitsraum. Ihr wurde schwindlich, wenn sie an die Apparate und Instrumente dachte, die dort scheinbar wahllos durcheinanderstanden. Ein tiefes Mitleid aber packte sie, wenn sie von ihrem Sessel aus hinübersah nach der dunklen Ecke, in der sein Schreibtisch stand. Im Schein der flackernden Kerzen erkannte sie noch von hier aus die Stöße Papier, die Berge von beschriebenen Blättern, von Büchern und Tabellen. Dort lag die Arbeit der Nacht, und es wurde in der Regel drei Uhr, bis an diesem Tisch das Licht erlosch.

Zwischen der Arbeit des Tages und der Nacht lag die Teestunde. Auf diese Stunde zu warten, war ihr Tag. Zu wissen, daß auch der Mann um nichts in der Welt auf diese Stunde verzichtet hätte, war ihr Glück. Sie war allein, aber sie haderte darob mit nichts und mit niemandem. Sie verstand alles, wußte, daß all dies so sein mußte, wie es war. Daß diese Einsamkeit recht oft entsetzlich weh tat, dafür konnte sie nicht.

Dafür erlebte sie auch, was sonst kein Mensch erleben durfte. Wenn draußen im Flur die bekannten Schritte ertönten, wenn dort die Tür sich endlich auftat, der Mann auf die Schwelle trat und ihr die Hände weit entgegenhielt, fiel alles Leid wie Traum und Schatten von ihr ab.

An diesem Abend hatte Frau Helene, wie gesagt, den Teetisch früher als sonst gedeckt. Sie hatte eine Ueberraschung vor für ihren Mann, und der Gegenstand dieser Ueberraschung hatte ihr den ganzen Tag über eine solch beseeligende Unruhe ins Blut gejagt, daß es ihr schließlich beim besten Willen nicht mehr möglich gewesen war, noch länger untätig zu verharren. Gegen acht Uhr hatte sie sich neben den fertigen Teetisch gesetzt und es war ihr zunächst ganz feierlich zumute gewesen. In wohliger Erwartungsfreude war die erste Stunde vergangen. Der Regen hatte gegen die Scheiben geschlagen, und dann hatte der Teekessel leise zu singen begonnen. Allmählich war in die Wangen der wartenden Frau eine tiefe Röte gestiegen. Von der nahen Westminster-Abtei herüber hatte dann die neunte Stunde geschlagen.

Von dieser Stunde an hatte das Ohr gespannt an der Tür gehangen. Die stille Freude war mehr und mehr einer treibenden Unruhe gewichen, und mit dem zehnten Glockenschlag stand plötzlich wie ein fahles Gespenst die Sorge mitten in der friedlichen Stube.

Frau Helene sprang auf. Die Hände griffen nach dem Gesicht. Die Wangen glühten. „Kommt wohl von dem zu starken Feuer im Kamin", dachte sie, trat zum Fenster und drückte die heiße Stirn gegen die Scheiben.

Draußen goß es noch immer in Strömen. Ueber den Dächern hing schwer der bleigraue Himmel, hinter dem irgendwo der volle Mond verborgen lag. Unter den flackernden Gaslaternen huschten die Menschen als graue Schatten vorbei. Alles war grau in dieser Stadt. Ein Würgen trat in Helenes Kehle. Sie hustete und in ihrer rechten Schulter zuckte ein leichter Stich. Noch gestern hatten sie an diesem Fenster gestanden, hatten fast zugleich von dem strahlenden Himmel der Heimat gesprochen und sich im stillen Verstehen bei der Hand genommen.

Wo blieb er heute so lange?

Eine lähmende Schwere senkte sich in ihre Knie. „Es ist ihm etwas zugestoßen", sagte sie sich und wollte zur Tür. Ihre Beine versagten aber den Dienst. Sie konnte nicht weg von dem Fenster. Es schlug halb elf. Es schlug dreiviertel. Helene starrte auf die Straße. „Zugestoßen —" höhnte eine Stimme in ihr.

Da ging draußen die Tür. Helene hörte die bekannten Schritte. Wie erlöst sanken die Hände vom Fensterknauf, den sie bis dahin krampfhaft umspannt gehalten hatten. Sie hörte hinter sich das Klinken der Tür und fühlte noch die heiße Welle, die ihr nach dem Herzen schlug.

Als Hofmann in das Zimmer trat, fand er seine Frau regungslos am Fenster. Entsetzt stürzte er sich auf die Leblose, versuchte sie hochzurichten, als Helene auch schon die Augen wieder aufschlug.

Strahlend lächelte sie ihn an. „Wo warst du, Lieber?"

„Ich habe Benzol im Steinkohlenteer gefunden", sagte er überglücklich.

„Ist das wichtig?" fragte sie leise.

„Es gibt ganz neue Möglichkeiten", sagte Hofmann hastig und schämte sich plötzlich, in diesem Augenblick von solchen Dingen zu reden. Er befühlte ihre Stirn, ihre Wangen. „Du glühst ja, Helene!"

Sie schlang die Arme um seinen Hals. „Weil ich mich so freue!"

„Helene!"

„Wir werden bald ein Kindchen haben, Wilhelm."

8

Obwohl alle Fenster weit offenstanden, war das kleine Labor angefüllt mit beißendem Rauch. Die Schwaden waren dick und zäh und zogen nur langsam ab. Die nasse Kälte von draußen drang in breitem Strom durch die offenen Fenster.

An einem Seitentisch rieb sich Charley Mansfield die blaugefrorenen Finger. Er war dabei, nach Hofmanns Angaben Benzol aus leichtem Steinkohlenteer zu destillieren. Hofmann selbst stand in einen dicken Mantel gehüllt vor seinen Geräten. Hier brachte er jede freie Minute zu. Hier opferte er Tage und Nächte. Hier lag er im ewigen Kampf mit seinem Dämon, mit der Teerbase Anilin und ihren Derivaten. Um ihre Konstitution zu ergründen, hatte er sie jahrelang mit allen Säuren und Halogenen angegriffen, mit allen Radikalen und Gruppen.

Er war nie zufrieden, und was eben noch Ueberzeugung war, zeigte sich bald schon als Irrtum. Aber nichts konnte ihn beirren, kein Fehlschlag vermochte ihn zu entmutigen, kein noch so langer Weg ihn zu ermüden. Ein Ergebnis hielt er in Händen: es war eine Verwandtschaft zwischen dem Anilin und dem Ammoniak. Hier sah er einen Weg und jagte ihm nach, wie dem fliehenden Glück auf der Kugel. Nur eine Haaresbreite konnte ihn von den künstlichen Alkaloiden trennen. Er trieb die beiden Basen durch alle Reagenzien, sie reagierten lange parallel, bis sie endlich doch auseinandergingen.

Trotzdem war es keine verlorene Arbeit. In mitreißenden Berichten sagte er der Fachwelt, was er gesucht und was er gefunden hatte, regte tausendfach an, stieß Anschauungen um, gab jähe Ausblicke, oft ohne es zu wissen. Einmal in seinem Labor, fühlte er die Kälte nicht und nicht die Hitze, weder den Hunger noch den Schlaf.

„Wie geht es deiner Frau, Hofmann?"

„Danke, Charley. Ich frage sie selbst zehnmal am Tage. Jedesmal sagt sie, sie fühle sich vollkommen wohl."

„Sie ist recht blaß geworden, finde ich."

„Die Geburt des Jungen hat sie sehr mitgenommen. Ihr habt aber auch ein Wetter hier in eurem London! Das ist zum Verzweifeln."

Hofmann wandte sich wieder seinen Ammoniumbasen zu. Neugierig besah er sich den Inhalt eines Kolbens, nahm den Block zur Hand und notierte weiter: „Methylaethylamylphenylammoniumhydroxyd liefert unter Abspaltung von Aethylen Methylamylphenylamin. Tetramethylammoniumoxydhydrat zeigt dagegen auffallende Verschiedenheit."

Hier wurde Hofmann auf eine seltsame Art unterbrochen.

Ein Mädchen stand plötzlich neben ihm und sah ihn mit großen blauen Augen fragend an. Sie konnte höchstens zehn Jahre alt sein. Verwundert sah er auf die Zobelmütze und den reichen Zobelbesatz ihres Mantels.

„Wie kommst du denn hier herein, mein Kind? Du hast dich wohl verlaufen?"

„Sind Sie Mister Hofmann, der Professor?"

„Allerdings, mein Kind, der bin ich."

„Sagen Sie nicht immer ‚Kind' zu mir. Ich bin die Prinzessin Victoria."

„Ah! —" tat Hofmann höchst erstaunt und machte unwillkürlich eine Verbeugung. „Das nenne ich allerdings einen hohen und überraschenden Besuch." Fragend sah er nach der Tür, ob nicht ein Lakai oder sonst jemand dort stünde. „Hoheit sind ganz ohne Begleitung?" fragte er verwundert.

Die Prinzessin lachte. „Ich bin mit Onkel Clarc im Park spazierengegangen. Er hat mir soviel von Ihnen erzählt, bis ich ihm ausgerückt und hierher gelaufen bin."

Hofmann wurde sehr verlegen. Er wußte wirklich nicht, was er da machen sollte. Das beste wäre wohl gewesen, er hätte die kleine Dame bei der Hand genommen und ins Schloß zurückgebracht. Doch daran hinderte ihn der große und offene Blick des Mädchens.

Inzwischen hatte die Prinzessin sich neugierig umgesehen. „Sie machen hier Chemie, nicht wahr?"

„Ja, ja."

„Was ist das eigentlich: Chemie?"

Hofmann fand die Frage zunächst sehr kindlich und glaubte, am besten verstanden zu werden, wenn er auf eine ebenso kindliche Art antwortete. „Die Chemie", sagte er daher, „ist ein riesengroßes Panoptikum, in dem vorerst nur sehr wenig Figuren beleuchtet sind, und auch diese nur recht spärlich." Doch der halb spöttische, halb gekränkte Blick der jungen Prinzessin änderte seine Meinung mit einem Schlage. „Die Chemie ist die Wissenschaft", sagte er jetzt in vollem Ernst, „die sich mit jenen Vorgängen in der Natur befaßt, bei denen sich die Struktur der Körper verändert. Im Gegensatz zu ihr steht die Physik. Sie beschäftigt sich mit den Vorgängen, bei denen keine Änderung in der Struktur der Körper erfolgt."

Die Prinzessin sah eine Weile nachdenklich vor sich hin. Hofmann merkte an ihrem Gesicht, wie sie sich Mühe gab, sich von dem Gehörten ein Bild zu machen.

„Schauen Sie her, Hoheit!" kam ihr Hofmann zu Hilfe, nahm ein Stück Eisen vom

Tisch und hielt es ihr hin. „Wenn ich dieses Stück Eisen erhitze, wird es anfangen zu glühen. Es wird weich werden, so daß man es in jede Form schmieden kann. Wird es immer weiter erhitzt, so wird es zuletzt schmelzen. Nimmt man die Hitze fort, wird es wieder erkalten. Dieses Glühen wird erlöschen, und die Masse wird wieder dunkel und hart. Das Stück, das ich dann in Händen halte, wird wieder Eisen sein wie zuvor. Es hat nur unter der Hitze seinen Zustand vorübergehend geändert, ist von dem festen in den flüssigen Zustand übergetreten und zurück. Solche Vorgänge behandelt die Physik. Haben Sie das verstanden?"

Die Prinzessin nickte lebhaft.

„Wenn ich aber dieses Eisenstück in Schwefelsäure lege und die Säure lange genug auf das Stück einwirken lasse, dann wird zuletzt das Eisenstück verschwunden sein. Ich werde eine dunkelblaue Flüssigkeit in meiner Schale haben, und wenn ich sie eindampfe, werde ich einen klaren, grünlichblauen Kristall erhalten, wie Sie ihn hier sehen."

Hofmann hatte aus einem Glasgefäß einen bläulichen Kristall genommen und reichte ihn jetzt der Prinzessin. Verwundert verglich sie das Stück Eisen mit dem Kristall.

„Sie sehen, die beiden Körper haben nichts mehr miteinander gemein. Hier handelt es sich um einen Vorgang, bei dem die Körper ihre Struktur ändern. Es entsteht dabei aus zwei Substanzen eine neue Substanz. Die Säure hat mit dem Metall ein Salz gebildet. Aus Eisen und Schwefelsäure ist Eisenvitriol geworden. Mit solchen Vorgängen beschäftigt sich die Chemie."

Die Prinzessin sah noch immer mit glühendem Gesicht bald das Eisen an, bald den Kristall. „Das ist wie ein Wunder", sagte sie und faltete die Hände.

„Die Natur ist voller Wunder, mein Kind."

Eine Weile war es still in dem kleinen Labor.

Dann stöhnte irgendwo eine tiefe Stimme: „Mir fällt ja ein Stein vom Herzen —"

Hofmann und seine junge Schülerin fuhren herum und starrten auf Sir James Clarc, der völlig aufgelöst unter der Tür stand und sich trotz der Kälte den Schweiß von der Stirn wischte. „Es wird Blitz und Donner absetzen, wenn ich das der königlichen Frau Mutter erzähle, Blitz und Donner. Bloß ich erzähle es nicht. Ich werde den Teufel tun. So etwas mache ich nicht. Aber eine Todesangst habe ich ausgestanden, eine wahre Todesangst, liebe kleine Hoheit. Es ist erstaunlich, wie leichtsinnig die Menschen sind. Als ob ein häuslicher Frieden, Leben, Gesundheit nichts wären. Darin sind die Menschen alle gleich, ob sie zehn sind oder dreißig oder sechzig. Was soll man da sagen als Arzt? Sie brauchen mich nicht so anzusehen, Hofmann. Ihre Gattin war bei meiner Frau zum Tee heute nachmittag. Eine wunderbare Frau haben Sie, Hofmann. Sie sollten diese Frau nicht soviel allein lassen, Hofmann. Sie sollten sie vor allem nicht diesem Londoner Nebel aussetzen. Das ist nichts für so zarte Naturen. Ihre Gattin hat mir ihr Leid geklagt. Nicht ihr Leid, das ist nicht der rechte Ausdruck. Sie hat mir ihre Beschwerden gestanden und hat mich zuletzt gebeten, sie einmal näher anzusehen. Ihre Gattin hat Geräusche über den Lungenspitzen, lieber Hofmann, über beiden. Sie sollten sich diese Geräusche zu Herzen nehmen. Damit ist weiß Gott nicht zu spaßen."

„Um Gottes willen, Sir! Was ist mit Helene? Ist sie krank?"

„Ich will Ihnen den Teufel nicht an die Wand malen. Aber ich rate Ihnen allen Ernstes, Ihre Frau aus dieser Umgebung wegzunehmen."

„Ich soll mich von meiner Frau trennen, Sir? Das ist doch nicht Ihr Ernst?"

„Die Lunge, mein Lieber, die Lunge!"

Hofmann mußte alles hergeben, Frau und Kind.

Am Abend vor der Abreise schaukelte er seinen Jungen auf den Knien. Er strich seiner Frau das Haar. Er ging in der Stube auf und ab. Während sie noch hier waren, war er schon der einsamste Mensch der Welt.

Am nächsten Tag brachte er Mutter und Kind nach dem Festland hinüber. Es war eine Flucht aus dem Nebel in das Licht, eine Flucht in das Leben. Er brachte die beiden nach Süddeutschland.

Als Hofmann in Darmstadt den Zug zur Rückreise bestieg, war ihm zumute, als lasse er Brot, Freude und Sonne in dieser kleinen Bahnhofshalle zurück. Er ging einen Kreuzweg, eine Straße der Qual. Er zog den Vorhang vor das Fenster seines Abteils, um die Landschaft nicht zu sehen, die er vor wenigen Tagen noch mit Helene bewundert hatte. Aber auf den Bahnhöfen schrie man ihm die Namen der Stationen in die Ohren, man zwang ihn, daran zu denken, daß er hier der lieben Frau aus dem Wagen geholfen, daß er dort, eine Erfrischung zu besorgen, nach dem Büfett gelaufen war.

In Calais wurde das Schicksal ein wenig milder. Es lag ein anderer Dampfer am Kai. So brauchte er nicht die Reling zu sehen, an der er mit Helene gelehnt hatte, als Frankreichs besonnte Küste ihnen beiden neue Hoff-

nung gab, brauchte die Bank nicht wiederzusehen, wo sie von Liebe zu ihm gesprochen hatte, von der Liebe über den Tod hinaus.

In London fiel das Leben mit aller Gewalt über ihn her, mit all seiner Hast und Unerbittlichkeit. Seine Arbeiten hatten seinen Namen nicht umsonst über das Land und weit über dessen Grenzen getragen. Das Komitee der bevorstehenden Weltausstellung hatte ihn in die Jury gewählt. Die hohen und die höchsten Gerichte suchten sein sacherfahrenes Urteil. Landwirte und Industrielle schickten Proben und baten immer häufiger um Analysen und Rat. Die Regierung trug sich mit der Absicht, das Royal College als Staatsinstitut zu übernehmen. Das bedeutete für ihn, ohne die Nebeneinnahmen, tausend Pfund Sterling Einkommen im Jahr.

In seiner Wohnung aber standen die Stühle leer und das Bett verlassen da. Zwar brannte im Kamin alle Abend ein Feuer, aber das Feuer schien ihm ohne Wärme, und er fror in der Nähe seiner Glut. Kein Auge leuchtete mehr auf, wenn er die Stube betrat, keine Hand, keine Stimme verscheuchte ihm mehr die Gedanken des Tages. Der Teekessel stand noch da, doch er sang nicht mehr. Es war keine Trennung wie dereinst. Damals kamen Briefe, die voll Hoffen und Verlangen waren. Auch jetzt kamen diese Briefe wieder, sprachen wie damals von Liebe und Sehnen, aber ihre Sprache wurde müder mit jedem Mal.

Es war Sitte geworden in London, daß Hofmann von Zeit zu Zeit vor den Koryphäen der Wissenschaft berichtete. Neuerdings verlangte auch die große Oeffentlichkeit immer stürmischer, ihn zu hören. Er galt als Schöpfer der englischen Chemie, als Gründer und Bauer des Royal College of Chemistry, das heute schon auf gleicher Höhe schritt wie das weltberühmte Institut des Professors Justus Liebig. Er hielt diese Vorträge in der großen Aula der School of Mines. Diese Abende überboten noch die Gala-Abende in der Königlichen Oper.

Auch an diesem Abend füllte die große Gesellschaft Englands den weiten Saal bis auf den letzten Platz, und die Königin selbst mit ihrem Gefolge gab dieser sonst so nüchternen Halle einen festlichen Glanz.

Als Hofmann das Rednerpult betrat, empfing ihn ein brausender Beifall. Betroffen sah er auf das Gewoge zu seinen Füßen. Sein Blick glitt über die Menschen hin, lief hinauf zu der kleinen Galerie, die für diesen Abend als Loge hergerichtet war. Dort saß die Königin und neben ihr Prinz Albert mit der kleinen Prinzessin Victoria. Die Prinzessin winkte ihm mit beiden Händen zu, bis Sir Clarc ihr mit einem leichten Griff die Hände wieder auf die Brüstung legte. Die Königin grüßte lächelnd herüber und auch der Prinz hob die Hand und winkte.

Eine warme Welle überkam Hofmann in diesem Augenblick. Er fühlte zutiefst die Gnade, die Gunst, die aufrichtige Freundschaft, die ihm hier stürmisch entgegenschlugen. Es trieb ihn, sich dankbar zu zeigen. Er verbeugte sich, und unwillkürlich ging seine linke Hand zum Herzen. Wie aber seine Hand das Pochen des Herzschlages fühlte, brach vor seinem inneren Gesicht das leuchtende Bild einer weiten heiteren Landschaft auf. Er sah Godesberg im Tal, den Rhein, die fernen blauen Hügel. Eine Sekunde lang stockte sein Herz. Ein wildes Heimweh hatte dieses Herz gepackt. Wie ein schmerzender Krampf löste sich die Vision zu einem wohligen Behagen. Der weite Saal wurde zur kleinen Stube der Bonner Universität, in der zehn Hörer vor dem neugebackenen Privatdozenten saßen. Das Gesicht einer Dame, die dicht vor ihm saß, wurde zu Helenes Gesicht.

So begann Hofmann zu sprechen.

Er sprach frei. Schon nach den ersten Worten verließ er das Pult, dessen Nähe ihn doch nur beengte, und trat an die Rampe. Er sprach vom Forschen, als der Tätigkeit des menschlichen Geistes, von Wissenschaft und Weltanschauung, von dem Glück, das die Erkenntnis dem Menschen brächte. Er nannte Alexander von Humboldt. Er sprach leicht, gewandt und mitreißend. Totenstille herrschte im Saal. Er sprach von der Gemeinschaft der Forscher aller Länder. Er nannte Berzelius, Gay-Lussac und Liebig. Er nannte Runge und erschrak im stillen. Er kam auf die organischen Basen und endete beim Anilin.

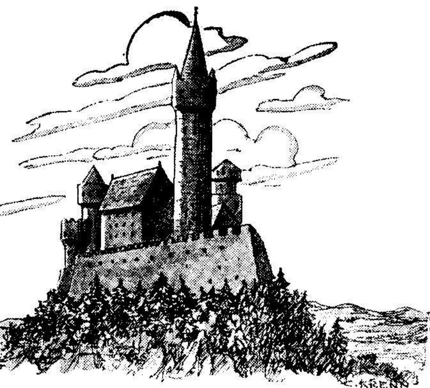
Ein Donner der Begeisterung dankte seinen Worten.

Als er endlich das Studierzimmer des Auditoriums betrat, kam ihm Prinz Albert entgegen und schüttelte ihm die Hand. Mit dem Prinzen war Sir James Clarc gekommen, sowie eine Anzahl Damen und Herren, die alle Hofmann umdrängten.

Allmählich rüstete man zum Aufbruch. Ein Bankett sollte diesen Vortragsabend beschließen. Der Prinz war schon mit seinem Gefolge vorausgegangen. Nur Sir Clarc und der Mitbegründer des College, Lord Ashburton, waren zurückgeblieben, um Hofmann zu begleiten.

Hofmann hatte schon den Mantel an, war gerade im Begriff, mit den Herren das Zimmer zu verlassen, als ihm sein Famulus einen Brief überreichte.

(Fortsetzung folgt)



Vom Bergfried aus

Demontage - Wahnsinn

Von *Henry Wilde.*

Noch bevor diese Zeilen im Druck erscheinen werden, werden die anglo-amerikanischen Besatzungsbehörden in Deutschland ein neues Dokument politisch - wirtschaftlicher Torheit auf den Tisch des Hauses geknallt haben: eine neue, angeblich die letzte Liste über abzumontierende Betriebe. Während also vom Marshall-Plan und seinen Segnungen diskutiert wird, wird im alten Morgenthau-Geist der verhängnisvollen Politik von Potsdam gehandelt. Daß nichts Gutes dabei herauskommen kann, ist eine billige, weil allzu leichte Voraussage für alle, die das A-B-C der internationalen Politik beherrschen.

In Deutschland herrscht eine begreifliche Erregung. Ein Winter ungeahnter Leiden steht bevor, schlimmer als der Winter des Jahres 1946—47, der mit seinem Hunger und seiner Kälte bereits so viele Opfer gefordert hat. Man predigt den hungernden Menschen: ihr müßt arbeiten und produzieren, um exportieren und leben zu können. Man gibt ihnen papierene Versprechungen: wir wollen euch helfen, wieder selbständig euer Leben zu verdienen, wir billigen euch eine höhere Produktionsrate zu. Was die Deutschen aber sehen, was sichtbare und greifbare Wirklichkeit ist, reimt sich für sie, denen es offensichtlich am subtilen Denken der alliierten Staatsmänner gebricht, nicht mit solchen Versprechungen. Es wird munter demontiert und zerstört. Luftschutzkeller, die wahrhaftig keine Angriffswaffen sind, dafür aber als Behelfswohnungen und Krankenhäuser, wenn auch sehr häßliche, dienen, werden mit ungeheurem Aufwand an Sprengmitteln in die Luft gejagt. An die frische Winterluft mit den Wohnungslosen und Kranken! Wenn die in der Nähe solcher Bunker liegenden Wohnungen beschädigt werden, umso schlimmer. Die Alliierten sind als Sieger, nicht als Befreier nach Deutschland gekommen.

Es ist zu Proteststreiks gekommen. Die Homag, d. h. die Holsteinische Maschinenfabrik A. G., in Kiel hat erst vor kurzem ihre Produkte auf der Exportmesse in Hannover ausgestellt. Das war entweder ein Versehen oder ein kleiner britischer Scherz. Denn die Homag soll abgebaut werden, weil sie früher einmal ein militärischer Betrieb war. 1800 Arbeiter werden dort mit Reparaturen von Dieselmotoren, Lastkraftwagen und Motoren für Fischerboote beschäftigt. 3000 Arbeiter könnten dort gut und gerne Arbeit finden. Die Alliierten aber, die den Deutschen helfen wollen, bestimmten es anders. Als sich die Arbeiter weigerten, mit der Demontage ihr eigenes Grab zu schaufeln, marschierte britisches Militär ein, um mit Gewehren und Bajonetten die dummen Arbeiter zu *demokratischer* Raison zu bringen. Ein zweistündiger Proteststreik war die Antwort.

Im Ruhrgebiet gehen wilde Gerüchte um. Möglicherweise sind sie übertrieben. Die Scharfmacher von ganz links und ganz rechts aber haben eine leichte Arbeit. 900 bis 1800 Fabriken, heißt es, sollen demontiert werden, darunter nach einer Meldung der Associated Preß „Deutschlands gesamte Kugellagerindustrie, buchstäblich alle sogenannten Friedensabteilungen der großen Kruppwerke und drei Fabriken, welche Maschinen und Vorrichtungen zur Förderung von Kohle herstellen . .“

Wie tief die Empörung in allen Kreisen der deutschen Bevölkerung ist, geht aus Aeußerungen deutscher führender Persönlichkeiten hervor. So offen, klar und mutig ist bislang noch nicht gesprochen worden.

Der Wirtschaftsminister des „Landes“ Niedersachsen, Alfred Kubel, hat auf die zu erwartenden Anwürfe und neuen Hetzkampagnen der Morgenthau-Anhänger in England und Amerika bereits die Antwort vorweggenommen: „Nennen Sie es nicht Nationalismus oder Radikalismus, wenn wir nicht mehr mitmachen ... Aber wir vermögen nicht einzusehen, weshalb weitere Zerstörungen durchgeführt werden sollen, wenn wir den schlimmsten Winter in Westeuropa erwarten...“

General Clay vermag in den warnenden Beschwörungen dieser deutschen Wortführer nicht

die Sorge und Verzweiflung um die Existenz eines ganzen Volkes herauszuhören. Er scheint nur erregt darüber zu sein, daß Deutsche es wagen, sich nicht in demütigem Schweigen einer neuen katastrophalen Dummheit der Alliierten zu beugen. Das Zuckerbrot fallen lassend, schwingt er die Peitsche des Hungers: „Falls die deutschen Gewerkschaften sich weigern sollten, Befehlen nachzukommen, können sie kaum erwarten, daß wir weitere Lebensmittel nach Deutschland verschiffen."

Die geplante Demontage deutscher Werke und Fabriken in der englischen und amerikanischen Zone, deren Wert auf eine Milliarde Dollars veranschlagt wird, wird unter allen Umständen durchgeführt werden, sagt der General. Die Summe sei sowieso geringer, „als das, was Deutschland in einem Okkupationsjahr von den Vereinigten Staaten und Großbritannien erhält". Doch: „Wenn wir sagen, daß ein Werk abgewrackt wird, dann wird es abgewrackt werden." Die Militärbehörden seien auf alle Eventualitäten gefaßt und würden notfalls Truppen einsetzen.

Zur Drohung kommt der Hohn: „Es ist niemals angenommen worden, daß die Reparationen den Deutschen gefallen werden. Es ist indessen eine Tatsache, daß niemals in der Geschichte eine besiegte Nation

rücksichtsvoller behandelt wurde als Deutschland ... Intelligente Deutsche müßten sehen, daß die Demontage sorgsam geplant und darauf berechnet wurde, daß eine gut integrierte Wirtschaft möglich bleibt ..."

Wozu nur zu sagen ist: offenbar befinden sich in Deutschland überhaupt keine intelligenten Menschen mehr, denn k e i n Deutscher sieht das ein. Die Intelligenz, auf die Amerikaner und Engländer nach Clay ihre eiserne Faust gelegt haben, stand Pate, als in Yalta und Potsdam die alliierte Deutschland-Politik aus der Wiege gehoben wurde. Dieselbe Intelligenz hat die neue Demontage-Liste aufgesetzt. Dieselbe Intelligenz diktierte die rücksichtsvolle Milde, mit der die Deutschen überhaupt behandelt worden sind: der fruchtbare Osten abgetrennt, 12 Millionen Menschen aus ihrer Heimat verjagt, das ganze Land in ein Mandel lächerlicher Ländchen aufgeteilt, die Industrie abgebaut ...

Das Hohngelächter, das der Erklärung des General-Historikers folgte, wurde von derselben Intelligenz und dem Gespenst des Hungertodes angestimmt.

In dem von der Wirtschaftsabteilung der amerikanischen Militärregierung herausgegebenen Buch „A Year of Potsdam", zu dem General Draper das Vorwort schrieb, heißt es (auf Seite 35) im Stile eines Siegesberichtes wie folgt:

„Das Reparationsprogramm in der US-Zone hat große Fortschritte gemacht seit dem 15. Juni 1945, als die großen Reparationsprinzipien von den Regierungen der Vereinigten Staaten, des Vereinigten Königreiches und der Union der Sowjet-Republiken niedergelegt wurden. In den zwölf Monaten, die folgten,

wurden Kriegsbetriebe zerstört;

wurden Reparationsbetriebe abgebaut;
wurde eine Viermächte-Betriebsschätzungs-Formel angenommen und angewandt;
wurden Reparationsbetriebe auf Vorschuß zugeteilt;
wurde mit der Lieferung von Reparationsmaterial begonnen.

„Ungefähr 17.000 Personen arbeiten in der US-Zone an dieser oder jener Phase der Reparationstätigkeit — Zerstörung, Demontage, Verschiffung, Abschätzung, Verwaltung, Statistik.

„Am 1. August 1946 waren 156 Betriebe in der US-Zone vom Wirtschaftsdirektorat für Reparationen bestätigt worden. Die vorgesehenen Industrien schließen ein: Flugzeuge, Waffen, Chemikalien, Maschinenbau, Metall, Oel und Schiffbau ..."

An anderer Stelle heißt es (Seite 37):

„Am 31. März 1946 wurde die erste Ladung von Reparationsmaterial — von der mächtigen Kugelfischer Kugellagerfabrik in Schweinfurt — auf Eisenbahnwagen verfrachtet und nach Bremen geschickt, um weiter nach der Sowjet-Union verladen zu werden. Seitdem ist Reparationsmaterial nach Bremen verschickt worden von drei weiteren Fabriken: Daimler-Benz Unterirdische Flugzeugmotoren-Fabrik, Deschimag Schiffswerft und Gendorf Elektrizitätswerk.

„Am 1. August waren 11.100 Tonnen Reparationsmaterial von diesen Fabriken, die alle „Vorschußlieferungen" darstellten, im Hafen von Bremen zur Weiterleitung auf dem Wasserwege nach der UdSSR zur Verfügung gestellt worden ..."

Es folgt dann eine Liste von 120 Fabriken in der amerikanischen Zone, die am 1. September 1945 entweder völlig oder teilweise zerstört und abgebaut waren. Einige davon sind: Kugelfischer Georg Schäfer in Schweinfurt (Kugellager); Bayrische Motorenwerke No. 1 in München (Flugzeugmotore); Deutsche Schiffs- u. Maschinenbau AG., genannt Deschimag in Bremen (Schiffsbau); Großkraftwerk AG. in Mannheim (hier hatte die Demontage noch nicht begonnen); Klöckner-Humboldt-Deutz in Oberursel (Dieselmotore); Fritz Müller in Obereßlingen (Maschinenwerkzeug); Kraftwerk in Gendorf-Bayern; Kraftwerk Hastedt in Bremen; Töging AG. Innwerk in Töging-Bayern (Kraftwerk); Fabrik Eschenruth (Maschinenwerkzeug) ...

Demontiert wurde und wird in allen Zonen. Erst jetzt hat, wie die französisch-kontrollierte Nachrichtenagentur Südena berichtet, die Zentralverwaltung für Verkehr der Ostzone eine Denkschrift veröffentlicht, in der zum erstenmal amtliches Material über die Demontagen der Eisenbahn bekannt gegeben wird. Danach gibt es in der Ostzone nur noch drei Hauptstrecken, die zweigeleisig befahren werden können, nämlich die Verbindungen Magdeburg—Marienborn (Helmstedt, Wittenberg—Erfurt und Berlin—Frankfurt/Oder). Auf den Strecken Leipzig—Magdeburg und Dessau—Wittenberg wird gerade jetzt das zweite Geleise demontiert. Besonders im argen liegt der Betrieb auf der früheren Hauptverbindung Berlin—Leipzig. Am schlimmsten jedoch sind die Verhältnisse im Direktionsbezirk Greifswald. Dort sind 30 Strekken völlig beseitigt oder seit 1945 nicht mehr in Betrieb genommen. Bei der Reichsbahndirektion Berlin sind 15 Strecken ausgefallen. Die demontierte Streckenlänge in der Ostzone beträgt insgesamt 7.000 Kilometer.

* *

Die Unwirtschaftlichkeit der Demontagen kann am besten an einzelnen konkreten Beispielen gezeigt und verstanden werden. Nehmen wir das Kruppsche *Hüttenwerk Borbeck*, das moderne Hochofen-, Stahl- und Walzwerk, das zugunsten der Sowjet-Union demontiert wurde. Es verfügte über eine Stahlkapazität von jährlich 4.500 Tonnen. Der Anschaffungswert der gesamten Anlage betrug 120 Millionen Reichsmark. Entsprechend der Definition für Reparationslieferungen wurde der Anschaffungswert der beweglichen Teile zunächst auf 60 Millionen geschätzt, dann aber von der russischen Bewertungskommission auf schließlich nur 45 Millionen veranschlagt. Nach Abzug der erheblichen Demontagekosten werden von der Sowjetunion nur noch 9,5 Millionen auf Reparationskonto gutgeschrieben. Das ist nur ein Bruchteil des Wertes einer Jahresproduktion des Werkes. 9,5 Millionen für 120 — und dabei wird der Verlust an brachliegender Arbeitskraft, die Einbuße an mög-

lichem Export von Stahlfertigwaren u. ä. gar nicht eingerechnet.

Nach einer fachmännischen Schätzung vom April dieses Jahres betrugen die Kosten für den seit März 1946 in Gang befindlichen Abbau der Anlage rund 20 Millionen. Etwa 3000 Arbeiter waren bis dahin mit der Demontage beschäftigt. Das Gesamtgewicht der abzuliefernden Teile beträgt 91 Tausend Tonnen; bis zum 25. Januar 1947 waren 28.700 Tonnen verschifft worden; der Gesamtholzverbrauch dafür betrug 3.050 Kubikmeter, wofür etwa 3000 Schlafzimmer hätten hergestellt werden können.

Die Fundamente und Werkhallen können nicht demontiert werden und bleiben als nicht verwendbare Reste zurück. Wie weit die ausgebauten Betriebsteile an einer anderen Produktionsstätte ihrem ursprünglichen Verwendungszweck tatsächlich wieder zugeführt werden können, läßt sich schwer sagen. Bei den Walzwerkanlagen wird dies vielleicht möglich sein. Dagegen liegen noch keine Erfahrungen darüber vor, ob abgebrochene Hochöfen an anderer Stelle wieder so aufgebaut werden können, daß mit ihnen die Roheisenproduktion wieder aufgenommen werden kann. Von deutschen Fachleuten wird diese Möglichkeit ernstlich bezweifelt. Es besteht daher die Gefahr, daß die mit so viel Mühe und Kosten aufgebauten Hochofenanlagen für den Empfänger nur noch Schrottwert haben werden.

Ein deutscher Fachmann und Gewerkschaftler, dem ich die angeführten Daten verdanke, sagte: „Die Demontage von schweren Anlagen der Grundstoffindustrie erweist sich somit als ein Reparationsbeitrag von zweifelhaftem Wert. Die Erhaltung solcher Anlagen und die Abführung eines Teiles ihrer Produktion für Reparationszwecke wäre sicherlich ein wirtschaftlicheres Mittel zur Wiedergutmachung als die in ihrem Nutzen gerade auch für die Empfänger immer fragwürdiger erscheinende Demontage solcher Art". Und wer wollte das zu bestreiten wagen, wenn er die 91.000 Tonnen des abzuliefernden Gesamtgewichtes der Hochöfen, Cowpers, Siemens-Martin-Oefen, Walzwerköfen, Rennanlagen usw. umrechnet auf den gutgeschriebenen Wert von 9,5 Millionen Mark und dabei zu dem Ergebnis kommt, daß sich ein durchschnittlicher Anrechnungswert von etwa 100 Mark pro Tonne ergibt — d. h. etwas mehr als das Doppelte des Schrottwertes!

Sehen wir uns kurz noch das Beispiel der demontierten Deschimag-Werften in Bremen an. Die erste Wertermittlung am 20. Dezember 1945 betrug 26 Millionen Mark; auf Grund der neuen alliierten Richtlinien wurde im März—April 1946 nur noch ein Betrag von 8,5 Millionen eingeschätzt, der durch eine russische Schätzungskommission am 18. April 1946 auf 4,8 Millionen herabgesetzt wurde. Aus dem Holzbedarf für die Verpackung von etwa 4—5000 Kubikmetern hätten 5000 Schlafzimmer angefertigt werden können.

Die Unwirtschaftlichkeit der Demontagen kann somit von niemandem ernstlich bestritten werden, dem nicht der Morgenthau- und Potsdam-Geist völlig die Denkfunktionen verwirrt hat. Der Raubbau an der deutschen Industrie, auch und gerade an der für eine arbeitsfähige Wirtschaft nötigen Friedensindustrie hat die ökonomische und moralische Lähmung Deutschlands zur Folge und wird auch den Reparationsempfängern wenig oder gar nicht nützen.

Die Deutschen, denen diese Tatsachen bekannt sind, haben eben nicht die von General Clay geforderte „Intelligenz", um einzusehen, „daß die Demontage sorgsam geplant und darauf berechnet wurde, daß eine gut integrierte Wirtschaft möglich bleibt". Sie glauben und fürchten das Gegenteil für Deutschland und den gesamten europäischen Kontinent.

Diejenigen, die mit der Idee von zusätzlichen Profiten durch die Ausschaltung der deutschen Konkurrenz spielen, werden sehr bald zu verspüren bekommen, daß mit einem verelendeten Deutschland die europäische Wirtschaft, und mit einem verelendeten Europa die Weltwirtschaft nicht ins Gleichgewicht kommen kann.



Mag er noch so oft enttäuscht worden sein in seinen Erwartungen, der Mensch beginnt jedes neue Jahr mit Hoffnungen, mit alten oder neuen, es bleibt sich gleich, denn die Not, heute das Symbol der Zeit, kann nur ertragen werden, solange der Mensch auf eine Besserung hofft: und beschließt er im Grabe den müden Lauf, noch am Grabe pflanzt er die Hoffnung auf.

Es ist nicht der Zauberschein neuer Hoffnungen, der den Jahresbeginn begeisternd erhellte, sondern das müde Flackern des alten und aus dem vergangenen Jahr geretteten, im tiefsten Innern ängstlich gehüteten Lichtes, das starke Herzen nur schützen können vor dem völligen Verlöschen, denn der kalte Wind springt immer wieder wie eine Hyäne aus dem Dunkel heraus auf den kargen Schein. ... ...

Mit dem Jahr 1947 gingen 32 lange Monate zu Ende, seit das Getöse des großen Krieges schwieg, doch das gefahrdrohende Rollen eines allgemeinen Erdbebens setzt sich in unheilvollem Rhythmus fort und die Welt vermag nicht an den Frieden zu glauben, dessen Einzug man vor bald drei Jahren mit verkrampftem Pomp und Prunk zu verkünden sich abmühte. ....

Die auserwählte (von wem?) Gruppe von Männern, die auf der öffentlichen Bühne der internationalen Konferenzen und Versammlungen seit Jahr und Tag einen Titanenkampf ausfechten, um den widerspenstigen Frieden zu zwingen, auf die Erde niederzusteigen, werden nicht müde, uns von ihrem guten Willen und vom Einsatz all ihrer Energien zu erzählen, jenes hohe hehre Ziel zu erreichen, von dem die Atlantikcharter sang und das auf dem Banner der „Vereinigten Nationen" in lockenden Farben prangte.

Doch wo ist diese von keinem Menschenauge je gesehene geheimnisvolle Macht, gegen die Regierungen kämpfen, die einen Erdteil unter ihrer Macht begruben und in Schutt und Asche zu legen vermochten, die ein 80-Millionenvolk verhungern lassen können, die Millionen und Milliarden ausgeben können zur Herstellung von Zerstörungswaffen, die ihrer Natur nach völlig ohne Wirkung sind auf kämpfende Heere und nur in der schlagartigen Vernichtung von Millionen von Menschen in großen Städten ihre sinnvolle Anwendung finden können.

Liegt nicht die Erde, liegen nicht die Völker machtlos zu Boden vor diesen Herren der Welt? Gilt nicht ihr Wille uneingeschränkt in allem, was Menschenwille zu bestimmen vermag? Und hängt nicht Frieden oder Krieg vom Willen der Menschen ab? Wo sind sie, die den Frieden nicht wollen?

Es ist in der Tat ein seltsames Geschehen, was der Welt heute als internationale Politik geboten wird, und man ist versucht, an eitel Blendwerk und Spiegelfechterei zu glauben, wenn man von „Friedensverhandlungen" oder „Friedensbemühungen" vernimmt. Da die Besiegten völlig ausgeschaltet sind, so können sie keine Verantwortung oder Schuld tragen an der immer mehr zerfallenden Ordnung und Sicherheit der Welt; diese Last tragen allein

die Sieger. Und noch nie ward größere Macht in die Hände einer Siegerkoalition gegeben als am Ende des zweiten Weltkrieges den sogenannten „Vereinigten Nationen", d. h. praktisch den tonangebenden 4 Großmächten. Ist diese Macht, durch Ströme von Blut und die Vernichtung Europas erkauft, zum Besten der verkündeten Ideale verwendet worden? Die Antwort lautet nein. Da müssen wir weiter fragen: Warum nicht? Man wird uns zunächst, an der Oberfläche der Dinge bleibend, zur Antwort geben: die als ein geschlossener Block gegen Mitteleuropa aufgetretene Koalition ist in zwei feindliche Gruppen zerfallen: Moskau und Washington. Dieser Gegensatz hindert die Befriedung der Welt und droht mit einem neuen in seinen unabsehbaren Folgen weit katastrophaleren Kriege. Wir müssen weiter forschen, und da springen schon die Fragezeichen wie Fontänen aus dem Boden: Wer trägt die Schuld an diesem Zerfall? Wer hat die gemeinsamen Ideale verraten? (Waren solche überhaupt vorhanden?) Ist es Verrat an den Idealen durch eine Seite oder durch beide? Geht es jetzt um andere Ziele und um welche? Vertritt noch eine Partei die proklamierten Ideale und wer von beiden? Oder keiner von beiden. Und warum werden dann die neuen Ziele nicht der Welt bekanntgegeben?

Kein Gerichtshof wird je diese Fragen zur Entscheidung vorgelegt bekommen, geschweige denn jemals beantworten. Doch die Geschichte wird dieses Amt eines Tages übernehmen. Bis dahin muß jedoch die Menschheit sich schlüssig werden über die kommende Entwicklung. Offensichtlich hat sich die Welt in einem Kreis bewegt und steht wieder an einem Ausgangspunkt, der seltsam bekannt ist, und der nichts Gutes verheißt. Soll ein neuer Umlauf beginnen in der gleichen blutgezeichneten Bahn? Es will uns scheinen, daß es an der Zeit ist, die bisherigen Bahnen zu verlassen, mit neuen Menschen und neuen Gedanken sich herauszuwagen aus den magischen Geleisen, auf denen das Teufelsrad der internationalen Politik die Völker durcheinander wirbelt und in den Abgrund schleudert.

Noch hören wir immer wieder die gleichen Losungen, die schon so viel Blut gekostet haben, die gleichen leeren Schlagwörter surren und schwirren wie Vampyre durch die nachtdunkle Luft, es ist das dritte Mal in einem kurzen Menschenleben, daß sich das Feldgeschrei erhebt zur Rettung wesenloser Schemen, vertrockneter Doktrinen, die keinen Hund mehr vom Ofen locken dürften, die unwirklicher sind als ein Opiumtraum und gefährlicher als ein Sumpf dem Wanderer in sternenloser Nacht.

Vor 32 Monaten wurden die Kräfte des Guten des Bösen auf dieser Erde Herr, so will es das Dogma, das mit eiserner Stirn sich hält gegen Sinn und Vernunft. Und jetzt taucht aus den Reihen dieser guten und segensvollen Kräfte eine neue Drohung auf gerade von dort, wohin die meisten Lorbeeren geschüttet wurden.

Vor 32 Monaten war die Sowjetunion der Retter der Zivilisation, „First Line of Democracy!" (sic!), ein friedliebender, friedvoll seiner

Arbeit und dem Schutze der Religion und der Freiheiten lebender Staat, der nicht um territorialer Erwerbungen, nicht um der Machterweiterung willen zu den Waffen gegriffen hatte, sondern der von lauterem Idealismus beseelt, sich für die Zivilisation dieser ach so schönen und volkommenen Erde opferte. Jetzt heißt man den gleichen Staat einen reißenden Wolf und Störer des Friedens, der weiter und weiter drängt und die übrige Welt nicht die Segnungen des Fortschritts, der Freiheit und des Friedens genießen läßt.

Wie ist all dies eigenartige Geschehen, dieser Wandel über Nacht zu erklären? Sollen wir denn annehmen, daß die Welt einer ungeheuren Lügenkampagne zum Opfer gefallen ist? Und wer ist dann der Urheber dieser Lügen und bewußten Täuschungen? Wo sind die Verantwortlichen?

Die Frage heischt Antwort: Hat sich ein Wandel vollzogen in der sowjetrussischen Politik, ein überraschender Frontwechsel, den niemand voraussehen konnte und der die Welt vor eine ganz veränderte Lage stellt? Hat man in Moskau, Teheran, Yalta und in Potsdam nichts davon gewußt? Hat man die Welt verteilt und dem Wolf im Schafskleide ein großes, entscheidendes Stück überlassen, ohne den stinkenden Atem dieses reissenden Tieres als Tischgenossen zu bemerken? Hat man einen Verbrecher zum Mithüter der Ordnung und des Friedens gemacht; der nachts mordet, sengt und raubt, am Tage im Frack als gesitteter Bürger promeniert und Moral predigt?

Wie ist die Welt in die heutige Sackgasse gekommen?

Sind die Staatsmänner, die die Allianz mit dem, den man heute als den Teufel erkannt hat und brandmarkt — mit Churchill in beiden Fällen an der Spitze! — eingingen, die die sowjetische Macht nach Kräften stärkten und förderten, einer falschen Einschätzung der Moskauer Ziele zum Opfer gefallen? Sind sie Illusionen und Täuschungen erlegen?

Diese Frage ist — wieder mit Churchill an der Spitze — eindeutig zu beantworten: Keiner der erfolgreichen Kriegs- und und erfolglosen Friedensmacher könnten sich erkühnen, den von einem sowjetischen Doppelspiel Betrogenen zu spielen, zu offen ist stets die weltrevolutionäre Einstellung der Moskauer Politik gewesen, und zahlreich sind die englischen Zeugnisse über die Gefahr des Kommunismus, Stöße von Dokumenten sind vorhanden, die einwandfrei beweisen, daß London von den ersten Tagen des bolschewistischen Blutrausches an von seinen Vertretern über das wahre Gesicht des Weltbolschewismus auf dem Laufenden gehalten wurde; Churchill vor allem, der typischste Vertreter der britischen Geldaristokratie, hat sich über den Kommunismus nie Irrtümern hingegeben. Von nordamerikanischen Journalisten selbst ist es offen ausgesprochen, daß diejenigen, die heute vergeblich mit den Sowjets einen Friedenszustand für Europa zu erreichen suchen, die gleichen seien, die seit den Tagen des gemeinsamen Krieges die Moskauer Methoden und Ziele genauestens kennen

lernten (spät genug, meinen wir, wenn sie es vorher noch nicht wußten!)

Warum wurde aber der Bund mit dem bolschewistischen Gottseibeiuns eingegangen, der drauf und dran war, von deutschen Waffen aus der Welt geschlagen zu werden? Warum wurde er gestärkt und gekräftigt, warum ihm neues Blut zugeführt, damit er in Europa einfallen konnte; wo man ihn heute gern wieder heraushaben möchte? Die Antwort lautet, und daran gibt es kein Deuteln: Um Deutschland zu vernichten. Die Vernichtung Deutschlands aber bedeutet, und auch das ist längst mit aller Klarheit ausgesprochen worden, den Ruin Europas, und nicht nur den Ruin, sondern damit die Auslieferung an den Moskauer Bolschewismus, vor dem sich der Kapitalismus mit Recht fürchtet. Und von Europa greift der Bolschewismus leicht nach Afrika über, und da er gleicherweise in Asien vordringt, bleibt als letzte erstrebenwerte Beute nur noch Amerika übrig. das er seinem inneren Gesetz der Expansion herausfordern muß.

Wie ist dieser zwangsläufig vor sich gehenden und von Anfang an doch vorausgesehenen oder voraussehbaren Entwicklung zu begegnen? Entweder durch einen Krieg, der alles aufs Spiel setzt und mit der Vernichtung der weißen Rasse und ihrer Kultur enden kann, und dies mit großer Wahrscheinlichkeit, oder durch den Versuch, in letzter Stunde der Moskauer Ideologie eine überlegene Idee entgegenzusetzen, eine Idee und keine flatternden Schemen verbrauchter und ausgeschöpfter Konstruktionen, eine Lösung der seit Marx die Welt bewegenden und in steigender Spannung haltenden sozialen und wirtschaftlichen Probleme, die nach dem ersten Weltkriege offen zutage traten und heute zu gefährlicher Sturmflut angewachsen sind. Diese Sturmflut geht gegen die Gewaltherrschaft des Kapitalismus, — wie sollte der Kapitalismus aus sich heraus und aus seiner Defensive eine Idee finden können. die er ja nur suchen würde um seine Herrschaft gegen die vom Kommunismus jetzt unter der roten Blut- und Terrorfahne gesammelten und aufgeputschten Sturmscharen zu retten? Tragen nicht diese heranrückenden Rotten schon längst die Losungen vor sich her, mit der bisher der Kapitalismus die arbeitenden Massen düpierte und weiter zu düpieren sucht?

Wo ist die rettende Idee gegen den Bolschewismus, von der man soviel spricht und schreibt, und von der Wallace, der sie auch nicht auf dem Präsentierteller hat. einmal sagte, nur durch ein solches Mittel könnte der Kommunismus bekämpft werden und seiner Gefahren entkleidet werden? Wir richten diese Frage an diejenigen, in deren Händen das Schicksal der ganzen Menschheit heute liegt, die nach diesem Einfluß und nach dieser Machtstellung strebten und der Welt Versprechungen einer besseren Zeit gaben. Aber wir werden keine Antwort erhalten.

Man gebe sich keinen Hoffnungen hin: wer die Zeichen nicht begreift, wer den kommenden Sturm nicht nahen fühlt, wer salbungsvoll in Ignoranz und Aberglauben den Grund der Din-

ge nicht sehen will und durch leere Zauberformeln und Handauflegen den zuckenden Körper der Menschheit heilen will, der bereitet nur den Weg des Unheils vor. Es gilt, Vorurteile und veraltete starre Lehren und auch krampfhaft vorgehaltene Masken über Bord zu werfen, denn unter diesen Lasten wird das Schiff der weißen Völker vom Sturm verschlungen werden. Es gilt vor allem die Irrtümer und groben Fehler, auch böse Vorsätze einer verfehlten Politik einzusehen und in letzter Stunde das Steuer radikal herumzuwerfen. Es gilt die Männer zu finden, die den Mut zu solchen Eingeständnissen haben, die falschen Götzen vom Throne stoßen und falsche Priester aus dem Tempel jagen — sonst werden Götzen, Priester und Tempel vom Bolschewismus in Stücke geschlagen und dem Erdboden gleich gemacht. Und mit ihnen werden die vernichtet, die mit Blindheit geschlagen, Priester und Götzen verteidigen wollen.

* * *

Die Londoner Konferenz der Aussenminister wurde ergebnislos am 15. Dezember abgebrochen. Nur das Datum des Abbruches kam als Ueberraschung und neues Faktum, alles übrige hat niemandem etwas Neues gebracht.

Der USA-Staatssekretär Marshall faßte in seiner Leichenrede die Lage folgendermaßen zusammen.

1. Wir sind offensichtlich zu einer grundsätzlichen Meinungsverschiedenheit gelangt:

2. Wir haben keine Einigung erzielt über den Vertrag mit Österreich;

3. Wir haben keine Einigung erzielt über das, was eigentlich „Deutschland" ist;

4. Wir haben keine Einigung darüber erzielt, was „Deutschland" eigentlich sein soll,

5. Wir haben keine Einigung erzielt über die Finanzfragen;

6. Wir haben keine Einigung erzielt über die Gestaltung der deutschen Wirtschaft.

7. Es ist offensichtlich, daß ein Übereinkommen nur möglich ist auf der Grundlage der Versklavung des deutschen Volkes; (Sieger also: Morgenthau!)

8. Die Wahrheit ist, daß die Besatzungsmächte die Schuld tragen an der Zerstückelung Deutschlands;

9. Es ist also zwecklos, daß wir weiter diskutieren, es ist besser wir heben die Sitzungen auf!

Wir haben hier ein Dokument, wie es die Weltgeschichte noch nicht gesehen hat, wir setzen es ohne Kommentar hierher, um es in seiner phantatischen Ungeheuerlichkeit wirken zu lassen. Vielleicht wird sich die Welt doch darüber einig, daß die geballte Macht von Bankerotteuren keine goldenen Zeiten herbeiführen kann.

Wir können nur die Bilanz fortsetzen, die mit eherner Folgerichtigkeit sich aus den Feststellungen Marshalls ergibt:

10. Wir sind also unfähig, der Welt den Frieden zu bringen;

11. Wir sind unfähig, unsere Versprechungen einzuhalten;

12. Wir sind unfähig, Europa wieder aufzubauen;

13. Wir sind unfähig, Europa vor dem Bolschewismus zu schützen;

14. Wir sind unfähig, den Völkern die Freiheit wiederzugeben, die sie an Moskau verloren haben;

15. Wir sind unfähig, den andern Völkern die Freiheit zu sichern, die Moskaus Zugriff wehrlos ausgeliefert sind.

Mit einer solchen negativen Bilanz zum Abschluß des dritten Jahres seit Einstellung der Feindseligkeiten ist offensichtlich, daß neue Wege beschritten werden müssen. Nichts wird sich ändern, wenn Behelfsmittel angewendet werden, der Sinn aber der gleiche bleibt. Ein neues Verantwortungsgefühl muß erstehen, eine Gesinnungsänderung stattfinden, wenn es im neuem Jahre aufwärts gehen soll. Die Gefahren von allen Seiten für die Zukunft der Völker sind zu groß, und vor allem ist die weiße Rasse in ihrer Existenz zu sehr bedroht, als daß sie sich noch erlauben könnte, in Haß, Zwietracht und gegenseitigem Ausrottungswillen zu beharren.

Das Urteil über die Politik des abgelaufenen Jahres kann man in zwei vernichtenden Worten zusammenfassen: Vollkommen unzulänglich — und an den Beginn des neuen, in Flammenschrift den dringenden Warnruf setzen: Caveant consules!

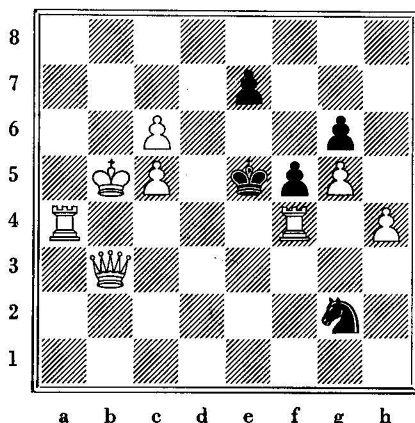
OBSERVATOR

Schachecke

7. AUFGABE.

Von *Gustav Markus.*

(Oesterreichische Schachrundschau, 1922)



Weiß zieht und setzt in zwei Zügen matt.

Lösung im nächsten Heft; die Namen der Einsender richtiger Lösungen werden veröffentlicht.

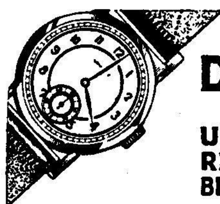
Lösung der 6. Aufgabe. 1. *Dd1—b1.* Abspiele: 1 ... *Lxb1.* 2. *c4* matt; 1 ... *c4.* 2. *Db5* matt; 1 ... *Te5.* 2. *Dd3* matt; 1 ... *Sg5.* 2. *Df5* matt; 1 ... *Ke5.* 2. *c4* matt; 1 ... *Sxd8* oder anders. 2. *De4* matt (Drohung).

Richtig gelöst von den Herren: Jos. Grisar (Rio do Sul); W. Schmuck (Florida FCCA).



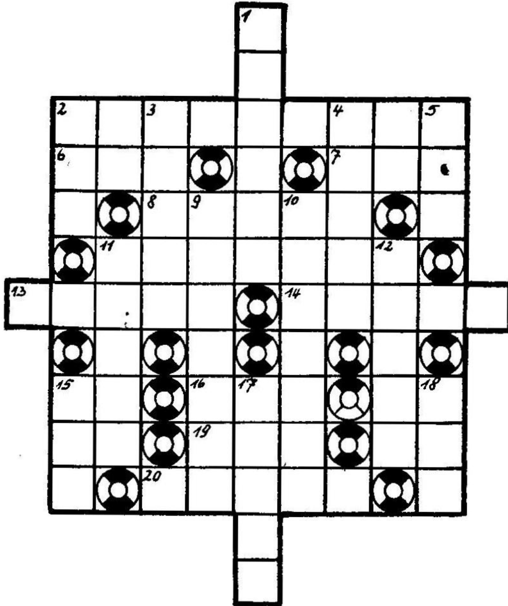






RÄTSEL

Nr. 16 — KREUZWORTRÄTSEL.



Waagrecht: 2 zur Tatsache geworden; 6 Stadt in Südtirol; 7 Hohepriester; 8 Gewandstück; 11 Mineral, kobalthaltiger Arsenkies; 13 Baustoff; 14 positive Elektrode; 16 Vogel (Madenfresser); 19 Umstandswort der Zeit; 20 Vulkan auf Sizilien.

Senkrecht: 1 junges Pferd; 2 fertig gekocht; 3 kurzer Herrenrock, Jacke; 4 schwed. Asienforscher; 5 zweitgrößter Fluß der Erde; 9 trop. Obstbäume mit pflaumengroßen Früchten, deren fleischiger Samenmantel gegessen wird; 10 Europ. Staat; 11 Stadt in Griechenland; 12 geröstete Weißbrotschnitte; 15 Edelfisch; 17 Radiumemanation; 18 Teil des Baumes.

Nr. 17 — VERWANDLUNGSAUFGABE

Nachfolgende 12 Wörter sind durch Umstellung in andere zu verwandeln. Dabei ist ein Buchstabe zu streichen und durch einen anderen zu ersetzen. Die neugefundenen Buchstaben von oben nach unten gelesen nennen die Hauptstadt von Brasilien.

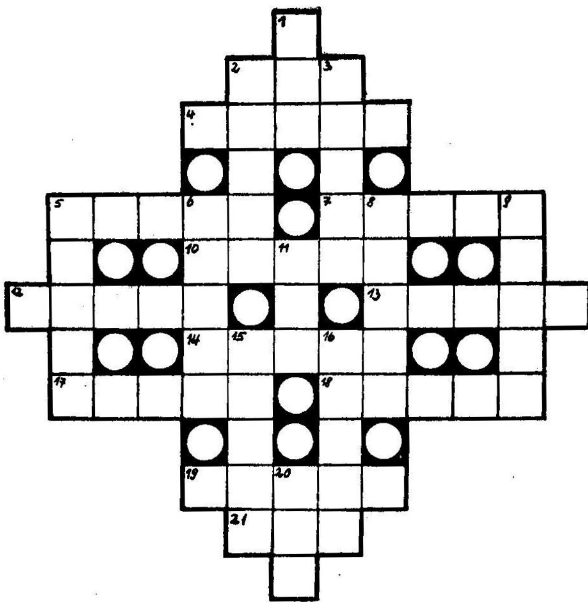
H E E R .. Anrede
A D E N .. Mißgunst
R E I N .. Röm. Kaiser
A M M E .. Figur im Schachspiel
A N N O .. chem. Zeichen für NE Atomgewicht
E L A N .. (franz.) Johann
I R I S .. rechter Nebenfluß der Donau
K O R K .. Samen
K A N T .. engl. Grafschaft
L E N Z .. Stadt am Rhein
O E D E .. Münzeinheit in Schweden
P L A N .. Stadt in Frankreich

Nr. 18. — SILBENRÄTSEL.

A — A — ACH — AM — AR — BE — BER — BRO — DAL — DAM — DI — DOC — E — E — E — E — E — FA — FEU — HA — HAUS — JA — LACH — LAN — LAS — LET — ME — ME — MELN — MO — NA — NA — NI — NI — PHET — RIS — SAA — SEN — SI — SI — STI — SUL — TA — TA — TÜ — UT — WAI.

Aus vorstehenden 47 Silben sind 23 Wörter zu bilden, deren Anfangs- und Endbuchstaben von oben nach unten gelesen, einen Denkspruch von Cicero ergeben.

1	....	Stadt in Texas U.S.A.
2	....	asiat. Großbüffel
3	....	Nebenfluß der Salzach
4	....	Königreich in Hinterindien
5	....	Beuteltier Australiens
6	....	Stadt in Holland
7	....	Stadt in Hannover
8	....	Grenzfluß zwischen Norwegen und Finnland
9	....	Sohn Noahs
10	....	Schlingpflanze
11	....	Silbermünze in den Vereinigten Staaten
12	....	Borstentier
13	....	Stadt am Tigris
14	....	Stadt in Italien
15	....	französische Weinsorte
16	....	Stadt in NW Brit. Indien
17	....	griech. Göttin der Zwietracht
18	....	Stadt am Nil
19	....	Behälter für Farben
20	....	Schwung, Begeisterung
21	....	Baum der Myrtengewächse
22	....	Erziehungsanstalt elternloser Kinder
23	....	Weißfisch



Nr. 19 — KREUZWORTRÄTSEL

Waagrecht: 2 Abk. für: Adelheid; 4 Gestalt aus der Fledermaus; 5 gallertartig erstarrter Fruchtsaft; 7 Person in der german. Sage; 10 Nebenfluß der Save in Südslawien; 12 männl. Vorname; 13 Luftsprung, freier Ueberschlag; 14 Schutzheilige der Jungfräulichkeit; 17 hart, undurchbrechbar; 18 Schnur von verschiedener Dikke; 19 weibl. Vorname; 21 Stadt in Geldernland.

Senkrecht: 1 Grußwort; 2 Raubvogel; 3 Mitteleurop. Gebirgszug; 5 mittelalterl. Hieb- und Stoßwaffe; 6 männl. Vorname; 8 enge Straße; 9 (Mundart) junger großer Mensch; 11 Nebenfluß der Donau; 15 Verzeihung; 16 das Auserlesene, Beste; 20 weibl. Vorname.

AUFLÖSUNGEN VON HEFT No. 7.

Nr. 9 — *Waagrecht:* 1 Adolf; 4 Georg; 7 Ase; 9 Ara; 10 Amt; 11 Kur; 12 Ono; 14 be; 15 Kabel; 19 Emir; 20 Eger; 25 Oper; 27 Sam; 29 oft; 30 Lux; 31 Aal; 32 Met; 33 Ernst; 34 Erwin.
Senkrecht: 2 Dame; 3 Ost; 5 Oro; 6 Rand; 8 Tube; 10 Amt; 13 Ort; 15 Kairo; 16 Lager; 17 Emu; 18 Aer; 21 Los; 22 Affe; 23 Box; 24 Baar; 26 Kuti; 28 Man; 30 Lew.

Nr. 10 — *Waagrecht:* 1 fegen; 4 Sidi; 7 Edison; 8 Bebe; 10 Irene; 12 Adele; 14 Esau; 15 Mal; 18 Bur; 20 Arbe; 22 Tadel; 25 Adele; 26 Lina; 27 Iloilo; 28 Erna 29 Bemme.
Senkrecht: 1 Faba; 2 Gebet; 3 edel; 4 Sorel; 5 Ines; 6 Ileus; 9 Eduard; 11 Nacken; 13 Emu; 16 Art; 17 Saale; 18 Bella; 19 Idiom; 21 Bein; 23 alle; 24 Lade.

Nr. 11 — *Waagrecht:* 1 Alte; 5 Erato; 8 banal; 9 Ebbe; 10 egal; 13 nahe; 14 Inge; 15 Abend; 16 Earl; 18 Tell; 20 Sidi; 21 Arad.
Senkrecht: 1 Ara; 2 Tand; 3 eta; 4 Alban; 5 Eberhard; 6 Oleander; 7 Gnade; 11 Deblin; 12 Aintab; 17 Air; 19 Lar.

Nr. 12 — *Waagrecht:* 1 Lage; 4 Sand; 7 Ernte; 8 Gera; 10 Erft; 12 tri; 13 Nero; 15 Nuba; 17 Rind; 19 taub; 21 Oka; 22 Anis; 24 Lore; 26 Dinar; 27 Eros 28 Roth.
Senkrecht: 1 Lagan; 2 Ger; 3 Erato; 4 Stein; 5 Aer; 6 Datia; 9 Elegien; 11 Februar; 14 Run; 16 Ufa; 17 Raabe; 18 Dosis; 19 Talar; 20 Blech; 23 Ido; 25 Oro.

Nr. 13 — 1—2 Schuster; 9—15 Bariton; 16—22 Bussard; 23—26 Zeit; 27—28 MF; 29—31 Tau; 32—37 Kuchen; 38—41 Heil; 42—47 Mücke; 48—53 Seuche; 54—58 Wette; 59—63 Georg.
Sinnspruch: „Sei frohen Mut's —
Zeit überbrückt.
Was heute auch schadet,
Ist morgen Glück."

Nr. 14 — *Waagrecht:* 6 Ase; 8 Ort; 10 lau; 12 Ada; 14 Boa; 18 Hey; 22 Heu; 24 Gut; 25 Nargile; 26 Bari; 27 Gans.
Senkrecht: 1 bös; 3 Rat; 4 Hel; 5 Bola; 7 Aula; 9 Radi; 11 Asow; 13 ach; 14 Bey; 16 her; 20 Lear; 21 Tula; 23 Uri; 24 Gig; 2 und 15 waagrecht und 17 und 19 senkrecht: „Fröhliche Weihnachten."

Nr. 15 — 1—2 Bagat; 3—4 banal; 5—6 Ambak; 7—8 Amman; 9—10 Deise; 11—12 Feist; 13—14 Armin; 15—16 artig; 17—18 Biber; 19—20 Bibel; 21—22 Ikone; 23—24 Skane. *Amerika — Asien.*

Die Anekdotenkiste



Altes Schweizer Militär

Hauptmann: „Flügelmann, jetzt sag' i dir aber zum letzten Male, steh grad!"

Soldat: „Hauptmann, halt'n Mund!"

Hauptmann: „Wenn wir in Prüßße wären, derfest das nit zu mir sagen!"

Soldat: „Wenn wir in Prüßße wären, wärest du auch nit Hauptmann!"

Albert Niemann,

der berühmte Kammersänger, sang einmal als Gast an einem provinzialen Hoftheater. Auf der Probe zur Oper „Lohengrin" geriet Niemann mit dem Kapellmeister in Differenzen. Niemann brauste auf und schleuderte dem Kapellmeister das bekannte punktierte Zitat aus dem „Götz von Berlichingen" ins Gesicht.

Der Kapellmeister rennt empört zum Intendanten: Was sagen Sie, dieser Niemann hat die Stirn, mir zu sagen, ich möchte ihm... Exzellenz, was soll ich da machen?

Der Intendant erwiderte nach kurzem Nachdenken trocken: Ich würde es nicht tun!

Eine üble Entschuldigung

Eine erst kurze Zeit verheiratete junge Frau schlich sich, als ihr Gatte heimkam, von hinten an ihn heran und gab ihm einen Kuß.

Der Mann war darüber ärgerlich und sagte zu ihr, daß sie also jeder guten Sitte zuwiderhandle.

„Verzeih, verzeih", rief sie, „ich dachte nicht, daß es du bist."

Heinrich Heine und Rothschild

Der Baron Rothschild und der Erzbischof von Mecheln speisten einst bei einem Minister, bei dem auch Heine zu Gast war. Als man den Speisesaal betreten wollte, sagte der Erzbischof zu Rothschild: „Gehen Sie voran, Herr Baron," und Rothschild ging vorweg. „Hochwürdigster Herr," bemerkte darauf der Dichter, „man könnte hierin eine Unziemlichkeit oder Unhöflichkeit erblicken. Aber nein, das Alte Testament kommt mit Recht vor dem Neuen."

Spanische Höflichkeit

Ein Schulmeister kam in das Haus eines Bauern, um zwei Schweine zu kaufen. Als er eintrat, sah er nur die Tochter, die ein gar schönes Mädchen war.

In der Absicht nun, ihr eine Schmeichelei zu sagen, sagte er: „Wenn die Schweine so aussehn wie Euer Gnaden, dann sind es wahrhaftig schöne Schweine!"

Ein schmeichelhafter Titel

Irgendwo in Preußen war Generalkirchenvisitation. Die hochwürdige Generalkirchenvisitationskommission mit dem Herrn Generalsuperintendenten an der Spitze wurde von einem biederen Bauersmann über den Fluß gesetzt.

Einer der Herren Pastores und Visitatores fragte den Fährmann, ob er denn wüßte, welche Stellung eigentlich der Herr Generalsuperintendent einnähme.

„Nee!" antwortete der Bauer ehrlich.

Der Pastor wollte es nun dem Bauern so klar wie möglich machen und begann:

„Sie wissen doch, daß über dem Herrn Pfarrer der Herr Superintendent steht!"

„Jawoll!" entgegnete der Bauer.

„Schön!" fuhr der Pastor fort. „Und über dem Herrn Superintendenten — —!"

Weiter kam er nicht; über das wetterharte gebräunte Gesicht des Bauern ging ein Leuchten und Strahlen, und verständnisinnig unterbrach er den Pastor mit den Worten:

„Ach so! Immer een Deibel übern annern!

Ein chinesisches Hausmittel

Ein Chinese wurde wegen einer kleinen Verfehlung geprügelt, und nachdem er gestümpt worden war, bestrich er sich mit Pferdemist, um die Vernarbung seiner Wunden zu beschleunigen. Dabei sah ihm ein Dummkopf zu, und der war vor Freude außer sich und rief: „Das ist herrlich, daß ich nun ein Mittel weiß, das Wunden heilt." Und er lief heim und sagte zu seinem Sohne: „Stäupe mir sofort den Rücken; ich kenne jetzt ein Mittel, und das muß ich auf der Stelle versuchen."

Sein Sohn stäupte ihn tüchtig, und er bestrich sich mit Pferdemist und war ganz stolz auf seine Verschmitzheit.

Felix Weingartner

war in jüngeren Jahren Kapellmeister am Danziger Stadttheater. Er machte seinem Direktor gelegentlich den Vorschlag, „Fidelio" zu geben.

„Fidelio?" fragt der Direktor, „wahrscheinlich wieder eine von den Schundsachen, für die man Tantiemen bezahlen muß?"

„Nein," sagt Weingartner, „der ‚Fidelio' kostet keine Tantiemen" und wendet sich zum Gehen.

Der Direktor ruft ihm nach: „Sie, wann ist der Komponist von ‚Fidelio' gestorben?"

„1827!"

„Nun also meinetwegen, dann führen Sie Ihren ‚Fidelio' auf!"

Das Vornehmtun

Einst wünschte ein Hausknecht, der den vierten Teil des großen Loses gewonnen, sich nun auch in hohen Zirkeln bewegen zu können, und fragte seinen Barbier, was zu beobachten sei und wie er sich zu benehmen habe. Dieser, ein aufgeweckter Kopf, gab ihm einfach den Rat: „Zieh einen schwarzen Frack an und halt's Maul!"

Feine Bedienung

Ein Pfarrer, der im Nebenamte Kreisschulinspektor war, kam eines Tages in ein abgelegenes Dorf. Er ging zum Bader, um sich rasieren zu lassen. Mit Entsetzen sieht er, wie der Bader die Seife nimmt und sich in die Hände spuckt, um Schaum zu erzeugen. Auf den energischen Protest des Pfarrers hin stottert der Bader zu seiner Entschuldigung: „Die Bauern spuck' ich gleich ins Jesichte!"

Dankbarkeit

In der Seeschlacht von Trafalgar, während die Kugeln sausten und die Mastbäume krachten, fand ein Matrose noch Zeit, zu kratzen, wo es ihn biß, nämlich auf dem Kopfe. Auf einmal streifte er mit zusammengelegtem Daumen und Zeigefinger bedächtig an einem Haare herab und ließ ein armes Tierlein, das er zum Gefangenen gemacht hatte, auf den Boden fallen. Aber indem er sich niederbückte, um ihm den Garaus zu machen, flog eine feindliche Kanonenkugel ihm über den Rücken weg, paff, in das benachbarte Schiff. Da ergriff den Matrosen ein dankbares Gefühl, und überzeugt, daß er von dieser Kugel wär zerschmettert worden, wenn er sich nicht nach dem Tierlein gebückt hätte, hob er es schonend auf und setzte es wieder auf den Kopf. „Weil du mir das Leben gerettet hast," sagte er, „aber laß dich nicht zum zweitenmal attrapieren, denn ich kenne dich nimmer."

Eine Münchhausiade

Wissen Sie, wie man in Nordamerika die Hasen fängt? Man fängt die Hasen in Nordamerika im Winter, zur Nachtzeit; es muß aber sehr kalt sein. Man nimmt eine Laterne, tut ein brennendes Licht hinein und geht damit hinaus auf ein Feld, wo Hasen sind. Dort setzt man die Laterne auf den Boden und versteckt sich hinter einen Busch. Die Hasen, die das Licht sehen, denken bei sich: „Schock Schwerenot, wo kommt denn die Laterne her?" und schleichen neugierig näher. Sie setzen sich im Kreise herum und gucken in das Licht. Von dem unverwandten Hinsehen gehen ihnen die Augen über; die Tränen laufen auf den Boden herab, und sie frieren fest. Wenn sie festgefroren sind, tritt man hervor, bricht sie ab und steckt sie in die Jagdtasche.

Richard Wagner

dirigiert an der Wiener Hofoper seinen „Lohengrin". Beim Nachspiel des Duetts legt er den Taktstock aufs Pult, läßt das Orchester selbständig spielen und lächelt vergnügt. Das Nachspiel verklingt, ein Beifall bricht aus, so stürmisch daß Wagner sich erheben und vom Pult aus danken muß, wobei er zu den nächstsitzenden Musikern meint: „Mir kommt vor, es gefällt dem Publikum noch besser, wenn ich n i c h t dirigiere!"

Der Tarif

„Gleich nach dem Krieg, an einem warmen Frühlingstag, war ich wieder einmal im schönen Düsseldorf," erzählt der Anektdoterich, „ich bummele gegen Abend die Graf-Adolf-Straße entlang. Da kommt ein barfüßiger, nicht allzusauberer kleiner Knirps herangeschlichen und fragt mich: „Soll ich Sie 'mal s' Rad schlag'n?" Einigermaßen verblüfft und neugierig frage ich ihn, wie er das wohl machen will. Ich konnte kaum aussprechen — schon erhob der Bengel die Arme, sprang auf, um sich geschwind wie ein Rad zu umschlagen — ja nicht genug, zwei noch kleinere Sportgenossen tauchten plötzlich auf, und schon wirbelten drei lebendige Rädlein, wie vom Sturmwind getrieben, den Fußsteig hinunter. Dieses Sportes fremd, war mir doch diese seltsame Fortbewegung, noch dazu auf der belebten Graf-Adolf-Straße, äußerst interessant. Doch Spaß beiseite — die drei Räder standen plötzlich still, und mit ihnen die drei Lausbuben militärisch stramm vor mir. Es lagen aber nur drei Hände an der Hosennaht, während die übrigen mit der Handfläche nach oben sich mir bedenklich näherten. Nun, jeder Arbeiter ist seines Lohnes wert. Ich gebe eine Mark und bemerke dazu: „So, teilt's euch und macht, daß ihr heim kommt!" — Es mag ja sein, daß ich von den segensreichen Einflüssen der Revolution nicht genügend durchdrungen bin — denn, sofort, nachdem die Mark sichtbar wurde, sagte der kleinste, rotznäsigste Dreikäsehoch: „Der Tarif ist 50 Pfennige pro Mann!" Was wollte ich machen, ich mußte noch einen Funfz'ger auspacken. Und das war gut! Die Herren wären sicher in den Streik getreten."

Aus der Schlacht an der Beresina

Ein deutscher Artillerieoffizier mit Namen Brechtel, der ein hölzernes Bein hatte, kommandierte an einem der Geschütze. Eine Kugel nahm ihm dieses Holzbein, und er wurde zu Boden geschleudert. Da rief er einem Kanonier zu: „Du, geh schnell, hole mir ein anderes Bein, du findest es im Gepäckwagen Nr. 5." Als er es dann hatte, schnallte er sich kaltblütig das zweite Bein an und fuhr mit dem Feuern seines Geschützes fort.

Hans von Bülow

mußte einmal, auf höheren Befehl, gegen seinen Willen die schwache Oper eines neuen Komponisten dirigieren. Der Abend kam, Bülow betrat das Orchester — zum Erstaunen des Personals mit einem Trauerflor am Arm, schwarzen Chemisettenknöpfen und schwarzer Binde.

„Haben Sie denn Trauer, Herr Doktor?" fragt ein Orchestermitglied den Meister. — „In gewisser Beziehung: ja! Ich bin gekommen, eine Oper zu begraben!"

Wein und Weib

Ein Bauer, der sich besonders klug dünkte, sagte einst zu Sailer: „Herr Pfarrer, ich habe oft gehört, daß Gott für jeden Menschen pro Tag eine Maß Wein erschaffen habe. Ich bekomme aber diesen Wein nicht und weiß auch nicht, wer ihn trinkt." Sailer antwortete: „Ebenso habe ich oft gehört, daß Gott für jeden Mann ein Weib erschaffen habe, und dennoch habe ich keines. Ich will Euch die Sache ganz kurz erklären. Ihr habt nämlich mein Weib, und ich trinke Euren Wein."

Polnisches

In einem Ort des preußischen Regierungsbezirkes Stade sind in großer Zahl polnische Familien zugewandert, deren Angehörige die deutsche Sprache meist nur in sehr beschränktem Maße beherrschen.

So kommt eine polnische Ehefrau zu einem Bauern, um sich ein Schweinchen männlichen Geschlechts zu erstehen. Der Fachausdruck für die Geschlechtsart ist ihr unbekannt und um dem Bauern ihren Wunsch verständlich zu machen, sagt sie:

„Herr Bauer, ich möchte haben ein Schwein, — ein guter Schwein — ein junger Schwein — aber nicht so ein Schwein, wie ich bin, sondern ein Schwein, wie mein Mann ist."

Ungleiche Wünsche

Ein Gelehrter blieb alle Morgen regelmäßig fünf Stunden lang in seinem Studierzimmer und ließ öfters bei Tische auf sich warten. Als er nun eines Tages allzulange zögerte, kam seine Gattin selbst, und da sie ihn noch über der Arbeit antraf, sagte sie: „Ich wünschte ein Buch zu sein!"

„Warum?" fragte der Gelehrte.

„Weil du alsdann beständig bei mir bliebest."

„Ich könnte mir das gern gefallen lassen", fuhr der Gelehrte fort, „vorausgesetzt, daß es ein Almanach wäre."

„Warum ein Almanach, mein Schatz?"

„Weil ich alle Jahre einen neuen bekäme."

Max Reger

schrieb einem ihm mißgünstigen Kritiker folgende Postkarte: „Ich sitze soeben im verschwiegensten Raume meines Hauses und habe Ihre Kritik vor mir; gleich werde ich sie hinter mir haben!"

Richtige Einschätzung

Ein französischer Offizier stritt sich einst mit einem Schweizer über die Gewohnheit seiner Landsleute, für Geld zu fechten. „Wir Franzosen dagegen", sagte er, „fechten für Ehre." — „Mein Herr!" antwortete der Schweizer, „jeder ficht um das, was er am meisten braucht."

Hindenburgs Kaufpreis

Der russische Oberbefehlshaber soll auf Hindenburgs Kopf fünfundzwanzigtausend Rubel gesetzt haben.

Als dies Hindenburg hörte, sagte er:

„Und ich geb' für seinen nicht fünfundzwanzig Pfennige."

Gustav Mahler

schöpfte bekanntlich die meisten seiner Motive aus der Natur. Als er seine dritte Symphonie schrieb, worin er den Blumen der Wiese, den Bäumen und Tieren der Berge, dem Sonnenschein und den Wolken des Himmels Stimme gab, besuchte ihn Bruno Walter auf seinem Landsitz am Attersee. Bezaubert von der herrlichen Natur, läßt der Gast seine Blicke über die bewaldeten Höhen kreisen.

Da sagt Mahler schmunzelnd: „Sie brauchen sich gar nicht mehr umzuschauen; das hier herum habe ich schon alles wegkomponiert."

Doppelt schön

Ein Gutsbesitzer im Hessenland veranstaltete einmal einen Familienabend für die bei ihm bediensteten Leute. Er erzählte ihnen von den deutschen Dichtern, zeigte Lichtbilder über ihre Werke, und der Abend verlief gemütlich bei Bier und Kaffee. Am anderen Morgen traf er eine seiner Mägde auf dem Hof, die auch dabei war, und fragte sie, wie es ihr gestern gefallen habe.

„Es war schien, wunnerschien, Herr, un doch anständig!"

Die Zeitschrift ist erhältlich

in den deutschen Buchhandlungen und in folgenden Geschäften der Vororte:

Quilmes: Librería Beyreuther, Moreno 705

Lanús: Librería "El Comercio", H. Schütrumpf, Juan J. Atencio 1995

Villa Ballester:

P. Lauer, Kassierer vom Deutschen Kranken. verein, Pueyrredón 952

C. Gastauer, Vicente López 127

R. Hacker, Independencia 145

Vicente López: Librería Meller, Av. Maipú 1472

Martinez: Libr. "El Rinconcito", Rawson 2105

VERTRETER IM INNERN:

Rosario: M. Eggendorfer, Santa Fe 2251

Villa Gral. Belgrano: F. Seyfarth

Mendoza: P. Buhmann, San Juan 1120

Eldorado: Thomas Kopp, casilla 4

Monte Carlo: Jacobo Ranger

Charata: Carlos Buck, casilla 43

VERTRETER IM AUSLAND:

Brasilien: Gottfried Entres,, Estreito — Florianópolis

Mac Millan Company Ltd. (Deutsche Literaturabteilung), Rua S. Bento 389, S. Paulo

Chile: Eduardo Albers, Santiago, Casilla 9763

Bolivien: Wolf Albrecht, La Paz, casilla 605

Uruguay: Librería Humanitas, Colonia 960, Montevideo

Paraguay: Helmuth Thiede, Asunción, 25 de Mayo 1060.

Kanada: A. Wanner, 111 Heatly Ave. Vancouver B. C.

U. S. A.: The International News Company, 131 Varick Street, New York 13

Verantwortlicher Schriftleiter: Eberhard Fritsch. **Schriftleiter:** Gustav Friedl — **Verlag vom Dürer-Haus in Buenos Aires** — **Schriftleitung:** Casilla de correo 2398, Suipacha 156, T. A. 35-0485 u. 7912 — **Anzeigen-Annahme:** H. Müller, T. A. 32-1690 — **Druck:** Imprenta Mercur, Rioja 674 — **Titelblatt:** Linolschnitt von Karl Noisternigg, April 1947. Sämtliche in Buenos Aires. **Der Weg** erscheint am 5. jeden Monats. **Preis des Einzelheftes:** Argentinien $ 1.50, Amerika und Spanien $ 1.60, übriges Ausland $ 1.70. **Bezugspreise** (einschl. Postgebühren) Argentinien, Amerika und Spanien: ½ Jahr $ 8.50, 1 Jahr $ 16.80; übriges Ausland: ½ Jahr $ 9.10, 1 Jahr $ 18.—. (Alle Angaben in Pesos argentinos). — Schecks, Giros oder Bonos Postales auf Order: Dürer S. R. L. — Für unverlangte Einsendungen wird keine Gewähr übernommen.

Impreso en Argentina. — Printed in Argentine.